Seix Barral

Alana S. Portero

La mala costumbre

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Citas
El ángel caído
La bruja del final de la calle
Di mi nombre
Barbazul vive en el bajo izquierda
Flotando sobre los escombros
Ráfagas brillantes
Las chicas
Carita de piedra
Las mujeres solas
El mismo bosque
Jay
Más allá de San Blas
La familia
Per sempre
Profecía autocumplida
Nocturno
No pasa nada
Marrano
Calipso
Eugenia
Las Moiras
Las alas de la Chinchilla
Un reencuentro
*
La piel fría
Volver
Un plato de setas
La gata bajo la lluvia
Todas las mujeres
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

SINOPSIS

Narrada desde una singular y desgarradora voz en primera persona, *La mala costumbre* recorre la adolescencia de una niña atrapada en un cuerpo que no sabe habitar, que intenta comprenderse a sí misma y al mundo en el que vive, desde su infancia en una familia de clase obrera en el barrio de San Blas, arrasado por la heroína en los años ochenta, hasta las noches clandestinas en el centro de Madrid de los noventa. Como en una versión bastarda del viaje del héroe, yonquis, divas pop y ángeles caídos la acompañan en un viaje vital en el que, al final, serán otras mujeres quienes le ayuden a superar la violencia que encuentra a cada paso.

La mala costumbre es una novela cruda y feroz, pero también poética y conmovedora, en la que los extremos se tocan para mostrarnos por qué el resentimiento y la rabia contra el sistema son completamente válidos para sobrevivir en una sociedad que no acepta a los que son diferentes.

Dueña de un universo creativo único en el que conviven el teatro, la historia clásica y el activismo, Alana S. Portero debuta en la ficción con esta novela deslumbrante que se ha convertido en un fenómeno editorial internacional antes de su publicación.

Seix Barral Biblioteca Breve

Alana S. Portero
La mala costumbre

A María Cardona, que es Τύχη

I'm falling
Depths endless
Worlds turn to smoke
One hundred years flicker
I kiss the snow
Is it cold in the water?
Is it cold in the water?
Is it cold in the water? (I'm swimming, I'm breathing, evaporating)
Is it cold in the water? (I'm liquid, I'm floating into the blue)

SOPHIE XEON

Recuerdo cuando vivir era un peligro pero nos sentíamos vivas.
Recuerdo cuando hormonarse era un suicidio.
Recuerdo cuando las barras de labios y el semen sabían a algodón de azúcar.
Recuerdo cuando éramos un fuego fuera de control.
Recuerdo cuando fuimos felices. Recuerdo cuando pudimos ser héroes.
Recuerdo cuando nos volvíamos corderos para ser carne para el cazador.
Recuerdo cuando no me quería morir. Técnicamente ya estoy muerta.

ROBERTA MARRERO

EL ÁNGEL CAÍDO

Vi caer como ángeles terminales a una generación entera de muchachos. Adolescentes con la piel gris a los que les faltaban dientes, que olían a amoniaco y a orina. Flanqueaban con sus escorzos la salida del metro de San Blas en la calle Amposta y las praderitas del parque El Paraíso como cristos de Mantegna. Cubiertos de agujas como san Sebastián. Sentados o tendidos de cualquier manera. Moviéndose apenas, lentos y sincopados como muñecos rotos. Con la sonrisa elevada de los crucificados. Indefensos pero ya flotando en lugares donde nada podía tocarlos. Los vi brotar y hacerse cada vez más lentos hasta alcanzar la quietud final y descomponerse en el fango que se acumulaba en nuestro barrio con nombre de santo pero dejado de la mano de Dios.

La primera vez que me enamoré fue de uno de aquellos ángeles. Se precipitó desde la ventana de casa de sus padres, que quedaba encima de nuestro bajo de treinta y cinco metros cuadrados, con una jeringuilla clavada en el pie. Mi vecino Efrén apareció muerto en la calle, medio desnudo, delante de mi puerta. Yo aún no había cumplido los seis años, llevaba un parche en un ojo y tartamudeaba. Creo que fueron los lamentos de su madre los que alertaron a los habitantes del bloque de tres pisos sin portal, con escalera exterior, en el que vivíamos. Llegamos antes que la policía, que se tomaba su tiempo para hacer su trabajo cuando se trataba de San Blas. Para ellos, para toda autoridad, solo era otro yonqui muerto, el hijo de alguna obrera deslomada por fregar escaleras a la que, probablemente, su niño del alma ya le habría desvalijado varias veces la casa para meterse caballo.

El caso es que no recuerdo a Efrén vivo. Solo tengo la

imagen que pude rescatar de entre las piernas de mi madre y mi vecina Lola, con el único ojo del que disponía, como si estuviese mirando por una cerradura. Las madres de mi barrio no abrazaban a sus hijos muertos como las vírgenes en las piedades renacentistas. Lo hacían volcadas sobre los cuerpos, a gritos, despeinadas, con los ojos hinchados y babeando. Cubriendo a sus criaturas como podían, arropándoles como bestias desesperadas, llamándoles hasta dejarse la voz en la acera, clavándoles las uñas en la carne, yéndose con ellos de alguna manera.

Esos «¡ay, hijo mío!», si los has escuchado alguna vez, no te abandonan nunca. Permanecen en el archivo sonoro de la memoria como campanadas fúnebres que te obligan a agitar la cabeza para exorcizarlas.

Efrén era guapísimo, y el vacío les sentaba bien a esos rasgos suaves de quien no ha llegado a ser un hombre. Una sobredosis le había llevado al lado frío. Llevaba poco tiempo enganchado y la heroína apenas había moldeado sus facciones, solo había intervenido en el color de su piel con la cualidad de la ceniza. Fue la primera vez que quise besar a alguien. Su cuerpo había quedado tendido delante de un jardín raquítico que había frente a nuestras casas, justo bajo uno de los arcos de entrada mal cubierto por flores medio secas y venas de hiedra que apenas daban para tapizar la tosca estructura de enrejado de alambre. Con todo, la muerte había escogido para Efrén un marco vegetal de cierta y sucia belleza *art nouveau*. Tenía la boca entreabierta y los labios carnosos, aún sin retraer, el pelo revuelto y los párpados a medio camino entre la vigilia y el sueño. Si a los cinco años una tiene la capacidad de enamorarse, la mía se derramó completa sobre aquel pobre desgraciado. Mi vida interior se desplegó sobre aquel fotograma de dolor y miseria imaginándome ligera y traslúcida encima de aquel cuerpo muerto, besándolo con la liviandad de las cosas que no existen, no para despertarlo de su letargo, no para ser correspondida, solo deseaba con toda mi alma besar algo tan hermoso e indefenso. Algo que parecía caído del cielo y dejado como exvoto en mi umbral. Algo que entre el ruido

y la furia de madres babeantes y padres que se tapaban la boca para no dejar salir el llanto, entendí que me pertenecía.

LA BRUJA DEL FINAL DE LA CALLE

La Peluca era bajísima, flaca como un perchero y estaba arrugada de tal forma que cuando se movía parecía estar interrumpiendo un inexorable proceso de momificación. Siempre fue vieja. Iba maquillada como una caricatura de mujer mayor maquillada, con sombra azul, línea de ojos negra, labios rojos y una base perfectamente cuarteada color piel de patata monalisa. Olía a flores muertas abandonadas en un cajón y siempre iba musitando en voz baja alguna retahíla de palabras ininteligibles, como una oración secreta con cierta dosis de veneno. Lo del veneno tenía que ver con su forma de mirar, esquinada y burlona. Su seriedad no era de esas que juzgan, más bien era la que precede a la carcajada, como si cada vez que mirase a alguien le fuese revelado algún secreto vergonzoso de quien tenía delante.

Vivía sola al final de la calle, que era una hilera de bloques de tres alturas de ladrillo rojo y escaleras exteriores de cemento. Este paisaje arquitectónico, que se repetía por todo el barrio, en ocasiones se veía interrumpido por algún solar maltrecho, lleno de vidrios rotos, restos de papel de aluminio, jeringuillas y materiales de construcción inservibles. Estas mellas en las hileras de viviendas, si hubiéramos podido mirarlas desde lo alto, le daban al pavimento un aspecto de encía enferma, como si enormes dientes hubieran sido arrancados aquí y allá, sin lógica alguna, y solo dejasen detrás una infección incurable y un vacío grumoso. Excepto el parque y las propias casas, aquellos basurales, aquellas nadas, eran los patios de recreo de los niños del barrio y sus propios morideros cuando se hacían lo suficientemente mayores para meterse caballo. Varias generaciones de criaturas de clase obrera crecimos

así, imaginando mundos enteros en las mismas nadas que podían terminar siendo nuestros lechos de muerte.

Hasta la esquina de la Peluca no llegaba el jardín. La vista desde su piso bajo, si alguna vez hubiera levantado la persiana verde de cuerda que tapiaba día y noche su ventana, eran los cubos de basura.

Nuestros edificios eran parte de un gran proyecto franquista de construcción de viviendas de los años cincuenta bautizado como «El Gran San Blas», que antes se llamaba el Cerro de la Vaca, nombre que debía de olerles a sudor y mierda a las autoridades fascistas. Los cobradores a domicilio lo llamaban «el barrio sin madres» porque solían abrirles las puertas de las casas niños sin escolarizar; a las luminarias del régimen no se les ocurrió que las más de treinta mil familias que fueran a parar allí necesitarían colegios cerca para sus hijos y tardaron años en cubrir esa necesidad, también la del agua corriente o la de los mercados en los que abastecerse, que fueron llegando con la lentitud y la dejadez de las cosas que no le importan a quien es responsable de ellas. Los obreros nunca fueron vistos por el franquismo de otra forma que como bestias de carga que estabular en la periferia. Ese abandono generó una conciencia de clase en el barrio que las autoridades de la Transición democrática decidieron atajar a finales de los setenta y durante toda la década de los ochenta con jeringazos de heroína casi regalados. La droga fue la última forma de ejecución sumarísima de disidentes de un régimen que había encontrado la forma de perpetuarse.

Cuatro cosas se decían de la Peluca en el barrio: que había sido estraperlista en las cuevas del cerro, que era una bruja más que competente, que la hechicería la había dejado calva y que era mejor evitarla o tratarla con extrema amabilidad si no quedaba más remedio que compartir un rellano o una espera en la frutería con ella. Costaba no mirar el postizo sintético, rizadísimo y mal rematado que le cubría la cabeza. Pero era vital no hacerlo o no prestarle atención. Del mismo modo que le daba nombre, era el disparador de su mala entraña, y no convenía provocarla.

Me enloquecía cruzarme con ella y respirar hondísimo su olor, era como esnifar polillas. Se suponía que debía darme miedo, pero me enternecía su aspecto, el trazo irregular y temblón de su línea de ojos y sus labios mal pintados, me recordaban a mis maquillajes clandestinos de por entonces, los que me hacía a toda prisa en el baño de mi abuela con la habilidad de una criatura de cinco años no especialmente dotada para la pincelada limpia.

Mis primeros pasos como travesti fueron los de una transformista de metro veinte que imitaba a una anciana bruja y chamarilera que olía a tanatorio.

Le tenían un miedo real. Los hombres del barrio, más bien rudos, trabajadores industriales, de la construcción, camareros, vendedores ambulantes, buscadores de chatarra o buscavidas en general, le bajaban la mirada y le daban las buenas tardes como niños de posguerra saludando al párroco. Era cómico verlos con sus camisas a medio desabrochar, a pelo, camino al bar después de jornadas de trabajo esclavas, cruzarse con ella y amedrentarse ante una mujer de apariencia tan frágil.

Casi nadie se acordaba de su nombre, y su mote, aunque lo conocía todo el mundo, era algo que no se pronunciaba en su presencia, no solo por cruel y malintencionado, sobre todo por miedo a su reacción. Para dirigirse a ella, con un «señora» se apañaba todo el mundo.

En una ocasión, dos mujeres que vivían en la misma calle que la Peluca, criadas en el barrio, las dos embarazadas, salieron a dar un paseo para calmar las hinchazones propias de gestar durante un verano que estaba siendo especialmente caluroso. A una de ellas, que desde niña había tenido problemas circulatorios muy visibles en las piernas, le sentaba bien salir a caminar, le ayudaba a que los flotadores púrpura que se le formaban sobre los tobillos se aliviasen un poco. Habían tomado la costumbre de pasear juntas por las tardes, a última hora, compartían las novedades y las rutinas de sus embarazos, sus miedos, sus ilusiones y algún cotilleo de última hora que nunca faltaba en un barrio en el que todo el mundo se

conocía y había público agradecido para la lengua larga.

La de las piernas amoratadas soñaba con un hijo torero que le comprase un chalet, «como dicen en la radio que el Cordobés ha hecho con su madre», solía argumentar. La otra, algo más joven, quería un hijo muy guapo, «así, rubito de ojos claros», decía.

Apenas comenzaron su andadura vieron a la Peluca aproximarse desde el final de la calle, y como estaba aún lejos, se apresuraron a sacar brillo al arsenal del cachondeo y la mala lengua riéndose del aspecto de la vieja.

—Calla, que me meo —decía la de los pies hinchados a las barbaridades que soltaba por la boca la más joven, a la que no le faltaba imaginación para el oprobio. Eran dos chicas que apenas habían cumplido los veinte años desplegando toda la crueldad de la que la juventud es capaz, que es mucha. Los remordimientos y la contención llegan con la decrepitud, como el egoísmo, cuando se habita el reverso de la vida y se entiende que casi nada feo existe que no nos termine por alcanzar.

Mucho antes de llegar a cruzarse con ella consiguieron controlar las risas y callarse las ferocidades. Cuando ya pasaban casi por su lado, ambas empezaban a sonreír sumisas a modo de saludo y de buen gesto con una vecina de mayor edad. No llegaron a hacerlo. La Peluca se paró delante de ellas apañándoselas para que no pareciese haber más espacio en la calle que el que ocupaba su cuerpecillo de arbusto muerto. Las chicas intentaron dar las buenas tardes pero las palabras se les quedaron en la boca como un reflujo. Probablemente se echaron una mano inconsciente al vientre. De la mirada presente y ausente de la anciana se intuía una emanación que podía pudrirlo todo en su curso, así fuesen flores, alegrías o placentas. Despacio, la Peluca levantó la mano izquierda y se llevó el pulgar al agujero blando y pastoso que tenía por boca, lo chupó con ganas, moviéndolo, emitiendo sonidos de succión y saboreándolo sin dejar de mirar a las dos mujeres para las que el tiempo no estaba pasando; todo en ellas era miedo de baja frecuencia pero paralizante, una enorme incomodidad e

indefensión. Bien pringado de saliva el dedo, con calma, lo llevó a la mejilla de una de las dos mujeres. La que había llevado más lejos la burla. La que soñaba con un hijo muy guapo, guapísimo. Así, rubito y de ojos claros.

Ni pudo esquivar el dedo ni le dio tiempo a reaccionar de forma alguna. La vieja trazó una línea recta de saliva desde el pómulo de la cara joven y bien llena por el embarazo hasta casi la barbilla mientras pronunciaba a buen volumen con voz seca de lagarto: «MONO».

Apenas llegué a conocer al niño Damián. Su madre y él casi no salían de casa, y cuando lo hacían lo llevaba completamente cubierto y con la capota del coche de bebé echada, se decía que no podía caminar y que tenía alguna dolencia en la piel para la que la exposición al sol era letal. No hablaba. Murió de un infarto a los seis años, acostado en el sofá de su casa mirando la televisión. Cuando fueron a recoger su cadáver, la madre colocó un pañuelo blanco sobre la carita peluda de su hijo para que le dejaran tranquilo camino a la morgue.

A mi madre, con los años, se le solucionaron los problemas circulatorios y en lugar de un hijo torero parió una hija trans que nunca llegó a comprarle un chalet.

DI MI NOMBRE

Que una acabará siendo mujer lo descubre a través de los ejemplos que tiene cerca, de la sed de referentes, de la necesidad de participar de la herencia que unas mujeres se dejan a otras y que es ajena a los hombres.

Con la Peluca no valía la pena jugársela. Aquella diminuta mujer exudaba poder por cada una de sus maltrechas costuras. Por supuesto hablé con ella en cuanto tuve oportunidad. No es que esperase al conversar con la Peluca adquirir la capacidad de malograr nacimientos y otros poderes funestos. O sí. Pero entendía que algo habitaba los alrededores de su piel que la hacía ser rechazada, y que eso me ponía muy triste. La imaginaba maquillándose cada mañana con la torpeza de quien ya no posee un sistema nervioso enteramente suyo, alguien que ya tiene una parte de su anatomía y de sus capacidades intervenida por la oscuridad que vendrá. Aun así no faltaba a su cita con la máscara, como yo no faltaba cada mañana a la construcción de la mía. La diferencia es que la suya, en algún momento, debió de ser de poder, de belleza; aunque ahora estuviese en ruinas, si hubiéramos sabido mirar seguro que la sombra del esplendor seguía allí, pero nunca supimos. Mi máscara era una tras la que esconderse, una de vergüenza y miedo, una que a esa edad no debería necesitar, siquiera conocer.

Por eso quería hablar con ella, porque alguna herencia, por pequeña que fuese, tenía que recibir de su parte para seguir construyendo a la mujer que llegaría a ser.

Yo, niña lista, marica encubierta, tartamuda, carnosa, con un parche cubriéndome el ojo izquierdo y llevando unas gafas algo más grandes de lo deseable, era lo contrario a la imagen de una criatura endiablada y no parecía

albergar la crueldad inocente que se les presupone a los niños. Cuando los adultos me miraban, o les hacía gracia o sentían algo de lástima, nada grave, les recordaba lo atléticos y desenvueltos que eran sus hijos y eso les tranquilizaba; mi presencia, excepto para los verdaderamente malvados, era apaciguadora. Me daba cuenta de ello y aprendí a usarlo a mi favor. Sí que podía pensar en términos crueles. La conciencia de que necesitas un armario para esconderte te hace listísima en lo tocante al juego de la verdad y la mentira, de lo que dejas ver y de lo que no.

Me hice la encontradiza garabateando los escalones bajos de nuestra escalera con un trozo de ladrillo. Ella pasaba por delante de mi casa no menos de cuatro veces al día en sus misteriosos paseos cargando bolsas de plástico bien llenas de nadie sabía qué.

—Me sé los nombres de todas las vecinas de la calle.

Se lo dije con el tono con el que una niña pequeña imitaría a una niña más pequeña que ella, porque a ser una mezquina hija de la gran puta también se aprende cuando te maquillas a escondidas, bailas canciones de Raffaella Carrà y de Bonnie Tyler en tu cuarto y sabes que, por todo ello, te espera una vida complicada.

—¿Ah, sí? —respondió atragantándose con la aridez de su propia garganta, tan poco acostumbrada a hablar en voz alta excepto para maldecir.

—Sí. La señora Lola, la señora Paca, la señora Luisa, la señora Amparo, la señora Mercedes, la señora Pascuala...

Esto es lo que sonaba de corrido en mi cabeza, pero lo que estaba pasando en realidad es que me había quedado atascada en el primer «señora», las eses son verrugas en la lengua de las tartamudas.

—¡Habla bien! —me dijo ya sin atragantarse.

Le habían bastado dos palabras para calentar ese gaznate de esparto que tenía. Lo pronunció con dureza pero sin crueldad. Como dando una orden. Y surtió efecto. Le canté la alineación de señoras de la calle como un avemaría y tentada estuve de seguir con el martirologio completo, si

me lo hubiera sabido, solo para escucharme a mí misma hablar seguidito.

—Y yo qué. ¿No vivo en la misma calle? —Más que indignada, parecía estar divirtiéndose.

En ese momento, yo, ilusa, cerraba satisfecha la sutilísima trampa que le había tendido. Con lenguaje corporal de cervatilla herida, una dosis de repelencia y un señuelo facilón le iba a averiguar el nombre. Conocer el nombre de una bruja no es como descubrir el de un demonio, no se las puede controlar a través de él ni es posible invocarlas, pero se las puede tutear, y nunca está de más tener una cerca a la que se le tenga cierta confianza y se la pueda llamar por su nombre. No convenía desaprovechar la ocasión de ganarse la confianza de la Peluca dirigiéndose a ella con propiedad.

Esperaba un nombre misterioso, como de anciana romana o hechicera de cuento, un Grimelda, un Morgana, un Salustia, no sé, una palabra de tres sílabas con sonidos dentales y guturales de las que crujen en la boca.

—Me llamo María.

Al menos tenía tres sílabas.

—Yo me llamo Aaaa... aaa...

Las vocales abiertas son válvulas cerradas en la garganta de las tartamudas. Se había pasado el efecto del ensalmo en mi habla.

—Ya sé cómo te llamas. Conozco a tu madre desde que era pequeña. Y a tu padre desde que vendía buñuelos en el parque en una bandeja más grande que él. Y a tus abuelos. ¿Nunca te han dicho mi nombre?

Esto sí que lo preguntó con una claridad de tono prístina, aquí no había equívocos, estaba moviendo su alfil dialéctico hasta la mismísima casilla de mi rey discursivo. La trampa me la había puesto ella a mí. Tenía que inventar algo deprisa o poner alguna excusa antes de hacerme pis encima de la vergüenza.

Pero, por lo que fuese, parece que aquella mañana, al levantarme, había escogido la violencia y me sorprendí a mí misma diciendo una verdad que ni los tipos más oscuros del

barrio se hubieran atrevido a pronunciar en voz alta delante de aquella mujer. Entre nosotras no deberíamos mentirnos, así que lo solté sin más:

—Peluca. Siempre te llaman Peluca.

Si me iba a tapizar de hiedra las tripas con un mal de ojo de acción inmediata prefería sucumbir demostrando soltura y carácter.

Me miró desde esa quietud de tejido muerto que la acompañaba. Presente y ausente a la vez. Como miraría la cabeza de un animal asesinado desde la pared del cazador. Con el rencor y la paciencia vítrea de quien espera paciente al otro lado del velo de la vida y que, aunque en este plano se debilita, se hace fuerte en el más allá y casi domina su existencia espectral.

—Así que Peluca —dijo desde aquella lejanía.

Si aquel no fue el inicio de carcajada más lento de la historia, a mí se me hizo eterno. Fue como ver cambiar el gesto a la corteza de un pino particularmente rugoso. Acabé riéndome con ella. Nos contagiamos la una a la otra un buen rato y hasta hubo quien se paró un momento a contemplar la imagen. Una criatura que apenas había dejado de ser un bebé, no muy agraciada, y una anciana esperpéntica pasándoselo en grande por algo que solo ellas entendían. En ese momento Doña María no me parecía tenebrosa, ni un poquito. Cuando reímos con ganas no tenemos edad, lo hacemos igual durante toda nuestra vida y puede adivinarse en nuestra mueca la niña que fuimos o la anciana que seremos.

En ese instante sin importancia nos separaban muy pocas cosas. No me equivocaba al elegirla como referente, aunque aquello se quedase ahí y no volviéramos a cruzar una palabra. Aprendí que a las mujeres que viven a su manera, que envejecen a su manera y que llevan la vida marcada en la cara, bien visible, se las suele cubrir con el manto del patetismo y de la burla porque se las teme.

—Anda, métete en casa, que se hace tarde. Y diles a tus padres que te quiten eso del ojo.

—Es que lo tengo vago y se me tuerce.

—Es el ojo izquierdo, y ese no se equivoca nunca, si mira para un sitio diferente al otro aprovéchalo, algo te estará diciendo que mires.

Pensé en decirle que en realidad era una malformación leve del nervio ocular que se corregía con facilidad. Adoraba la jerga médica y era muy curiosa, así que había memorizado con detenimiento lo que me pasaba en el ojo para poder contarlo en cuanto me diesen oportunidad. Como todo. Decidí que no era cuestión de sobrecargar a la señora María después de habernos reído juntas. Para llegar a ser una gran dama una debe saber cuándo retirarse a tiempo. Total, acababa de perdonarme la vida y había tenido el detalle de encantarme la lengua para hablar sin trabarme unas cuantas frases. Así que me limité a decir:

—Huele usted muy bien, señora María.

—Tampoco te pases.

Sonó como un latigazo que soltó dándome la espalda, continuando con su peregrinación al parque, como si aquel momento de complicidad no hubiera sucedido. La vi desaparecer enseguida, avanzaba deprisa a pesar de ir cargada con sus eternas y repletas bolsas de plástico. Migas de pan no llevaba, no me la imaginaba dando de comer a los pájaros, más bien enterrando sus carcasas crujientes al pie de los chopos de la avenida de Arcentales o de los pinos del parque El Paraíso.

BARBAZUL VIVE EN EL BAJO IZQUIERDA

—TÉ TÉ TÉ TÉ TÉ TÉ...

—Vaya mañana lleva hoy la Gemita, pobrecilla. Me tiene la cabeza loca. Desde las cuatro de la mañana con el tetété. Tu padre se ha levantado una hora antes porque no había manera de seguir durmiendo. Qué angustia de muchacha, qué lástima.

Mi madre preparaba café en la cocina, en la que solo cabía ella, también quitaba las hebras a un buen montón de judías verdes y pelaba patatas. Yo la observaba sentada en una silla del salón de la que me colgaban los pies.

Gemita, Gema, era la hija de nuestros vecinos de enfrente, puerta con puerta. Cada piso del bloque albergaba dos casas, empezando por el bajo, cuyas entradas, las nuestras, daban a la calle. Las de los pisos superiores salían a un rellano exterior. A Gema solo la había visto a través de una ventanita minúscula que daba a la parte de atrás del edificio, una extensión de cemento llena de basura, ratas y jeringuillas usadas donde algunos chicos del barrio jugaban al fútbol de vez en cuando y que generalmente ocupaban yonquis, que jugaron al fútbol allí no mucho tiempo atrás, para pincharse y navegar el efecto de la heroína flotando en aquella superficie inmunda como nenúfares de alquitrán. Esa ventana era la única de la que Gema disponía en la habitación en la que su padre la tenía encerrada. Superaba los veinticinco años y no había visto más mundo que ese hueco minúsculo con vistas a ninguna parte. Si lo vio alguna vez, dejó de estar en él tan pronto que no lo recordaba, en cuanto su padre, Aurelio, calibró que era apta para dar satisfacción a sus hediondas crueldades sexuales.

Fue así de sencillo. Un día tomó la decisión de ponerla bajo llave y el mundo siguió girando como si nada. Para mí,

que leía compulsivamente cuentos, mitos y leyendas, Gema, por su soledad, su melena larga y roja, el silencio a su alrededor y su indefensión, era Lady Godiva. Desde que tuve entendimiento y como niña que necesitaba aprender a vivir en dos realidades porque tenía dos vidas, solía situar a las mujeres que me rodeaban en espacios de fantasía en los que nada podía tocarlas y en los que podía incluirme imaginando historias tejidas con hilo de oro; veía Afroditas, Circes, Nimues y Elaines de Astolat en la parada del 28, en el andén del metro de Simancas o haciendo cola en la charcutería del señor Lucas. A veces, si me quedaba a mano, les tocaba el pelo a algunas de aquellas extrañas cuando se sentaban delante de mí y de mi madre en el transporte público, enrollaba alrededor de mi dedo índice algún mechón que se les escapaba, como haciendo un tirabuzón; a mí me parecía un gesto lacónico de cuento, de nereidas que se peinan unas a otras, y a ellas, cuando se daban cuenta, les hacía gracia. Mi madre se pasaba la vida disculpándose por ello. Muchas noches me quedaba dormida enredándome el pelo a mí misma, por si acaso el camino a la vida de ninfa comenzaba rizándose el cabello en el mundo de los sueños.

No recuerdo ninguna semana en la que aquella casa miserable no estallase bajo la ira de Aurelio al menos un par de veces. Cuando no se oían gritos y golpes, ningún ruido salía de aquellas paredes. Ni televisión, ni radio ni conversaciones. Nada excepto el «té» convulsivo de Lady Godiva.

El tipo salía y entraba sin rutina fija, no se le conocía trabajo pero sí se le imaginaba ocupación en el trapicheo de droga que estaba acabando con los hijos y las hijas de sus vecinos. Solía iniciar sus agresiones a la vuelta de sus merodeos, cualquier excusa le parecía suficiente, algo fuera de sitio, una mirada a destiempo o un simple «¿ya estás aquí?» preguntado con inocencia a modo de saludo.

—Sí, ya estoy aquí, ya estoy aquí, ¿no me estás viendo?

Respondía siempre así, con otra pregunta y un ramalazo de burla.

—Bueno, no sé, que has llegado prontito —decía Luisa, su mujer, intentando apaciguar algo de lo que se le venía encima.

—Prontito, prontito, prontito —interrumpía el tirano atiplando la voz como los hombres imitan a las mujeres cuando las desprecian y haciendo pucheros, riéndose de ella.

Poco más hacía falta. Aurelio era metódico y machacón en su desempeño como maltratador. No era de los que estallan y terminan pronto. Había una disciplina envenenada y meticulosa en su brutalidad. Provocaba haciendo preguntas incómodas o ambiguas, se burlaba cuando intentaban contestarle, insistía, repreguntaba, y comenzaba a descargar golpes sin acelerarse. Se escuchaba temblar las paredes, muebles desplazándose, pasos lentos y hasta órdenes pidiendo a su víctima, fuese su mujer o alguno de sus tres hijos, que se colocara de tal o cual forma para arremeter con más comodidad. Era insoportable, y si alguna vez la violencia extrema tuvo una rutina cómoda fue en aquella casa. Sucedía como suceden las cosas mundanas, sin que parezca que son perfectamente evitables.

El hijo de puta puso en marcha la liturgia aquella mañana de café y judías verdes con patatas. Siempre que sus embestidas me encontraban en casa por no ser hora lectiva o cualquier otra circunstancia, me moría de miedo y le pedía a mi madre que subiese la radio o que cantase fuerte, cosa que hacía a menudo. La pobre solía adelantarse a la situación, sabía leerla con antelación; cuando la radio sonaba demasiado alta sin venir a cuento o mamá se arrancaba a pecho lleno cantando por Nicola Di Bari, Adamo o Marifé de Triana, es que el diablo estaba bailando en la puerta de enfrente.

Me encerré en la habitación que compartía con mi hermano, que afortunadamente no tenía ventanas ni estaba contigua a ninguna otra vivienda. La vibración de los muros no podía obviarse y pensé en Laura, la hermana pequeña de la familia, que era Juana de Arco, por su bob cortito con flequillo recto y su disposición a dar batalla al mismo

infierno. Solía llevarse una parte muy amarga de los horrores que dispensaba el padre. Tenía dieciséis años y todo en ella gritaba desafío. Sus ojos verdes y felinos de zíngara, su gesto serio, su voz ronca y una estética algo más gótica que punk que cada día exhibía más extrema sabiendo que a su padre le revolvía el estómago. Yo la quería mucho. Laura me pintaba las uñas a escondidas y me las limpiaba antes de que nadie lo viese, a mí y a otro niño maricón del barrio, más feo e igual de necesitado de aquellas atenciones que yo, hijo de un mecánico al que mi padre conocía desde la infancia.

Sabía que la actitud de Laura le costaba que su abusador se emplease con especial encono con ella, para entender eso no hacía falta ser mayor, pero no podía evitar pedirle a menudo que se portase bien por si ayudaba a que amainase la brutalidad. Que la violencia machista se dispensa con independencia de lo que hagamos o dejemos de hacer las mujeres era algo que todavía no había aprendido.

Todo el barrio sabía a qué se dedicaba Laura, que dejó los estudios en cuanto terminó la Educación General Básica. Se decía en voz baja o mediante rodeos, como si al hacerlo se atenuase la realidad, que no era otra que la de una adolescente que se ganaba la vida en polígonos industriales, parques y calles del centro, follando con tipos que buscaban una fantasía infantil a buen precio. Ella, por rota que estuviese, mucho más por la mano viscosa de su padre que por las de los desgraciados que pagaban por las atenciones de una menor, se había hecho fuerte y no bajaba la cabeza jamás. Le asqueaba la conmiseración que le dispensaban en el barrio fuese donde fuese, la poca delicadeza que tenían los vecinos intentando mostrar empatía. Tampoco sabían hacerlo de otra forma, y eso aunque no hiciera amainar su desprecio también lo entendía. Dejé de verla muy pronto. En cuanto reunió suficiente dinero escapó al fin de aquel bajo izquierda y se convirtió en un pensamiento recurrente para mí, en una oración de esperanza, en un mito triunfante, en una diosa del ojalá.

Cuando las paredes dejaron de temblar y la radio volvió

a su volumen de murmullo, salí de la habitación. Mi madre había echado más patatas a la olla, que se habían cocido en lo que tarda en darse una paliza. Las machacó con un tenedor, les puso aceite, sal y un poco de pimentón, las extendió en un plato ámbar de cristal y les colocó un paño de cocina limpio encima para que guardasen el calor.

Yo sabía lo que venía ahora porque siempre era igual.

—Ahora vengo, estoy enfrente. —Lo decía del mismo modo cada vez.

Después se escuchaba movimiento en la escalera como de misa, pasos que, por discretos, parecían no querer importunar al suelo.

El método sádico de Aurelio era perfectamente predecible. Una vez terminada la hora bruta, salía a tomar el fresco como si se lo hubiera ganado. Solía tardar en regresar. En ese lapso de tiempo las vecinas, casi todas, se acercaban a casa de Luisa con alguna cosa de comer, ropa para aprovechar o un café de puchero caliente. No tenían más posibilidad de mostrar su cercanía que así. Dejaron de llamar a la policía porque lo único que hacían era sacar a Aurelio de casa, hablar con él un rato hasta que parecía tranquilo y devolverlo con advertencias ridículas y consejos de catequista.

No era raro que el cabrón dejase pasar unos minutos desde que la policía abandonaba el lugar para continuar con su tortura por el mismo punto en el que se la habían interrumpido. Con los platos, las tarteras o los potes siempre iba un «cómo estás», qué otra cosa se podía decir o hacer cuando no había estructura alguna de ayuda que asistiese a aquella mujer. Mamá volvió con los ojos llenos de lágrimas que no derramó y me sonrió con una mueca cargada de pena.

—Venga, ayúdame a cortar las puntas de las judías. A ver, con cuidadito. Agarra bien el cuchillo y hazlo así... Eso es. Muy bien. Pues igual con el montón entero.

Atesoraba esos momentos para siempre. Tenía miedo de que mis padres dejasen de quererme si sabían que yo era diferente de como ellos creían. Escuchar a los adultos

hablar de las personas diferentes dejaba marcas que no se borraban nunca. Las niñas siempre estamos escuchando y nunca se sabe qué se agita dentro de cada una que puede ser dañado para siempre con una palabra. También sabía que lo que sí veían de mí lo adoraban, y que desde luego ninguno de los dos sería jamás como Aurelio.

Me preguntaba qué hacían los hombres al respecto, que en mi mundo infantil eran los que debían combatir al monstruo y mantener la paz. En otras circunstancias se enfrentaban unos con otros sin dudarlo, la mayoría situaciones sin importancia. Vi a muchos de mis vecinos llegar a las manos por un aparcamiento, un malentendido absurdo o una mala mirada. Cosas que les servían más para discutirse la jerarquía que para establecer alguna justicia.

Mi padre nos hablaba a menudo de los problemas de los trabajadores, de permanecer unidos, de dar la guerra necesaria para conseguir que todo el mundo tuviese lo básico y fuese respetado. La madrugada de la primera huelga general de trabajadores de la democracia, sorteando la razonable oposición de mi madre, nos levantó de la cama para que le acompañásemos, a él y a sus compañeros de sindicato, a sellar con silicona las puertas de las empresas del polígono industrial del barrio. Después, tomando las precauciones lógicas, nos llevó a hacer bulto al piquete para que supiésemos de primera mano qué era aquello. Mi hermano y yo éramos demasiado pequeños para entenderlo, para nosotros fue una oportunidad de pasar tiempo con nuestro padre, al que veíamos poco por sus jornadas de trabajo infinitas, y jugar juntos a algo extraño y divertidísimo. Cuando llegó la mañana y algunos trabajadores intentaron sortear el piquete, se formó el pandemonio habitual de empujones e insultos; mi padre se aseguró de que viésemos y escuchásemos todo lo que estaba sucediendo, que aquello se quedase grabado en nuestras mentes infantiles confiando en que, con el tiempo, sabríamos interpretar aquella rabia en toda su complejidad. No fue un buen final para nuestra aventura, pasamos bastante miedo, pero sí fue útil, en todo caso mi padre

hacía las cosas así, su forma de demostrar amor era no mentirnos nunca, adelantarse a nuestra madurez, mostrar un respeto a nuestro criterio que no se solía reservar a las infancias. Lo primero que sí entendí fue que un esquirol, esa palabra que escuchaba a menudo y que me intrigaba muchísimo, era alguien que abandona a los suyos y los traiciona por medrar, o, peor aún, por mantener una posición de miseria más o menos segura. Quizá es que el esquirolaje no se aplicaba al ámbito doméstico o que traicionar a las mujeres no era lo mismo que presentarse como un desgraciado ante los compañeros, que entonces era otra palabra sagrada. El caso es que los hombres del edificio no creían pertinente intervenir en una situación como la del tirano del bajo izquierda.

A Aurelio le hacían el vacío, eso sí, nadie le prestaba conversación ni le incluían en las cañas de los domingos. Pero los hombres del bloque escurrían el bulto argumentando que a ellos no les gustaba que husmeasen en sus casas y que los problemas de un matrimonio se arreglaban entre sus miembros. Lo de llamar problema a un abuso monstruoso era un ejercicio de cinismo considerable, jamás hubieran utilizado un lenguaje semejante para los conflictos laborales. Era extraño. Todos sabían que era un miserable. Decían que era un criminal. Les repugnaba pero parecían haber formado en torno a cualquier hombre un piquete que no se podía cruzar.

FLOTANDO SOBRE LOS ESCOMBROS

Saúl, el hijo mediano de Aurelio y Luisa, vestía como Tino Casal, hablaba como yo me imaginaba que lo haría Gigi Cicerone, el amigo de Momo, y se movía como Pete Burns. Me gustaba mucho mirarle entrar y salir de su casa, verle caminar hacia la boca de metro hasta que desaparecía por la esquina con su taconeo alegre. Era guapísimo, tenía los mismos ojos verdes y maliciosos que su hermana Laura. Las marcas en la cara que le había dejado su padre a hostia limpia eran perfectamente visibles y el cicatrizario seguía creciendo, pero a pesar de ello parecía resuelto a seguir con su vida y a desaparecer de allí pronto. Así acabaría siendo.

A veces quería ser como él. Fascinante, único y femenino. Le llamaban maricón, se reían de él y le amenazaban a diario. En el barrio no tenía descanso, así que casi no lo pisaba excepto para dormir, y según se hacía mayor, ni siquiera eso. Se las apañaba para caminar por encima de la escombrera que le había tocado por vida sin que se le notase el esfuerzo. Él era Oberón: por sus ojos de duende malo, por los brillos de sus túnicas, por su cabello largo y cardado, por su sonrisa ambigua y por sus labios siempre pintados de colores preciosos. Se había ganado un espacio en mi *legendarium* de mujeres de cuento, diosas, damas y otras criaturas hermosas.

Excepto la fantasmal hermana mayor, que nunca tuvo oportunidad, Saúl y Laura estaban forjados en fuegos de otro mundo. Yo tenía miedo de casi todo y me veía incapaz de vivir libre y alegre, siendo yo misma, sin temer perder el amor, el apoyo y la seguridad que me aportaba mi familia. Ellos, de su inconmensurable desgracia, hacían una caldera de furia que los animaba a no detenerse. Intuía que las cosas eran más complicadas y creía ver grietas en las

corazas de aquellas criaturas que estaban empezando a vivir y lo habían hecho de la peor de las maneras, pero su fortaleza me maravillaba. Nunca dejé de pensar en ellos. Aún lo hago.

Saúl se fue sin hacer ruido. Me alborotó el pelo con dulzura, sin dejar de caminar, una tarde en la que yo miraba el mundo en silencio desde las escaleras exteriores del bloque. Creo que esa fue la última vez que le vi. No recuerdo que arrastrase maletas ni que llevase mochila, nada. Supuse que al rey de las hadas no le hacía falta equipaje allá donde fuese.

RÁFAGAS BRILLANTES

Casi había caído dormida, vagaba en la penumbra de la consciencia ya más cerca de la oscuridad que de la vigilia. Reposaba sobre una hoja inmensa, quizá una brizna de hierba gigantesca que se curvaba en forma de medio cilindro y me servía de hamaca. Estaba desnuda y mojada bajo la luz de la luna. No tenía atributos, mi cuerpo era una fosforescencia con la consistencia del plasma, de las cosas a medio hacer, aún no era carne pero ya poseía las cualidades del peso y el tacto. Me movía pero no me movía, mi mente se adentraba en el sueño y su capacidad para generar imágenes se ralentizaba. Ya encontraría un modo de volver a fluir cuando cayese dormida. En ese momento la imaginación y lo que entendemos por inconsciente, ese flujo precioso de pensamiento desordenado, hacían lo que podían para sostener las visiones. El sonido, que era el de la noche en sí misma, una mezcla de grillos, viento y estrellas girando, se amortiguaba y casi se desvanecía, o se transformaba en otra cosa, algo cristalino, algo plateado, algo que anunciaba un final.

Justo antes de que se escuchase el grito se me erizó la piel y abrí los ojos de par en par. Fui devuelta a la realidad como se deja caer un fardo o un cuerpo muerto desde un vehículo en marcha. Una gota de sudor me atravesó de lado a lado la frente y no llegó a tocar la almohada porque se heló junto con el resto de mí. Otro grito. Y otro más corto. Muchos seguidos y sincopados. La voz de Aurelio era un aullido, ni rastro del autocontrol sádico, ni rastro de la calma del carnicero, sonaba a cría de cerdo, a perro ronco, a miedo. Salté de la cama muy asustada pero decidida a saber qué estaba pasando. Mi hermano, que siempre fue agilísimo, casi había alcanzado el saloncito de nuestra casa

brincando desde la litera de arriba. Mis padres salieron de su habitación con la misma premura. A mi padre le había dado tiempo a ponerse un pantalón de chándal y mi madre aún se anudaba la bata mientras terminaba de llegar a su altura.

—¡Venga a la cama los dos y cerrad la puerta! ¡Jimena, llama a la policía! —dijo mi padre con tono de palmada. Sin dar posibilidad a réplica alguna.

No nos dio tiempo a rezongar porque otro grito horroroso nos ahogaba la voz. Mi padre abrió la puerta de casa, que daba directamente a la calle, sin recibidor de por medio, y salió a la madrugada. Se escuchaban otras puertas abrirse y pasos fuertes en las escaleras, se notaba que eran pasos de hombre, parecía una estampida de animales pesados que se precipitaban desde las alturas de un desfiladero. Los gritos no cesaban, si les quedaba alguna cualidad humana la iban perdiendo con cada repetición, creí que me iba a desmayar del pánico. No habíamos vuelto a la habitación, desobedeciendo a mi padre, estábamos paralizados en el salón. Mi hermano se había colocado delante de mí, protegiéndome como hacía siempre. Mi madre hablaba con la policía a temblores, esta vez no tardarían demasiado en llegar, probablemente los lamentos desesperados de Aurelio se escuchaban al otro lado de la línea telefónica y por toda la calle.

Lo que sucedió después fue un ir y venir desordenado de personas y voces. Llegó una ambulancia o quizá dos. Había tantas luces parpadeando delante de nuestra casa que la noche había sido sustituida por un titilar histérico de ráfagas brillantes. Las paredes se iluminaban: azules, blancas, rojas. Quería saber qué estaba pasando pero no era capaz de moverme. Las voces de los presentes se mezclaban con las que surgían de las radios de los coches de policía y de las ambulancias. Mi padre entraba y salía, nos miraba pero no nos veía; mi madre, que se había asomado un par de veces al exterior, se echaba las manos a la cara y repetía «Dios bendito de mi vida». En cuanto mi hermano se atrevió a dar un par de pasos hacia delante, lo suficiente como para

situarse ante la puerta, que con el caos se había quedado abierta, le seguí y eché un vistazo por detrás de su hombro. Lady Godiva estaba sentada en el suelo de su casa, que se veía perfectamente porque su puerta y la nuestra estaban abiertas de par en par y alineadas. Los sanitarios la atendían, le hablaban pero no respondía, sonreía mirando hacia lugares a los que solo ella parecía tener acceso y decía en voz alta pero no gritando «té, té, té, té...». De no ser por la sangre que le chorreaba aún caliente desde la boca y le manchaba la barbilla, el cuello y el delantero del camisón, resultaba tierno verla sonreír. Era la primera vez que la veía hacerlo.

Aurelio estaba en el suelo. Un enjambre de sanitarios y policías le cubrían como buitres apurando la última carroña del desierto. Cuando terminaron la atención inmediata que precisaba, levantaron la camilla y se lo llevaron; los camilleros debían hacer una curva para evitar la escalera central del edificio, una curva que colocó por un instante la camilla de Aurelio justo delante de nosotros. Tenía la cabeza girada sobre un lado y podíamos verle el rostro. Seguía quejándose pero ya en voz baja, los analgésicos que le habían puesto debían de estar haciendo efecto. Le teníamos tan cerca que, si no le hubieran vaciado los ojos, seguro que nos habría devuelto la mirada.

Volvimos a la habitación mientras se llevaban a Gema, que seguía con su letanía del «té» y diría que hasta iba cantándolo camino a la ambulancia. Lady Godiva había mudado la piel y transmutado en arpía.

LAS CHICAS

Olía a potaje de garbanzos con arroz y aún picaba el azufre de haber cortado cebolla. La válvula de la olla exprés giraba deprisa y dejaba escapar ráfagas cortas de vapor que empañaba los cristales de la cocina. Apenas quedaban señales visibles del cocinado, acaso un cuchillo con restos de ajo y perejil en el fregadero. Mi madre se movía deprisa, su desempeño nunca se pareció al de las madres literarias que manipulan los alimentos con paciencia de tejedora y llevan mandiles de flores. Ella lo hacía todo con la premura de quien se ha ganado la vida limpiando y cocinando a destajo desde que tenía edad para ir montada en el cocherito leré.

No era descuidada ni imprecisa. De hecho, cocinaba muy rico con muy pocas cosas. Simplemente había desarrollado oficio y una obsesión por sacar adelante trabajo, tanto fuera como dentro de casa, que no la abandonaría nunca. Llevaba una camiseta vieja con un logo comercial y pantalones cortos. Algo que podía manchar y echar a lavar tantas veces como fuese necesario. Era ágil y briosa como una potra. Llevaba el pelo corto y con reflejos claros. Tenía un rostro bonito y anguloso, de ojos amplios, encapotados y rasgados, nariz importante, con un caballete que se la doblaba hacia la mitad del tabique pero que no se la afeaba. Su boca fue mi mejor herencia, proporcionada y de labios que no llegaban a ser prominentes pero a los que no les faltaba voluptuosidad. Aún no había cumplido los cuarenta, pero la piel de su rostro apenas aparentaba treinta. Costaba creer que una mujer que desde los doce años no había conocido otra cosa que jornadas de trabajo inhumanas y mala alimentación conservase un aspecto tan airoso. La carcoma de la vida obrera se le manifestaría

algunos años después en los huesos, pero mantendría para siempre una piel impoluta y un halo de impermeabilidad a la vejez.

Mi madre olía a colonia de bebé y a crema hidratante. A pesar de fumar como si tuviera un hijo en la cárcel siempre parecía que acabara de salir de la ducha. Como las santas que desafían la putrefacción oliendo a flores después de muertas.

Era muy cariñosa y no parecía guardarme rencor por haberla obligado a parir un mendrugazo de cinco kilos y medio y sesenta centímetros de largo. Nos adorábamos, y esto sería nuestra perdición. Desde muy pequeña entendí que mi madre dispensaba un amor que pretendía mantenerlo todo en un presente perfecto en el que permaneciésemos incorruptas o en el que desempeñásemos la vida que había imaginado para nosotras al pie de la letra. Toda desviación en nuestra trayectoria le parecería siempre una derrota o una culpa con la que marcarse el corazón de forma indeleble. Desde que fui capaz de estructurar pensamientos quise contarle que yo no era enteramente yo. Que estaba confusa y que estaba sufriendo, que lo de bailar canciones de Irene Cara o la obsesión con Madonna siempre habían sido señales luminosas en la oscuridad e importaban más allá de su aparente frivolidad. Eran las sacudidas de libertad que lanzaba al cielo esperando, asustada y esperanzada, que alguien supiera descifrarlas. Las palabras nunca acababan de salir y no tenía herramientas para gestionar algo tan complicado que yo misma me esforzaba por enterrar en la fosa común de las vergüenzas. Tenía muy presente frases que a mí me parecían muy categóricas y que llevaba escuchando toda mi corta vida. Como si mi madre hubiera visto muy pronto en mí algún destello que le desagradó y hubiera trazado un plan sutilísimo para acallarlo. El miedo que se pasa en el armario fabrica monstruos a partir de sombras chinescas. Cada vez que se descolgaba con cosas como que estaba contentísima de haber parido dos varones, «aunque Arturo estaba loco por tener niñas, pero yo lo prefiero así, que los chicos son más

noblotes». O su insistencia en llamarnos «machotes» con muchísimo orgullo en cuanto tenía oportunidad, como si el apelativo fuese una promesa que le arrancaba al futuro además de una recompensa que nos otorgaba después de terminarnos la comida o completar alguna otra tarea. Eran pequeñas afirmaciones que se iban acumulando y que parecían describir a otra criatura que no era yo. Ninguna malicia había en ellas, pero mi naturaleza sensible y despierta las recibía como avisos de la vergüenza que supondría negarlas. Yo no era un *machote*, ni *noblote* ni ninguna de esas cosas, y poco a poco me encontré intentando serlo para no parecer a ojos de mi madre eso tan débil y decepcionante que se encontraba en el lugar contrario a los machotes. Justo donde yo quería estar.

Mi madre se movía deprisa por la casa para adecentarla. Casi había llegado el otoño y el tiempo era muy agradable. Una de esas mañanas de sábado de septiembre en las que aún perduran las energías de las vacaciones del verano que termina, como si hubiese permiso para desatender las obligaciones un poquito más. Esto no se aplicaba a las tareas domésticas según las entendía mamá. A ella la casa se le había hecho entraña y no había forma de que pasase un día sin limpiarla de arriba abajo. Una infancia de obligaciones excesivas la había programado para no fallarse a sí misma so pena de sufrir la ira del santoral de las madres rígidas que nunca creen que se ha fregado lo suficiente.

Éramos una familia ruidosa que vivía en un vecindario ruidoso. La paz y el sosiego eran para las zonas residenciales. Aquella mañana, al otro lado de las ventanas, se escuchaba la eterna radial de los barrios obreros, en los que siempre hacía falta estar reconstruyendo algo porque se caían a pedazos. El vendedor de cupones hacía lo suyo en la esquina entre dos bares, cantaba los décimos con vozarrón de legionario. Cuando derrapaba con el vino barato, el canalla acostumbraba a arrancarse con el *Cara al sol* a todo pecho, aunque no solía llegar al «rojo ayer» sin que algún vecino le mandase callar y le recordase que no le partía la

cara porque era ciego.

Con el tiempo el barrio se había convertido en zona de bares y pequeños comercios, así que no cesaba el sonido del vidrio chocando y los barriles de cerveza rodando. Siempre había repartidores cargados como mulas de un lado para otro. En casa sonaba la radio a buen volumen, ese año ponían a Rick Astley, a Whitney, a Radio Futura y reinaban los U2. De vez en cuando mi madre cambiaba de emisora y aparecía una Pantoja, una Jurado, unos Panchos o un Camilo Sesto por ahí. Nunca agradeceré lo suficiente haber nacido en una familia con gustos musicales tan variados. A mis nueve años cantaba con la misma soltura *Marinero de luces*, *Little Wing*, *Like a Virgin* o algún bolerito tierno.

Aquella mañana dos hermanas de mi madre la acompañaban mientras hacía la faena. Una mayor que ella y otra menor. El parecido entre las tres era evidente, pero la bendición del colágeno no se le había dispensado a todas por igual, en este reparto mi madre había llevado la mejor parte. Hablaban por encima de la música, lo que requería un esfuerzo importante que ellas afrontaban con facilidad. Eran superlativas por naturaleza, gritonas, nerviosas y exageradas. Eran muy hermosas. Adoraba mirarlas y memorizar sus gestos, su forma de estar quietas, el modo en el que se tocaban el pelo, sus risas desacomplejadas y cómo manipulaban los objetos. Absorbía la energía que creía percibir cuando las mujeres estaban reunidas, sin hombres. Me quedaba a soñar en ella, me producía cosquilleos y una sensación de paz que no encontraba en ningún otro sitio. El tiempo con los hombres de la familia me enfriaba por dentro y me mantenía en tensión. Los hombres no se hacían hombres, se instruían en la masculinidad, e incluso entre los más buenos, pobre del que fallase en la práctica de la misma. Junto a las mujeres de mi familia o de mi bloque, también con las compañeras de la escuela, el tiempo se dilataba como si lo bañase en agua caliente. No podía ser una de ellas, no podía tocar esa vida, pero sí atesorar lo que sin pretenderlo me enseñaban, era parecido a sacar los mitos más delicados y poderosos de las páginas de los libros

y echarlos a andar para contemplarlos, el camino de la ninfa, de la bruja, de la dama blanca o de la arpía me seguía quedando lejos, pero algo adaptado a mí me permitía tejer aquella atención polizona que les dedicaba. Un traje de feminidad hecho a escondidas y a mi medida.

Me acercaba a los aquelarres domésticos de las mujeres de mi familia pero mantenía la distancia exacta para no resultar obvia y romper el ambiente con mi presencia ambigua. Esto no siempre me salía bien, a menudo me llamaban la atención y solían hacer notar en voz alta y con leve fastidio que siempre estaba con los adultos, especialmente con las mujeres. Lo achacaban a querer enterarme de cotilleos, cosa que me servía como coartada y no me molestaba en discutir. El baño seguía siendo mi reino privado. Allí improvisaba maquillajes veloces, cada vez más precisos, y ponía en marcha lo aprendido observando a las mujeres de mi vida. La tristeza cada vez era más honda. La disforia, que ni siquiera sabía que se llama así, ocupaba tanto espacio mental y tanto desagrado físico ya, con nueve malditos años, que casi no dejaba lugar para nada más. En los estudios era más que solvente, casi brillante; en todo lo demás, un desastre. Imaginaba más que vivía pero no tenía dotes artísticas que me sacasen la pena, ningún desahogo me asistía, no sabía pintar mi desgracia, ni se me ocurría escribirla para no dejar pruebas. Así que la bailaba o me desdoblaba y fantaseaba con escenarios de liberación. Sobre todo escapaba a través de la literatura, del cine y de la música. Era una espectadora de todo lo que me rodeaba pero no podía tocar nada.

Sobrevivía en público imitando versiones cada vez más cerradas de la masculinidad que tenía como ejemplo, que era rampante. Eso también lo ensayaba frente al espejo, que acababa siendo testigo de todas mis mentiras, de mi dolor y de mis destellos de belleza. Delante de él aprendía a mirarme sin verme. A ser un autómata.

—¡¿Qué haces ahí dentro, hijo de mi vida, que cagas más que un sisón?! Qué puta manía de encerrarte tienes, un día te va a pasar algo y va a haber que tirar la puerta abajo.

El lenguaje directo, específico, con metáforas contundentes y poco pudoroso siempre fue una de las características que nos definía y que nos sigue definiendo como familia. Suficiente mierda se veía en el barrio, en el trabajo y en la vida como para no llamarla por su nombre. Por otro lado, la aversión de mi madre por los cerrojos, en concreto si sus hijos estábamos del otro lado, era exagerada. Reaccionaba con tanta vehemencia cuando se encontraba con la puerta atrancada que una no sabía si estaba muy asustada, muy enojada o las dos cosas. Esto casaba mal con una infancia en el armario. Detrás de esa puerta solía estar sucediendo algo importante. Un paréntesis de liberación o una sesión de castigo, pero importante de todos modos. En el mundo de las puertas abiertas no había espacio para el contoneo ni para el llanto, solo para los machotes.

Años de práctica clandestina me habían enseñado a controlar el breve infarto que provocaba estar haciendo alguna mariconada a escondidas y que llamasen a la puerta del baño a golpes. Al principio, de muy pequeña, cuando el simple hecho de sujetar un pintalabios me cortaba la respiración, las llamadas a la puerta las vivía como si el mismo demonio se estuviera dejando los nudillos contra la madera reclamando mi pobre alma de princesita travesti. Con el tiempo me volví capaz de contestar impostando la voz para sonar a muchachote metido en urgencias corporales mientras posaba como Kelly LeBrock ante el espejo.

—Las tías y yo vamos donde las chicas, ¿te quedas o te vienes?

Las chicas, que como todo comercio de barrio tenía otro nombre que nadie recuerda porque fue rebautizado por las vecinas a su conveniencia, era una tienda de ropa muy popular en la zona, un local enorme que se dividía en dos espacios: el de los uniformes y la ropa deportiva obligatoria de los colegios cercanos, y el de los infinitos burros y maniquíes con ropa de mujer.

Una parte fundamental de la estrategia de construcción

de mi armario consistía en aparentar desgana ante cosas que estaba loca por hacer pero que, de hacerlas con entusiasmo, desvelarían una naturaleza no especialmente masculina. Lo primero que una niña trans aprende cuando el entorno es hostil a su causa, antes incluso de saber que lo es, cuando todo son intuiciones, es a controlar la ilusión, o a fingirla hasta que casi ni ella misma sabe cuándo es cierta y cuándo no. La construcción del binarismo era feroz en ese inicio de década. La pompa andrógina de los ochenta solo fue un espejismo para activar nuestros deseos y hacer nuestros anhelos más dolorosos por tenerlos tan presentes y tan lejanos. Para mí, pequeña travesti de incógnito en un barrio obrero, que no tenía ni idea de quién demonios iba a terminar siendo, contemplar a Boy George en toda su alegre feminidad o a Prince en medias de rejilla era como ver luciérnagas en una cueva negra y húmeda. Un instante de esperanza tan breve del que casi no se puede decir que haya existido.

En la zona más atrevida de la tienda de las chicas había ropa inspirada en la movida madrileña, que era una cosa que daban por televisión, como *Anillos de oro* o *Dallas*... Una ficción de un mundo que no era el nuestro. Un carnaval ajeno a lo humano que sobrevolaba una realidad que para mí quedaba justo al final de la línea 7 de metro. En pantalla decían que Madrid era una ciudad en la que los chicos maquillados bailaban hasta el amanecer; en San Blas, el fragmento de Madrid que me correspondía, los adultos discutían con toda normalidad si era peor tener un hijo drogadicto o maricón. Del sida también se hablaba aquí y allá, continuamente, transitando entre el asco, la crueldad, la vergüenza y la pena en cada conversación, vaticinando sentencias de muerte y soledades a quien lo padeciese. Todo lo escuchaba con atención, con gula, como si una fuerza invisible me obligase a comer un pan negro y enmohecido sin masticar. Incorporaba todo a la fosa de mis interioridades y me convencía de que era mejor dejar las cosas como estaban y guardarme las posibles confesiones para cuando el mundo, o yo, fuésemos diferentes.

¡Por supuesto que quería ir a la tienda de las chicas! Era hipnótico asomarse a ese mundo de colores, espejos y labios pintadísimos. En ese espacio, mi madre, mis tías, las mujeres del barrio, dejaban de cargar por un momento con sus casas, sus familias y sus trabajos, dejaban de estar extenuadas y se relajaban por completo. Se probaban blusas, faldas, chaquetones, se dejaban aconsejar por las dependientas, que eran listísimas, cariñosas y sabían mucho de moda.

Las mujeres se miraban al espejo con cuidado, posando, quejándose de sus cuerpos y recibiendo una dosis perfecta de validación por parte de las profesionales. Siempre el mismo juego que acababa con una falda rebajada en la bolsa o una camiseta con su poquito de encaje que no tendrían muchas oportunidades para usar pero que animaba tener en el cajón, por si acaso.

Cómo no querer formar parte de aquel mundo alegre y maravilloso. Cómo no querer fundirse con ese paisaje. Era como llenar los pulmones de aire limpio. Olvidaba toda la oscuridad que me iba creciendo dentro. Al entrar allí las mujeres revelaban una naturaleza conmovedora y, al probarse ropa con estampados explosivos, caídas ligeras y vuelos de fantasía, se transformaban en preciosos y enormes animales extraños, de pelajes iridiscentes, que levantaban brisas de perfume y olor a maquillaje con sus movimientos y lo impregnaban todo de una sororidad salada que rompía mi pequeño y travesti corazón.

CARITA DE PIEDRA

Margarita nunca entraba en la tienda de las chicas. Nadie se lo había prohibido pero conocía los límites invisibles del mundo que le estaba permitido habitar. Era la mujer más alta del barrio. De hecho, era la mujer más alta que había visto en mi vida. Iba siempre perfectamente peinada aunque se teñía y se cortaba el pelo ella misma. No le faltaba maquillaje y le rodeaba un halo de perfume que adelantaba su llegada y dejaba recuerdo de su paso. Esto contrastaba con su empeño de ir en bata a todas partes. Es cierto que la llevaba impoluta, pero una esperaría que una mujer que se arreglaba tanto fuese vestida con el mismo detalle. A su manera cuidaba lo que se ponía y nadie vio jamás una mancha en esa bata rosa ni en las zapatillas de estar por casa a juego, rematadas con una cenefa de pelo rosa al final del empeine y con un tacón discreto.

Me obsesionaba cómo vestían las mujeres. En casa entraban casi todas las revistas de sociedad que se publicaban en España. Adopté alguna de las devociones de mi madre y veneraba a Carolina de Mónaco, que era casi tan perfecta como lo fue Grace, casi. Empecé a asociar nombres de diseñadores de moda a sus prendas y aprendí a reconocer sus siluetas y sobre qué cuerpos las aplicaban. Me soñaba, tomando prestado el aspecto de alguna mujer de revista, vestida por Manuel Piña, impactante, voluminosa, extraña, femenina y definida. Me pasaba el día imaginando, pero no era capaz de proyectar mi propia imagen en el futuro, como si lo que era, quién era, estuviese condenado a una infancia perpetua jugando al escondite de la existencia.

Margarita fue la primera toma de contacto con esa proyección de futuro y por eso la odiaba.

Tenía el rostro deformado por unas protuberancias que

le ocupaban casi por completo los pómulos y los carrillos, unas vesículas de piel que parecían llenas de líquido endurecido, irregulares a la vista y suponía que también al tacto. Como si alguien le hubiera metido piedras debajo de la piel. Estos bultos le comprometían la mirada, se la achicaban y la obligaban a inclinar la cabeza hacia delante para enfocar, adoptando una posición y un ángulo que tampoco le favorecían demasiado.

Me incomodaba como un fantasma de las Navidades futuras. Mi pensamiento seguía rehuyendo aceptar que me definiese en contornos precisos. Pero eso no era algo contra lo que se pudiese luchar, solo se podía esconder hasta que un día todo estallase. Mi vida y mi educación sentimental maduraban a través de una intimidad tristísima en la que seguía haciendo cosas a escondidas. Crecía teniendo que parecer algo que no era, que cada vez se me daba mejor, que cada día dolía más, y con la seguridad de que mi mundo, el que se alejaba de mí de forma inexorable, era el de las mujeres. Conforme me acercaba a la pubertad y me resistía a afrontar la realidad, los contornos de mi padecimiento se amalgamaban en un cuarteto macabro de despersonalización, negación, huida y mentira, que se sostenían en el tiempo como una nota grave que me estaba volviendo loca, un acúfeno capaz de articularme palabras de desprecio dentro de los oídos.

Margarita era una punzada de realidad llamando a la puerta. Una confirmación de lo que no quería ver ni saber. Cuando me asomaba al jardín de las travestis o de las transexuales famosas, porque yo podía negarme tres veces diarias a mí misma, pero estaba sedienta de referentes y resulta que casi todas eran de la misma naturaleza, todas parecían criaturas de otro mundo, perladas, inmensas y fascinantes. Sylvester, Bibi, Amanda Lear, Tula Cossey, Cris Miró. No me atrevía a pensar que esa era la que quería que fuese mi vida, aunque una punzadita de euforia me llenaba el pecho solo mirándolas. No podía desearlo. Todo lo que había oído sobre ser como ellas contenía palabras que se parecían a las que se usaban cuando se hablaba de alguien

que está enfermo. También palabras de aflicción o de vergüenza. A veces de admiración, pero no como se admira algo maravilloso, más bien como el aplauso que se le daba a una obra de teatro o a una mascarada cualquiera. Algo que es vistoso solo como espectáculo pero que no tiene belleza por sí mismo sin el artificio para el que está pensado. Las peores veces, las que estaban acompañadas de un par de cubatas, las que se usaban en las comedias o en los programas familiares de televisión, eran las palabras de burla, chistes que me daban ganas de vomitar. Yo trataba de encontrar en alguna parte un lenguaje de orgullo y de fuerza para poder explicarme de una maldita vez, pero no lo lograba por más que buscase. De niña no me daba miedo pensar en ser así, ni fantasear con ello, me aterraba la reacción de los demás viendo cómo se expresaban sobre algo que era tan bello. El desprecio con el que lo hacían, la repugnancia que parecía causarles. Fueron esas conversaciones ajenas, las que se supone que una no está escuchando, las que me convencieron de que era un ser torcido que debía ocultarse.

Los días que intentaba superar el miedo y definirme, aunque fuese en voz baja, delante del espejo del baño, mi cómplice, solo tenía a mano las palabras que había escuchado. Por muy hábil que fuese usándolas, no encontraba la combinación necesaria para definirme con la justicia que merecía y acababa por dibujar los contornos de un error que camina y respira.

No sabía de dónde habían salido Margarita y sus bultos, pero desde luego no era el mismo sitio del que procedían las diosas de revista y videoclip que habían conquistado la feminidad con tanto brío, no podía ser. Era imposible. La piel de Bibi era suave, el rostro de Amanda era anguloso y perfecto, Sylvester brillaba como si estuviese hecha de cristal y Tula y Cris eran tan bonitas que dolía un poco contemplarlas. Ninguna de ellas se libraba de los comentarios insultantes. Eran mujeres incontestables, les tenían tanto miedo por ser tan atrayentes que enseguida se decía en voz alta y clara que «eran hombres». Como si al

hacerlo se exorcizase el demonio del deseo a quien lo decía. A las mujeres como Margarita se las utilizaba en los chistes que me cortaban la respiración, eran la caricatura, a las que se imitaba poniendo voz de tiarrón y las que me hacían sufrir con su presencia por la coartada que proporcionaban al mundo entero para humillarnos sin remordimientos. No me daba cuenta de que unas y otras eran la misma cosa, mujeres que habían conquistado la poca o mucha libertad que tenían con garras y dientes y eso es lo que las hacía tan aterradoras. El ejemplo que suponían. Yo no era consciente de nada de eso ni tenía la más remota idea de lo que era la auténtica belleza. Por eso le pedía al Dios de mi madre, si me escuchaba, que no permitiese que el de Margarita fuese mi destino. Me encomendaba a cualquier potencia, por sacrílega que fuera, que me librase del mal de las mujeres grotescas.

LAS MUJERES SOLAS

Margarita siempre era amabilísima cuando nos cruzábamos con ella. Si iba con mis padres, solía pararse a hablar con ellos y me miraba con dulzura, como si estuviese leyendo en mi expresión definiciones que ni yo misma era capaz de darme. Esta conexión entre nosotras, que era obvia, me enfermaba. Pensar en la posibilidad de que me flotase sobre la cabeza una llamita como la que había visto a los apóstoles en la Biblia ilustrada, pero que solo fuese perceptible para maricones, bolleras, putas y travestis, era lo que me faltaba para obsesionarme. Además de mi gracia natural, que era la de una pieza medianita de jamón cocido, resulta que una lengua de fuego violeta me iba señalando por el bajo astral llamándome travelo.

Margarita estaba dedicada en cuerpo y alma a su madre, que era mayor y dependía completamente de ella. Se enorgullecía de llevarla limpia, «como los chorros del oro», decía siempre. De tenerle «su comidita a punto» y de que no se le pasase una revisión médica o una pastilla. Se las veía pasear por el barrio, la madre agarrada del brazo de la hija, y hacer recados cortos, lo que las maltrechas piernas de la madre podían soportar, que ya era poco.

Que Margarita era trans, claro, lo supe muy pronto, me lo explicó mi padre con palabras amables pero bruscas, sin pretender hacer daño o insultar, cosa que me reconfortó en algún rincón sensible del corazón y que supe apreciar mucho más tarde. Mi padre era así. Sin muchos rodeos siempre nos decía la verdad y consideraba que teníamos derecho a que se nos respondiesen las preguntas. Para ser un hombre nacido en los años del silencio era desprejuiciado y, a su manera limitada por el entorno, la época y su propia educación, bastante abierto de mente.

Menos cerril de lo que se esperaría de un hombre en sus circunstancias.

Respecto a la condición trans de Margarita, no era algo que se hablase demasiado en el barrio, aunque todo el mundo lo sabía. Se le tenía algún respeto en el cara a cara, pero después las lenguas eran algo más audaces y más miserables a sus espaldas. No existía la denominación «trans», en el mejor de los casos se hablaba de transexuales y en el peor, con palabras de desprecio que sobrevivieron al siglo.

Que le guardasen alguna tolerancia no significaba que pudiese escapar a las miserias de la desconsideración. Siempre intentaba comprar tabaco en el mismo estanco, regentado por dos hermanos gemelos de trato imbécil y aspecto enfermizo. Habían heredado el negocio del padre, soplón del régimen, que además del establecimiento les legó los ojos saltones y el color verdoso de la piel. Margarita entraba, pedía su marca y siempre le decían que no quedaba, aunque tuviesen una torre de cajetillas perfectamente visible detrás de la mampara. Se aseguraban de hacerlo cuando no hubiese nadie para poder negarlo afectadísimos, cruzando las manos sobre el pecho como santa Gema Galgani, delante de quien preguntase. Porque de estas cosas se terminaba enterando el barrio entero y preguntaban. Mezquindades como aquellas eran las que afrontaba de vez en cuando Margarita. Quizá por su edad o por presuponérsele una furia escondida en alguna parte, como quien teme a una esfinge o a una quimera, no recibía la violencia desde la brutalidad, como sí se hacía contra maricas, bolleras y transexuales jóvenes, en su caso se utilizaba la frialdad de lo soterrado.

No estaba sometida al escarnio constante pero nunca fue una más. Se le exigía ejemplaridad en el comportamiento, no dar problemas, que era una cosa de interpretación muy libre. Iba a misa cada domingo pero no se quedaba al ratito de después en la puerta, era una de esas fronteras invisibles que para ella estaban más que claras. Su premio eran los «qué discreta es Margarita, las cosas como son» o «la verdad

es que ella hace su vida y no molesta a nadie», como si ser una mujer trans molestase por defecto y tuviera que ir rebajando esa molestia con acciones como estar callada, ser más amable que los demás y no responder a los gestos desagradables. Yo me daba cuenta de esto y mis pulmones se llenaban un poco menos cada vez que lo percibía. Me daba cuenta de lo pequeño que era su mundo y de lo que se esforzaba para que menguase despacio. Las paredes de mi piel, mi cuerpo entero, ya me parecían un límite asfixiante, una escafandra que me mantenía aislada en el fondo de un mar muerto, pensar en terminar siendo como ella e imaginar mis pulmones achicándose, mi piel encogiéndose y mi corazón presionado justo hasta el instante antes del estallido, y que se quedase así para siempre, me aterraba.

La ejemplaridad que se le exigía a Margarita tenía que ver con la sumisión.

Desde luego, Margarita era ejemplar.

Tenía el «cariño» en la boca para todo el mundo y se ofrecía a ayudar en cuanto había oportunidad, con las bolsas de la compra, manteniendo abierta una puerta o haciendo recados para quien fuese si le coincidía el camino. Lo mismo le daba comprar un kilo de mandarinas que dos para que otra vecina no tuviese que bajar. Los chavales que estaban enganchados a la heroína la llamaban «mamarita», les compraba pan, embutido barato, batidos y palmeras de chocolate para pasar el día. Dinero no les daba porque no le sobraba y porque sabía tratarlos, a ninguno se le hubiera ocurrido atracarla. En ellos encontraba una camaradería que no se daba con el resto del vecindario; fuese por interés o por cariño real, lo cierto es que la trataban con respeto y nunca fueron amenazantes con ella. Aunque la abstinencia les estuviese comiendo vivos y no fuesen capaces ni de controlar sus esfínteres, a ella nunca le exigían nada, acaso se lo imploraban.

Las mujeres muy mayores, de la quinta de su madre, eran menos severas en sus exigencias y le concedían algo parecido a un lugar. La mayoría habían vivido la guerra civil siendo adultas y madres. Eran menos prejuiciosas o lo

eran de otra manera. Les importaba su abnegación, la delicadeza con la que ejercía de hija, les parecía garantía de mujer de comunidad, de que se podía contar con ella. Cada día le ponía la inyección de insulina a la señora Reme, su vecina de enfrente, viuda de un maestro tornero y con dos hijos muertos, uno precipitado desde el cuarto piso de la obra en la que trabajaba y el otro ahogado en heroína. También le hacía alguna friega con alcohol de romero, o con vinagre cuando no había romero, a Mamerta la Coscorrona, otra vecina que casi no podía moverse por haber desarrollado una artrosis que le tenía las piernas y las manos deformadas. La llamaban así desde que había dejado inconsciente de un cabezazo a un falangista sobón un par de meses después del fin de la guerra, traía el mote puesto desde su antiguo barrio, Comillas. Por lo visto había sido una mujer indomable a la que los novios que tuvo no les aguantó el orgullo. Decían que toda la vida se había obstinado en desempeñar trabajos físicamente muy exigentes, «propios de hombres», añadían, porque ganaba más y porque podía con ello. Así hasta que el cuerpo le dijo basta y terminó casi enclaustrada en casa, dependiendo de la ayuda de las vecinas que quisiesen dársela. Margarita era bienvenida en los atrios de las mujeres solas. Las que no podían permitirse el lujo de rechazar una mano desinteresada. A través de las pequeñas atenciones que les dispensaba Margarita habían tejido una red de soledades que les aliviaba los días; sabían cómo iba lo del azúcar de una, las piernas de la otra y la tensión alta de la de más allá. En verano salían a sentarse al portal, a la fresca. Margarita sacaba las sillas a las que no podían hacerlo por sí mismas, colocaba a su madre y se quedaba en el corrillo pero de pie, interviniendo poco, apoyada en la pared del edificio con su paquetito de pipas, su tabaco y la vida y el pensamiento en otra parte.

No podía dejar de mirarla. Era mi atracción del abismo y el abismo iba en bata y con los labios pintados. Analizaba todo lo que hacía y parecía haber desarrollado un sexto sentido para detectar cuándo salía de casa. Nos

encontrábamos a menudo en mi camino de vuelta del colegio, que ella hacía en sentido contrario para ir a fregar donde le tocase. Me sonreía. Le apartaba la cara o le bajaba la mirada, pero después me giraba para verla caminar y alejarse. A veces ella se daba la vuelta de repente y me sorprendía en pleno escrutinio. Sonreía otra vez y seguía a lo suyo.

Era la dadora de todos mis miedos y al mismo tiempo aligeraba mi carga con su presencia, como si compartiésemos una burbuja de aire limitada que nadie más podía respirar y me dejase la mejor parte hasta que aprendiese a contener el aliento. Esa capacidad suya me confortaba y me aterraba, me hacía sentir expuesta.

Margarita se ganaba la vida como limpiadora, antes había sido puta, eso también me lo contó mi padre sin darle mucha importancia, llevábamos toda la vida conviviendo con mujeres que se dedicaban a ello. En el tercero, dos vecinas nuestras, la señora Agustina y Merceditas, madre e hija, además de la vivienda familiar, tenían la sede de su pequeño negocio de atenciones sexuales. Era una casa de tamaño y distribución exactos a la nuestra en la que se turnaban el uso de la habitación más pequeña para trabajar. Mientras una faenaba la otra limpiaba, siempre olía a friegasuelos de pino a través de su puerta, que como estaba en el piso más alto del bloque, derramaba el aroma por toda la escalera. Tenían un loro que gritaba «¡golfo!, ¡gooolfo!» cada vez que algún hombre entraba o salía de allí. El trasiego de clientes era discreto pero constante, alguno hasta nos saludaba si coincidíamos en los primeros escalones, donde solíamos jugar y perder el tiempo las criaturas del edificio, y esto les costaba una bronca monumental a aquellos tipos. Dejar en paz y no dirigir la palabra a los críos era condición imprescindible para acceder al servicio que prestaban aquellas mujeres encantadoras. Siempre supe qué eran y qué hacían las putas y nunca tuve la idea de que fuesen mujeres diferentes a las demás.

Cuando a su madre el tiempo se le hizo carga y no pudo

soportarlo sin ayuda, Margarita dejó ese trabajo para volver a casa y cuidarla. De todos modos, los locales de la calle Orense que solía frecuentar, donde tenía su granero de clientes más importante, entraban en decadencia a finales de los ochenta; su propia edad le dificultaba ganarse el pan en los parques con la misma solvencia que cuando empezó, demasiadas horas de pie para un cuerpo con tanto trote a la espalda. Trataba de imaginármela joven y, aunque costaba obviar su aspecto actual, por su envergadura y su lenguaje corporal de enorme ave zancuda, debía de haber sido impresionante. En realidad lo seguía siendo. Aunque cada vez me era más difícil, prefería verla ajena y fea para no dañar mis fantasías de transformación feérica. Un día yo dejaría de habitar las profundidades, la asfixia y el miedo y florecería como un hada perfecta, dueña del aire. Margarita, con su mundanidad y sus cicatrices, con sus fronteras invisibles, representaba la negación de todo eso. Era la versión travesti de descubrir que los Reyes Magos no existen. Me negaba a que fuésemos criaturas del mismo bosque, a pesar de no hacer otra cosa que observarla escondida detrás de cada pliegue de nuestro barrio de alquitrán y ladrillo como un duende enamorado.

—Vino la Margarita a la fábrica a pedir trabajo —le dijo mi padre a mi madre durante una comida.

Escuché su nombre, levanté la cabeza y se me abrieron los ojos de par en par. Todo lo referente a ella acaparaba mi atención. A mis padres no debía de pasarles desapercibido mi desmedido interés, pero nunca me lo hicieron notar, acaso llegué a advertir alguna mirada confusa entre ellos que nunca me molesté en descifrar.

—¿Y qué le habéis dicho?, porque ya tenéis señora de la limpieza.

Mi madre sabía que Margarita buscaba trabajo donde fuese y que no dejaba de intentarlo. Lo aceptaba todo. En ese encono se parecían, y de alguna forma hacía que se preocupase por ella. Le apelaba al compañerismo. Reconocía en sí misma esa necesidad y ese empuje.

—¿Y yo qué le voy a decir, Jimena?, la he mandado a

hablar con Remedios, que es la que decide en esas cosas. Pero no van a echar a Nieves, lleva ya tres o cuatro años con nosotros y estamos contentos con ella. Han hablado un rato y con las mismas se ha ido a la nave de al lado, la de maderas, a preguntar allí.

—¿Y de qué busca trabajo? —pregunté yo.

—Pues limpiando, hijo, de qué va a buscar esa. —Mi madre respondió como si la pregunta se refiriese a ella misma, reaccionó con la autoestima dañada de las limpiadoras, a las que nunca se les ha reconocido el trabajo —. Y tú no comas más croquetas, que engordan mucho. Ahora te pongo fruta —lo añadió con la misma indignación disimulada con la que acababa de hablar de la infructuosa búsqueda de trabajo de Margarita.

Siempre era buen momento para añadir a cualquier conversación familiar un apunte en el que se me recordase cuánto comía.

Esto solía avergonzarme muchísimo, pero estaba tan interesada en lo que contaban de Margarita que lo dejé pasar como si no lo hubiese escuchado. Solté la croqueta que estaba a punto de comerme y se la di a mi hermano, que me la aceptó con un gesto de complicidad y la engulló de un golpe para zanjar la incomodidad lo antes posible.

—¿Qué le han dicho los de la madera? Porque ese es un rata de mucho cuidado, el Patxi —preguntó mi madre.

—Yo qué sé, tampoco la he seguido. Pues le habrá dicho que no, ese cualquier día sale ardiendo con su puta madre dentro antes que limpiar la nave, tiene serrín ahí del año que se lo pidas.

—Algo le saldrá, la verdad es que le echa un par de huevos, trabaja como una mula, la Margarita.

Mi madre lo dijo con cierto orgullo, sin querer seguía haciendo gremio con Margarita durante la conversación y habló como siempre hablaba de su propia capacidad para trabajar, dejando claro que nada se le ponía por delante. «Si hay que fregar de rodillas, se friega, si hay que frotar como una hija de puta, se frota, pero las cosas hay que hacerlas bien.» Esto se lo escuché decir en una conversación tiempo

atrás y nunca se me olvidó. Podría ser su epitafio.

—¿Y por qué no vuelve a ser puta?

Aún no comprendía las exigencias de un trabajo como ese pero lo pregunté sabiendo a la perfección lo que estaba diciendo. Ser puta me parecía una opción honrosa y ella, habiéndolo sido ya, debía de saber lo que se hacía.

—Pero vamos a ver, a ti qué te importará. Eso será asunto suyo y tú lo que tienes que hacer es escuchar y callarte. Que te metes en todos los charcos, hijo. Estamos hablando tu madre y yo. Además, la Margarita no tiene edad ni salud ya para aguantar todo el día o toda la noche de pie, y menos cuando llegue el frío.

Aunque mi padre me riñese por lo que consideraba un exceso de curiosidad sobre un tema que me quedaba grande, nunca dejaba colgando una duda y siempre añadía una conclusión que acababa por satisfacer mis preguntas. Ya guardándomelo para mí misma, pensé, mientras roía una tajada de melón, que lo mismo daba esperar en la calle con frío que pasarlo fregando portales y naves industriales, que eran lugares gélidos en invierno y que tenían que limpiarse de madrugada, antes de que empezasen a usarlos. Esto lo sabía porque limpiar era la profesión de mi madre y porque a menudo visitaba a mi padre en el tajo, que estaba situado en un local industrial enorme muy mal aislado en el que había que trabajar con abrigo en invierno y con agua fresca y oraciones en verano.

EL MISMO BOSQUE

De buenas a primeras dejé de ver a Margarita tan seguido. Salía menos de casa y cuando lo hacía parecía ir siempre con prisa. Ya no nos encontrábamos en los caminos ni se la veía deambular por el polígono industrial, en su incesante peregrinación a la busca de otro mordisco laboral con el que poder juntar lo suficiente para comer caliente. El moño que solía llevar se le deshojaba más que de costumbre y le caían mechones muy finos de cabello a los lados de la cabeza. Por primera vez su pelo era más gris que rubio y sus labios, más pálidos que sus mejillas.

Daba los buenos días y las buenas tardes, eso sí, y compraba más cantidad que de costumbre, acumulaba para evitar salir a menudo. Y así pasaban los días y alguna estación entera sin que supiésemos mucho de ella.

Yo la echaba de menos. Cada día, volviendo de clase, esperaba que apareciese doblando alguna esquina con su paso de grulla. Pero no sucedía y me hacía sentir inexplicablemente sola. A las mismas potencias a las que rezaba para no parecerme a ella ahora les pedía en voz baja que me la devolvieran aunque fuese un par de ratos a la semana. Quizá un encuentro corto en el puesto de periódicos en el que las dos nos abastecíamos de revistas cada semana, yo por encargo de mi madre y ella porque también las coleccionaba.

Me daba vergüenza preguntar en casa. Interesarme por Margarita podía obligarme a dar algunas explicaciones o volvería a colgarme el cartel de cotilla, que ya empezaba a cansarme. Por muy observadora y lista que me creyese no sabía leer el barrio. Toda la vida sintiéndome ajena a aquellas personas, escondiéndome de ellas detrás de una mentira elaboradísima con forma de niño simpático, gordito

y sabiondo, me había despojado del derecho a entenderlos. Si algún rumor o alguna susurración recorría las calles de San Blas acerca de lo que pasaba con Margarita, yo no la escuchaba. Todas las niñas trans crecemos solas.

Una mañana de finales de invierno, una de esas en las que el primer sol brilla sobre la escarcha y la luz resultante lo llena todo de campanillas, muy temprano, me despertó el zumbido que producían mis padres hablando en voz baja en la habitación de al lado. Conocía ese tono a la perfección, era el de estar comentando algo que está sucediendo en la calle, el tono de cortina descorrida a deshoras. Al barrio no le faltaban escenas que contemplar desde casa, las había violentas, divertidas, tristes y absurdas, de todo tipo. Me levanté de la cama y me asomé por la ventana. Una furgoneta marrón estaba aparcada en la acera, justo delante del portal de Margarita. Al cabo de un rato en el que no se movía ni el aire, aparecieron un par de hombres haciendo rodar una camilla que se veía muy blanca. Un cuerpo completamente cubierto iba encima, un cuerpo pequeño al que le sobraba superficie de acomodo por todas partes, un cuerpo de medidas casi infantiles. Detrás iba Margarita descompuesta, procesionando, pero no con la agitación que yo estaba acostumbrada a ver alrededor de la muerte, se mantenía erguida, no hacía aspavientos, caminaba despacio y se conformaba con tocar el final de la camilla con los dedos, donde debían estar los pies de su madre, Doña Ana.

—Por favor, ¿pero por qué no me dejan vestirla un poquito? No hubiera tardado nada.

Si un corazón roto pudiera hablar sonaría exactamente como sonaba Margarita pronunciando aquella súplica. Ya éramos muchas mirando por la ventana o desde la calle las que manteníamos un silencio de lago helado.

—Mire, señor Jiménez, ya se lo hemos explicado. Nos la tenemos que llevar así. Hable usted con el juez si quiere, pero la tienen que ver los forenses.

Ese «señor» pronunciado desde la miseria del chupatintas que no tiene donde caerse muerto pero que lleva una identificación oficial me provocó una arcada. Yo

iba descubriendo quién era a través de latigazos de ese tipo, de frases que se me clavaban muy dentro y no olvidaba jamás. Antes de definirte tú misma, los demás te dibujaban los contornos con sus prejuicios y sus violencias. Apreté los puños hasta marcarme las uñas en las palmas, traté de tragarme las lágrimas pero la de acallar el llanto es una incapacidad que conservaré toda la vida.

Margarita ni se inmutó, tenía la expresión del todo desmoronada, como si la gravedad tirase de ella con más fuerza que de los demás y todo lo soportase con su carita llena de bultos. Un «señor» más para alguien que había conocido las comisarías franquistas, la ley de peligrosidad social y las cárceles masculinas era solo un arañazo sobre cuero endurecido.

—Y si yo les doy una bolsa con la ropa doblada, que no ocupa nada, ¿se la pueden llevar y que alguien la vista cuando miren lo que tengan que mirar?

Nunca una pregunta fue pronunciada con más ternura. Margarita necesitaba lavar y vestir a su madre una última vez, peinarla, ponerle crema en las manitas nudosas; necesitaba despedirse de ella cuidándola, haciendo su rutina de cada día con lentitud, sabiendo que no volvería a llevarla a cabo. Durante años lo había hecho con un amor y una dedicación intachables. Para su madre y para sí misma. Un último cuidado era una forma de despedirse de una parte de su propia vida. Un ritual en el que terminaría con la intimidad compartida para poder empezar a pensar en recuperar la individual después del debido duelo.

—Eso a los del seguro, señor Jiménez.

—Por favor, no me llame señor. Es que nosotras no tenemos seguro.

—Pues muy mal hecho, señor, luego pasan estas cosas y vienen los lloros.

La desvergüenza del tipo, al que lo único que se le pedía era que realizase el honroso trabajo de retirar cadáveres de sus casas o de la vía pública con el máximo respeto, o incluso en silencio, golpeaba la cara de Margarita delante de todo el mundo. Fue la primera vez que vi con total

claridad esa humillación específica, la de negar el nombre, la de exponer la desnudez de otra persona para burlarse, la de aplastar cualquier conquista o historia personal, por dolorosa que haya sido, solo por el placer de ejercer poder, y en ese momento se conformó un «nosotras» tan poderoso que parecía haber estado ahí siempre. Todos mis fantasmas, todos mis miedos posaron sus manos frías en mi espalda, en mi cuello, en mis tripas, en mi entrepierna, en mis ojos, y apretaron al mismo tiempo. Tuve miedo por Margarita y tuve miedo por mí. Sí que pertenecíamos al mismo bosque, sí que compartíamos una complicidad que era terrible y preciosa; Margarita sí que era bonita, y yo había estado ciega y había sido devorada por las ensoñaciones del miedo infantil a la vida. Recordé un instante a María la Peluca y los surcos de su piel, el modo en que esa cara marcada ponía límites y se hacía respetar, aunque fuese a través del pavor o de la burla lejana, muy lejana. Delante de un funcionario hijo de puta, el rostro en demolición de Margarita quebrado por el dolor, exhibiendo sus hinchazones más marcadas que nunca por la mueca del llanto sostenido, ese que tira del pecho, me parecía la imagen de la dignidad, de la fuerza, la de una mujer que ha atravesado el Tártaro y no ha necesitado que nadie la rescate porque ha dominado el infierno. Entendí que esas jorobitas de silicona mal puestas que le brotaban de la cara eran los restos que le había dejado la búsqueda de la belleza, que en su día ella la habría ansiado como la ansiaba yo, con la misma sed y la misma desesperación. Ser como ella no era una maldición, era un don. Llevar aquellas plegarias de tejido cicatricial tan visibles significaba haber aspirado a rozar lo sublime. Quise besar cada irregularidad de su cara con ternura, como una novicia besaría a la madre superiora el día de su ordenación.

—Chsssssssssssssss, tú, cristiano, te estás pasando un poquito, ¿no? ¿Pero quién te crees que eres para hablarle así a la señora?

Sebastián era un hombre imponente, endurecido por el trabajo y acostumbrado a desafiar autoridades desde que

puso un pie en este mundo. Era vendedor ambulante de fruta aunque nunca decía que no a una oportunidad de trabajo puntual como albañil, fontanero, carpintero o pintor. Era una de esas personas que sabían hacer de todo. Vestía de negro, en invierno y en verano, y llevaba siempre la camisa arremangada hasta la mitad de los antebrazos, no le subía más debido al volumen de su musculatura. Su barba, negra, espesa y recortada en punta, me recordaba a las ilustraciones de mis libros de mitología. Sebastián era Áyax. Enorme, fortísimo, socarrón y dueño de una furia que escogía exhibir muy pocas veces pero que era terrible.

—¿Cómo dice?

El funcionario respondió así pero podía haber dicho cualquier otra cosa, le había escuchado perfectamente y preguntaba para ganar tiempo. A nadie se le escapó que le temblaba la voz. Era increíble lo rápido que se asustaban los hombres violentos. Se afanó en empujar la camilla dentro del compartimento de carga, cerró enseguida y se dirigió ligero a la cabecera de la furgoneta.

—Que por qué le hablas así a la señora delante del cuerpo de su madre. No te han enseñado respeto en tu casa o te lo tengo que enseñar yo, ¿eh?

—Oiga, déjeme en paz, que tengo que trabajar.

Apenas se le oía. El tono de capitanito que había exhibido hasta entonces estaba siendo rebajado a última mierda del cuartel delante de todo el barrio.

—Nos ha jodido, y yo también. Pero eso no es lo que te estoy diciendo. Antes de irte tienes que pedirle perdón a la señora Margarita.

Sebastián hablaba con mucha firmeza pero con la tranquilidad de quien sabe que domina la situación. No iba a dejar ni un resquicio a la humillación, la conocía de primera mano en el modo en que le quitaban la fruta con la que se ganaba la vida, en el desprecio que le escupían a sus hijos cuando les llevaba al colegio, en las veces que comprobaban los billetes con los que pagaba su mujer en las tiendas. Sebastián había cerrado sus mandíbulas sobre el espinazo de aquel petimetre y no lo iba a soltar.

—¿Quiere usted que llame a la policía? Tengo radio en la furgoneta y llegan ens...

—¡Que des la vuelta y le pidas perdón a la señora, te juro que no te lo repito más!

Todo el mundo conocía la voz de Sebastián elevándose para vender su mercancía por las calles. Esa no era. Esa la habíamos escuchado muy pocas veces. Quizá en discusiones con la policía o cuando alguien que le contrataba no cumplía con lo acordado aprovechando que, ante una posible denuncia, un gitano no tenía ninguna oportunidad delante de un juez. Era una voz que convenía obedecer. De las que apagaban las brasas de la violencia en cualquier interlocutor.

—Déjalo, Sebastián, cariño.

Margarita intentó mediar porque estaba en su naturaleza calmar los ánimos. Lo hubiera hecho en su propia ejecución.

—No lo dejo, Margarita. Y lo siento mucho, tu madre era una mujer buena, te acompaño en el sentimiento. Pero de aquí no se mueve nadie hasta que este cristiano te pida perdón.

El hombrecillo, que había empezado a sudar y no hacía más que pasarse un pañuelo por la cabeza sin pelo, titubeó unos segundos y deshizo su camino hasta ponerse frente a Margarita, a la que habló sin mirarle a los ojos.

—Perdone, señora, yo solo leía lo que ponía en el carnet. No quería ofenderla.

Más por miedo que por vergüenza, pero se disculpó.

El compañero, que era el que conducía, ocupó su lugar al volante, él volvió a la furgoneta a toda prisa, aferrado a una carpeta negra que sujetaba como si fuese la última tabla del naufragio que acababa de sucederle.

—¡Un momento! —gritó alguien desde dentro del portal abierto.

Todas las cabezas se giraron para mirar quién chillaba con tanta urgencia. Por si acaso, Sebastián puso la mano en el pomo de la puerta del vehículo fúnebre, para que no tuviesen la tentación de cerrar y marcharse sin permiso.

Asunción, una vecina que quiso ser cantante de rumba pero que había terminado siendo lotera, a la que todo el mundo conocía como «la Cojita» por una vacuna contra la polio que no le pusieron, golpeaba el suelo con su muleta a buen ritmo y resoplaba; además de ir corriendo, con el brazo libre que le quedaba sujetaba una bolsa de plástico como si fuese una bandeja, cosa que con su desventaja física era toda una proeza.

—¡Ay, Asun!, ¡ay! —Margarita tomó la bolsa con mucho cuidado y se la acercó a la cara para cubrirse el llanto, que le brotaba otra vez.

—¡Que abran atrás, por favor! —gritó Margarita, ahora sí con desesperación.

Al momento Sebastián puso la mano en el volante.

—Por favor, haga caso a la señora y abra la parte de atrás —pidió con la amabilidad de un padre rígido.

Los funcionarios sopesaron con un par de miradas entre ellos que lo mejor era acceder y no empeorar las cosas. El conductor fue quien bajó de la furgoneta y abrió la puerta de carga.

Margarita sacó de la bolsa de plástico un vestido negro perfectamente doblado, con encajitos en el cuello, y lo depositó sobre la camilla.

—Diles que te lo pongan cuando terminen, mamá, acuérdate que te va justo de sisa y hay que meter los brazos despacio o se descose, no me ha dado tiempo a arreglarlo, perdóname.

Después acercó la cabeza a la sábana blanca, donde debían de estar los pies que no había dejado de tocar, y la besó tres o cuatro veces. Terminada la despedida, el coche fúnebre arrancó y se marchó de allí. Las vecinas se acercaron a dar el pésame a Margarita y se fueron dispersando de una en una hasta que la calle quedó casi vacía.

Aún quedaba un rato para que el barrio se llenase de actividad. Era la hora del café recién hecho en la cocina, de la radio dando noticias y del último silencio de la mañana antes de que todo empiece a girar.

JAY

Nos habíamos conocido en el peor de los escenarios posibles. Un dojo de artes marciales al que nos obligaban a ir a los dos y que no era más que una especie de raquítico rito de paso masculino con poca aplicación en la vida real. Si una de las razones para practicar aquella cosa aburridísima del kárate era la de adquirir habilidades marciales para, llegado el caso, defenderse con propiedad de una posible agresión o, dicho con claridad, aprender a zurrar al prójimo con soltura, la cosa no era demasiado efectiva. Vivir en un barrio exigente desde el punto de vista de la seguridad personal, lo que llamaban conflictivo, te enseñaba desde pequeña que cualquier chaval flaco y nervioso acostumbrado a pelearse a diario le podía montar un cristo en la cara al karateca, taekwondista o as del kung-fu más experimentado. Aquello no me importaba nada. Nunca fui capaz de participar de la épica del maestro y el aprendiz, ni del chi, ni de toda esa dialéctica filosófica que servía como tapadera para dinámicas y jerarquías espantosas dentro del dojo. Me aburría y me daba asco esa imitación pretenciosa del ejército. Pasaba las clases, que se me hacían eternas, pensando en cualquier otra cosa. Cuando no quedaba más remedio que prestar atención porque había que combatir, procuraba hacer todo el daño que pudiese a la primera, sin respetar las reglas, para que me descalificasen y me retirasen de la actividad como castigo. Me daba igual el compañerismo. No quedaba rastro de la criatura torpona que había sido en la infancia. Se achacaba al kárate y al control férreo de la comida, pero nadie sabía la coordinación y la condición atlética que se desarrolla aprendiendo las coreografías de Madonna.

Todas.

Bailaba en mi cuarto siempre que tenía ocasión. Con rabia, como peleándome con el aire y al mismo tiempo siendo todo lo femenina que podía, que era mucho. Casi todo lo que hacía en la vida lo hacía desde la ira y desde la congoja. Mi cuerpo estaba cambiando y empezaba a provocarme verdadera repugnancia. Me fortalecía por meses, la voz me cambió tan deprisa que ni me di cuenta, me lo hacían notar cuando contestaba el teléfono y solía tener que reprimir el quiebro del llanto para seguir hablando con naturalidad, hasta empezaba a desarrollar un vello facial que sería mi peor enemigo más adelante. El desagrado que experimentaba ante mi cuerpo había cambiado desde la infancia; si antes tenía que ver con sentirme lejos de algo intocable, de algo hermoso y etéreo, como si estuviese encadenada a una realidad terrena que no puede evitar que la luna se aleje para siempre, ahora emparentaba con la deformidad y lo protuberante. Me veía a mí misma como un recipiente de piel muerta al que le brotaban salientes, como si tuviera huesos sueltos en mi interior que se atravesaban de forma aleatoria, creando tensiones y abultamientos. Usaba ropa enorme para disimular lo que yo entendía como un cuerpo que se corrompía de una estación a otra.

Cuando no podía bailar, corría, utilizaba la misma música para las dos actividades, ambas las practicaba con compulsión. Una no sabe lo que es bailar con desesperación adolescente hasta que lo hace escuchando *Papa Don't Preach* a todo volumen, o la sensación de huida que proporcionaba correr con *Cemetry Gates* de los Smiths en el walkman. Estaba enamorada de Morrissey. Depeche Mode también me llevaban lejos y The Cure y Elton John me hacían llorar como cuando me miraba al espejo tratando de encontrar algo que amar. Bailaba, corría y huía, solo quería escapar.

Escapar hasta él. Hasta Jay.

La primera vez que le vi, en el vestuario del gimnasio, me sonrojé tanto que alguien me preguntó si me encontraba mal. Tuve que fingir unas repentinas ganas de ir al baño para justificar mi cara de espanto y para recuperar la

compostura. A él, que tenía la mirada lateral más aguda que he conocido en mi vida, no se le escapó la escena.

Era hijo de un militar estadounidense destinado en la base aérea de Torrejón y de una profesora francesa. Se había criado en Sacramento, Manila y París, y Dios sabía que, a sus diecisiete años, no había perdido el tiempo.

Me gustaba pensar que nos habíamos reconocido en el primer vistazo, pero la verdad es que fue él quien supo ver. Era listísimo, desenvuelto y tenía un interminable catálogo de provocaciones sutiles. No hablaba apenas castellano, lo poco que había aprendido en California y algo en Filipinas, pero no le hacía ninguna falta, si quería decir algo se apañaba maravillosamente para comunicarlo.

Desde ese primer vistazo, cuando cruzaba una mirada con él en los vestuarios tenía perdida la siguiente hora entre escalofríos y las fantasías que una adolescente que leía muchísimo era capaz de armar. Mirarle cuando él no me miraba era aún peor, era como alcanzar un estado narcótico sucio y sofocante. Quería darle una hostia y que me la devolviera multiplicada por tres. Quería que me abrazase despacio y me dijera cosas al oído que no entendiese, como si me quisiera de verdad.

No fue ni una cosa ni la otra, pero fue. Me buscaba en el tatami cuando había que hacer ejercicios por parejas, se cambiaba a mi lado antes y después de las clases, nos reíamos aprendiendo a entendernos en idiomas diferentes. Me prestaba toda su atención, con los ojos muy abiertos y ladeando la cabeza como una cervatilla escuchando el viento, su lenguaje corporal me volvía loca, era excitante y confortable, afeminado y atlético, largo, suave y capaz de tensarse como el acero. Era como un bailarín de la antigua Persia. Era Bagoas, el muchacho que sedujo a Alejandro Magno tras ser capturado después de la batalla de Gaugamela. Cuando estaba con él sentía que podía contarle cualquier cosa. Con mucha dificultad comenzamos a vernos fuera de aquel ambiente ridículo. No sé qué excusa daba él considerando lo lejos que vivía y que su padre no era precisamente un tipo que aceptase cualquier explicación. El

teniente Nichols dejaba a su hijo poco espacio para respirar, aunque este aprovechaba cada grieta con astucia. Yo decía que iba a jugar a rol, al baloncesto o a dar una vuelta, las vaguedades se aceptaban si tus padres te tomaban por un varón, nunca habías dado problemas de comportamiento y cumplías en los estudios.

Jay no tenía capacidad para la espera y no hubo aproximaciones leves, manos rozándose, ni gestos cada vez más audaces. La primera vez que nos vimos a solas habíamos quedado frente a una de las puertas laterales del cementerio de la Almudena, la que estaba enfrentada a la entrada del cementerio civil. Aquel era un no-lugar por el que solo pasaba una carretera adoquinada de doble sentido muy estrecha, y todo lo que se veía eran los muros perimetrales de la necrópolis, viejos, de ladrillo que se caía a pedazos. Las aceras pegadas a la tapia eran mínimas y estaban muy mal conservadas, llenas de grietas, como si los fusilados por el fascismo en aquel suelo durante la guerra civil golpeasen la calle para no ser olvidados; dos personas no podían caminar una al lado de la otra con comodidad en aquellas angosturas. El lugar estaba desierto. Apenas nos habíamos adentrado en la zona de las tumbas más viejas cuando me agarró de la presilla del pantalón, tiró hacia él y me besó en los labios. Lo primero que pensé fue en su valentía, yo jamás me hubiera atrevido a hacer algo así sin estar totalmente segura, y por totalmente segura entendía una declaración firmada, con testigos y alguna autoridad competente, de que la persona que tenía delante deseaba que la besase. La idea del rechazo, de la violencia consecuente y del escarnio posterior me quitaba el sueño a menudo.

No imaginaba a ninguno de los adolescentes varones que conocía tomándose bien un acercamiento mío, por muy respetuoso que fuese. Si yo me hubiera comportado con ellos como ellos lo hacían con las chicas hubiera amanecido cualquier día amoratada e hinchada en un descampado. Este pensamiento no era una exageración, era un condicionamiento. Daniel, el hijo del zapatero, vecino

lejano pero conocido de mis primos mayores, un chico dulce y simpático cuyo lenguaje corporal estaba bendecido con una pluma preciosa, llegó a casa una madrugada de sábado sin un dedo de la mano derecha, con la mandíbula rota y la cara emborronada de pintalabios rojo. Desde aquella noche no volvió a salir solo y acabó solicitando una pensión por incapacidad debido a las secuelas psicológicas que le dejó la que iba a ser su primera cita. Tenía quince años. Aquel beso de Jay, tan perfecto, tan suave, tan caliente, tardó en llegarme al lugar en el que se reciben estas cosas; ese, mi primer beso, vino con un prólogo en el que recordé todas las historias de terror que había presenciado o escuchado en mi vida contra las personas como yo. Estaban allí conmigo, traslúcidos y helados, los que habían sobrevivido y los que no. Vi a Daniel, el lindísimo hijo del zapatero; vi a Alicia, una muchacha fabulosa que solía jugar al fútbol en las canchas del barrio con una camiseta del Rayo Vallecano, que se reía haciendo mucho ruido cuando marcaba goles. Una risa ancha y libre imposible de olvidar. La echaron de casa a los catorce años porque la sorprendieron abrazada a otra muchacha en su portal. Sí, a los catorce. Cuando aún no se tenía edad casi ni para entrar al cine sola. Apenas puso un pie fuera de su hogar el mundo se la tragó viva. También vi a Benjamín, familiar en tercer o cuarto grado, hijo de una prima segunda de mi madre, bailarín y actor en potencia, bello como un gran felino, mi flautista de Hamelín de la calle Amposta, que fue machacado por su padre y sus hermanos por maricón hasta que no quedó de él más que una criatura temblorosa y alcohólica que desapareció del barrio una noche de verano a los diecisiete años.

No era justo acudir a un momento tan especial de la vida, el del primer beso, con semejante carga. Nuestra vida no era como la de los demás y nunca lo iba a ser. Una romería interminable de fantasmas nos iba a acompañar el resto de nuestro camino y nos contemplaría con carita de adiós en cada paso que diésemos.

—¿Te pasa bien? —me preguntó Jay equivocando las

palabras, pero atinando en la pregunta de un modo tan encantador que activó mi mala costumbre de llorar por todo.

—Sí, me pasa bien. Bésame más, por favor.

MÁS ALLÁ DE SAN BLAS

Jay estaba pendiente de mí y me cuidaba pero no desperdiciaba metraje. Nuestras citas eran cortas, antes de darme cuenta estaba volviendo a casa con todo mi cuerpo gritando alivio pero con la sensación de haberme despertado de golpe de un sueño hermoso. Con la práctica entendí que la brevedad de nuestros encuentros era parte del protocolo de seguridad que debíamos poner en marcha para no tener problemas. Casi siempre nos veíamos en lugares apartados pero públicos, o en medio de la suficiente sordidez como para pasar desapercibidos. Yo tenía catorce años y no llegué a cumplir los quince con él entre mis brazos. Soñaba con un extra de ternura después de nuestras urgencias; claro, quería un compañero, un amor, alguien que, después del sexo, aún siguiese definiendo con sus caricias mi cuerpo en mejores términos de los que lo hacía yo con mi mala mirada, pero en aquellos años, en aquella vida nuestra no había espacio para otras ternuras más allá de las puramente carnales. Que no eran pocas.

Jay se apañó para saber antes que yo que Chueca, el barrio del centro, aunque le daba miedo a todo el mundo, era un lugar más o menos seguro para nosotros. Algo estaba pasando allí que lo estaba cambiando todo. Yo no tenía ni idea, había ido pocas veces al centro de la ciudad y siempre con mis padres, en Navidad o con motivo de alguna ocasión especial, quizá una boda, cosas así. Mi vida se había desarrollado entre San Blas y algunos veranos en Cáceres y Alicante.

Jay quería que fuésemos a Chueca a probar. Pasar una tarde entera juntos sin tener el corazón en la boca cada minuto por si nos sorprendían rozándonos era un sueño. Merecía la pena intentarlo.

Se decía con terror que era un barrio de putas, drogadictos y maricones, que atracaban a la gente y que, aunque estaba cambiando, aún no convenía descuidarse por allí. A mí, desde el Gran San Blas, esto me hacía mucha gracia. De mi barrio, en los setenta y los ochenta se decían cosas parecidas y, aunque podía ser un sitio difícil, no era lo que yo llamaría un infierno. Al menos no por las razones que le daban esa fama. De Villaverde también se hablaba en esos términos, y de Carabanchel o Aluche. No había que ser muy despierta para entender que todos eran barrios obreros, de rentas bajas, movilizados políticamente y a los que se había castigado con dureza, por ejemplo, introduciendo mareas de heroína y después catalogándolos a partir de las consecuencias que había dejado la droga. También eran barrios en los que había gitanos, que se encontraban bien entre iguales, entre obreros, entre pobres. A los gitanos no se les dejaba descansar y acarreaban con la fama de destrozar los sitios por donde pasaban o donde se asentaban. No se les concedía la mínima garantía ciudadana y se les culpaba por vivir con lo que se les dejaba. Chueca no podía ser tan malo. Me imaginaba un lugar más pequeño, más concentrado y con menos familias con apariencia de familia que mi barrio. A menudo la gente olvidaba que los yonquis eran hijos de alguien y las putas también eran madres, hijas y hermanas.

Fuimos al Figueroa, un café que ocupaba la esquina de la calle Augusto Figueroa con Hortaleza; era espacioso, agradable y estaba lleno de humo. No se parecía en nada a las cafeterías de mi barrio, ni a ninguna que yo conociese. Solo había hombres dentro, de todas las edades. Aunque a mí me parecieron muy mayores, realmente no lo eran. Era la primera vez que veía a parejas de hombres sentados el uno junto al otro habiendo mesa de sobra. Incluso lo que considerábamos aleatorio, como las posiciones que se ocupaban en las mesas en público, se regía por estrictas normas sociales, me di cuenta mirando a aquellos hombres que se sentaban juntos porque querían hacerlo. Fuera de allí sería impensable.

Jay fue quien había conseguido la información de que ese sitio existía. Con los años entendí que, en esa época, además de verme a mí, debía de trotar por ahí con gente más experimentada, de más edad. Sabía demasiado para ser un recién llegado de diecisiete años y no era fácil enterarse de dónde ir y con quién. Esto, aunque yo no lo sabía, me beneficiaba. Era increíble ceder el control y poder concentrarme en atesorar sensaciones que yo creía que me estaban vedadas. Ya con las cosas claras, había hecho mío el fatalismo trans y me había convencido de que la mía sería una vida de soledad. Estaba segura de que me esperaba un armario larguísimo, relaciones con hombres y con mujeres basadas en afianzar mi mentira y un final a solas atormentada por lo que no pudo ser. Las historias protagonizadas por mujeres como yo que había visto o leído, poquísimas, no contaban otra cosa. Acaso un alivio cómico en el que la travesti, fea y exagerada, también acaba sola por muy graciosa que sea. Hasta el todopoderoso maestro de ceremonias de *Cabaret* se pasaba toda la película sin nombre y la terminaba ante un público lleno de nazis mientras sonaba el redoble que acompaña a un fusilamiento.

Por eso Jay era un milagro, una gracia caída del cielo que no iba a repetirse y de la que había que apurar hasta la última gota.

Nos atendió un hombre que llegó riéndose a la mesa.

—A ver, qué ha pasado que no hay colegio hoy. Si vosotros teníais que estar jugando al escondite, ¡qué hacéis aquí!

Yo me moría de la vergüenza y no sabía qué decir, era la primera vez, excepto los recados que hacía por el barrio, que estaba en un local comercial, de cualquier tipo, sin mis padres. No había contado con que habría que pedir algo o hablar con gente para conseguirlo. Miraba a Jay esperando que lo solucionase, pero, claro, aunque su español iba mejorando no era precisamente Carmen Martín Gaite. Esa era la clase de situaciones que me hacían volver a tartamudear, algo que había conseguido más o menos dejar

atrás, siempre y cuando estuviese tranquila y pudiese encontrar la cadencia adecuada.

—Sí, estamos haciendo el escondite —dijo Jay con todo el aplomo y concentrando una buena dosis de insolencia en su expresión.

Yo me lo quedé mirando, preguntándome si realmente sus recursos eran infinitos; además de haber sabido responder usando el mismo guiño que nos habían hecho, dándole un doble sentido de vuelta, parecía saber qué tono usar en una conversación que a mí se me hacía muy cuesta arriba. Prometía serlo, pero ese todavía no era mi mundo.

—Tú eres muy lista, me parece a mí, maricón. Y se dice JU-GAN-DO, de JUGAR, JUGAR al escondite. No HACIENDO el escondite. —Jay asintió y ambos se rieron juntos.

—Cuidado con la guiri esta que sabe mucho y tú tienes cara de estar muy verde. —El camarero me levantó con suavidad la cara por la barbilla para decirme esto mirándome a los ojos.

—Tú, el del escondite, cuídamela, que todavía es muy chica. A ver, qué os pongo, Cacaolat no tengo. ¿Os traigo un cafelito con leche?

Asentimos. Sería el primer café de mi vida.

Nos habíamos sentado enfrentados y extendimos los brazos por encima de la mesa hasta entrelazar las manos. Nadie que no supiese lo que era temer al espacio público o avergonzarse por ocuparlo en libertad podía entender lo que me estaba sucediendo en ese momento. Las sensaciones eran las mismas que las del miedo pero dadas la vuelta, como si sucediesen fuera del agua y hasta entonces solo hubiera conocido una vida en las profundidades. Quería llorar de alegría y de tristeza. La procesión de fantasmas me observaba desde fuera del café, a través de las ventanas, no sabía si el lejano astral de las maricas, las travestis, las bolleras y las bisexuales se había abierto para celebrar conmigo este fragmento perfecto de vida o estaban allí para recordarme mi futuro lugar entre ellas.

—¡Uhhh, que viene el coco!

Solté mi mano de la de Jay y retraje el brazo como si

tuviera un resorte en el hombro. El camarero, que servía nuestros cafés en la mesa, se moría de risa. Jay también.

—¡Maricón, no te asustes! Perdona, hija, es que yo soy así de absurda, os he visto tan tiernos que me ha apetecido dar un poquito por culo. Si necesitáis algo estoy por aquí. —Dejó las tazas y se fue por donde había venido.

—Qué simpático, y vaya susto me ha dado. Me gusta mucho el sitio, gracias por traerme.

Estaba muy nerviosa, y a la vez quería que el tiempo se parase y aquella tarde no acabase nunca. Era muy propio de mí estar pensando en el final de algo hermoso que casi ni había empezado.

—Sí que muy gracioso —dijo Jay—. Y tu cara, más gracioso.

—Oye, no te rías de mí, que ha dicho el camarero que me trates bien, que soy muy chica y estoy muy verde.

Por «chica» Jay entendía otra cosa que no tenía que ver con el tamaño ni con la edad y, bien visto, no iba desencaminado. Lo de verde sí que le confundía del todo.

—Mira, están las «chicas», que son mujeres jóvenes, y las cosas o las personas chicas, que además de jóvenes también pueden ser pequeñas de tamaño. Cuando ha dicho que soy muy chica se refería a que soy muy pequeña de edad, muy joven, ¿lo entiendes?

—Sí. ¿Y ser verde?

Volvimos a entrelazar las manos.

—No es «ser» verde, es «estar» verde. Como la fruta cuando aún no ha madurado. —Me miraba con mucha atención pero lo de la madurez de la fruta seguía confundiéndole—. Cuando comes fruta y está amarga, de color verde, como si todavía fuese una planta en lugar de un fruto, una fruta porque la han arrancado demasiado pronto de su árbol, ¿sí?

—Sí.

Pues igual con las personas, se dice que ESTÁ verde para referirse... describir... hablar de alguien que sabe poco, con poca experiencia, por ser joven o por no haber vivido suficiente.

—Y tú verde de maricón, entonces.

Casi escupo el sorbo de café que acababa de beber.

—Sí, estúpido, yo verde de maricón.

Besarse en medio de una carcajada fue una experiencia que, según estaba sucediendo, me prometí no olvidar jamás.

Seguimos charlando sin soltarnos las manos y cada vez más cerca. Antonio nos dejaba en paz aunque habíamos terminado los cafés enseguida y estábamos ocupando una mesa sin consumir nada. Quise pensar que disfrutaba mirándonos. Muchos años después entendí que por muy limitada y a veces oscura que fuese nuestra juventud marica, gozamos de algún resquicio que la generación de Antonio, al que yo entonces le calculaba unos cuarenta y pocos años, no tuvo.

Nada de malo le encontraba yo a mis catorce años a la cultura sexual furtiva, a los espacios apartados y el sexo esporádico. A través del Círculo de Lectores había devorado libros de Terenci Moix y de Eduardo Mendicutti. También conocía a Gerald Walker y me sabía de memoria *Laberinto de pasiones*, de Almodóvar. Mis padres nunca me discutieron las lecturas, pasaba tantas horas entre libros y parecía hacerme tan feliz que nunca le vieron problema a los títulos. Ciertas películas las veía, si no a escondidas, sí procurando estar sola y siendo discreta. Ellos no eran muy aficionados al cine, mi hermano salía a menudo y no era raro que tuviese el VHS de segunda mano familiar a mi entera disposición.

Sabía qué era el cruising y el nombre de algunas zonas de Madrid en las que se practicaba. Era consciente de la existencia y funcionamiento de las saunas y los cines X. También había oído hablar de los locales clandestinos para maricas, habían existido hasta hacía muy poco, sitios a los que había que llamar a la puerta para que pudieran comprobar desde dentro quién pretendía entrar y decidir si podía hacerlo o no. Cuando leía cosas así me parecía que la comunidad había tejido algo hermoso con las sombras a las que había sido condenada. Un modo de relacionarse desacomplejado, urgente y único que era consciente de sí

mismo, una escuela de los cuerpos sin las violencias soterradas que campaban a sus anchas bajo el sol de la heterosexualidad y entre las que me había criado. Esas violencias no tenía que leérselas a nadie ni aprenderlas en las películas, las había contemplado yo misma.

Que me pareciese que en la historia de cómo prevalecían el placer y las ganas de seguir amándose hubiera mucha belleza no significaba que la vida hubiera que vivirla siempre así, a oscuras, sorteando la luz del sol, temiéndola porque bajo ella esperan los monstruos. Me sentía feliz de poder regalar a Antonio y quizá a otras personas que tomaban café en aquel lugar una imagen de esperanza. Era extraño tener tanto miedo, percibir la vida tan oscura, percibirse tan desfigurada y al mismo tiempo ser consciente de que, vista desde los ojos adecuados, yo misma, agarrando la mano de mi primer amante, era la promesa de un futuro mejor.

LA FAMILIA

Se hacía tarde y el local se iba llenando. Antonio se movía con viveza por el espacio, todo en su lenguaje corporal remarcaba que aquel café también era su casa. Sus gestos y su voz ronca contenían una feminidad acogedora y tiernísima, mirándole entendí que siempre confiaría en los hombres con pluma y que en el futuro amaría a unos cuantos. Antonio sonreía a cada cliente y no dejaba sin un rato de conversación a quienes entraban y salían de allí, daba igual si les conocía o era la primera vez que pasaban por el Figueroa. Era un hombre de baja estatura, moreno, barbudo, con la anchura de cuello y espalda de quien proviene de generaciones enteras de hombres y mujeres que se han dejado el cuerpo en la faena. Sus piernas delgadas también contaban la historia de la malnutrición endémica de las familias que no han conocido otra cosa que el reventarse a trabajar. Poseía una calidez natural en el trato que hacía sentirse cómodo a cualquiera, a mí misma con un par de bromas me había ablandado la rigidez y me había disipado el miedo. Aquella tarde yo solo tuve ojos, boca y tacto para Jay, pero no percibí las interrupciones de Antonio para hablar con nosotros como molestias; de hecho, se me hicieron cortas y dejé atascadas en la garganta un montón de preguntas que me hubiera encantado hacerle solo para escucharle hablar.

Con el crepúsculo encima decidimos que era hora de ir a otra parte sin tener muy claro adónde. Ya habíamos ocupado la mesa un tiempo más que indecoroso para lo que habíamos consumido. Fuimos a la barra a pagar y a despedirnos de nuestro anfitrión.

—¿Ya os marcháis, colegiales? ¿Vais a algún sitio o volvéis a casa?

—Vamos a dar una vuelta —respondí—. Aún nos queda tiempo pero no sabemos muy bien qué hacer, por aquí no conocemos casi nada, caminaremos un rato hasta que se haga más tarde y poco más.

Me di cuenta de lo suelta que estaba, como si en esas dos o tres horas hubiera respirado algún aire nuevo que me había hecho dejar un poco más atrás la infancia. Era consciente de mi edad y de que aún no era momento de frecuentar aquel ambiente, pero cuando llegase quizá me encontraría lista. Me sentía despejada, como libre del velo veneciano del nacimiento. Había asimilado años de anhelos y despejado dudas que pesaban como travesaños de cruz en una sola tarde. Una, cuando está lejos de todo y no puede tocar nada, imagina cómo será el tacto de las cosas acorde a sus miedos, los propios y los aprendidos. Me di cuenta de que el miedo me afectaba de un modo particular, manteniéndome en un estado perpetuo de inmadurez por alejarme de toda experiencia significativa. No se trataba de hacer cosas que no me correspondían por edad, pero sí de entrever que otra vida era posible más allá del pavor, la inmovilidad y el llanto a solas. Resultaba, había comprendido en ese ratito en el Figueroa junto a Jay y gracias a Antonio, que había un mundo fuera en el que quizá tuviese alguna oportunidad. No sabía cómo se tomarían los habitantes del café las vidas de las mujeres como yo, seguro que conocían a alguna, intuía que si existía una opción de arrojarse al vacío de la libertad y caer sobre hierba fresca y mullida, sería entre personas como aquellas, a las que apenas había vislumbrado en lo que se tarda en tomar un café y besarse hasta que se duermen los labios.

—Esperad, que os voy a dar unos condones.

Dijo «condones» con el mismo tono con el que podría haber dicho «unas brevas que se me están poniendo malas». Traté de conservar la compostura ante esa palabra. Mi vida en el armario y mi adolescencia me proporcionaban este tipo de contradicciones en el ánimo. Conocía la anchura exacta de las caderas de Jay y podía delimitarla con las manos en el aire sin equivocarme pero me impresionaba la

sola mención a los condones.

—Este —dijo Antonio mirando a Jay— ya los ha usado antes, pero tú no, ¿a que no?

—Sé muy bien lo que son y he visto alguno tirado en la zona en la que trabaja mi padre, que por las noches se llena de parejas que aparcan allí para follar. Creo que mi hermano lleva algunos en la cartera, no los he tocado. Pero no, nunca he usado uno. No me ha hecho falta.

—Vale. Pues sí que te ha hecho falta, que te enseñe este cómo se ponen y que se ponga siempre uno cuando esté contigo. Que nunca pasa nada hasta que pasa.

»TÚ, maricón —se dirigió a Jay dándole toquecitos en el pecho con el reverso de la mano—. PÓNTELO SIEMPRE, TEN CUIDADO. CU-I-DA-DO.

Se comunicaba con Jay practicando la milenaria costumbre española de intentar hacer entender el castellano a los extranjeros hablándolo a voces y despacio. Antonio no era políglota pero se explicaba de maravilla y Jay, en realidad, captaba mucho mejor nuestra lengua de lo que la hablaba. Esa aún poca capacidad para conversar con soltura daba la impresión de que estaba mucho más perdido de lo que lo estaba, en realidad se enteraba de casi todo a la primera.

Le di las gracias, agarré la tira de condones y me los guardé en un bolsillo superior de la chaqueta vaquera. Antes de darnos la vuelta para salir de allí quise resolver una duda que me rondaba desde que habíamos entrado. Siempre me obsesionó tener controlados los espacios. Mi experiencia trans y marica me obligaba a observar con detenimiento obsesivo cualquier habitación en la que ponía los pies; en cuanto entraba asimilaba la posición de los muebles, los cuadros o fotografías que hubiera, las posibles entradas y salidas, las ventanas y, sobre todo, procuraba memorizar, interpretar y contabilizar cada rostro humano que me encontrase dentro, así como sus expresiones, su forma de mirar, de reír, de estar serios o de sorprenderse. La sensación de control ayudaba a gestionar el armario, a través de todos estos factores podía calcular con cierta

precisión el cuidado que debía tener con mis gestos, mis intervenciones y mis miradas. El resultado casi siempre era el cuidado extremo, muy pocas veces existía cierta grieta marica en los espacios por la que escapar a un estado de alerta moderada. El Figueroa fue una experiencia nueva y maravillosa de relajación, quizá la primera de mi vida, ya que los encuentros con Jay siempre estaban sujetos a la posibilidad de ser sorprendidos y castigados. Tampoco mis sesiones travestis en el baño escapaban a esas lógicas, lo único que me separaba de la hecatombe era un cerrojo frágil y una respuesta adecuada desde el otro lado de la puerta.

En lo primero que me fijé al entrar en el Figueroa fue en una pared detrás de la barra que no estaba ocupada por estanterías con bebidas, era un espacio diáfano pintado de verde oscuro del que colgaban varios retratos fotográficos del mismo tamaño y enmarcados con idénticas molduras.

—Oye, Antonio, ¿antes de irnos te puedo preguntar una cosa?

—Claro, nena, dame un momento, que atiendo dos mesas que tengo colgando y vuelvo.

Regresó enseguida, no necesitaba correr para hacer su trabajo con celeridad. Recorría los pasillos entre las mesas con la alegría de una faceta urbana y casera del dios Baco. Era ágil, dispensaba generosidad con cada cosa que hacía y no le faltaba el punto exacto de malicia que se le presupondría al dios del vino, los banquetes y la alegría.

—Dime, cariño, qué te pasa.

—¿Quiénes son los de las fotos? Llevo toda la tarde fijándome y tengo mucha curiosidad, supongo que clientes habituales o algo así. Pensaba que me haría ilusión traerte una foto nuestra y estar aquí siempre. Nada, una tontería.

Imaginarme junto a Jay adornando las paredes del primer sitio en el que pude agarrar sus manos, las de mi primer amante, delante de otras personas me parecía algo precioso. Las fotos en las paredes importan. Madonna nunca abandonaba los muros de mi habitación porque había momentos en mi vida en los que ella estaba allí cuando no

había nadie más, como una virgen de las existencias torcidas a la que llorarle las penas e implorarle compañía. Los recortes de Bowie, de Boy George y de Pete Burns que tenía pegados en la cabecera de la cama me procuraban la fantasía del cambio, la esperanza de la belleza que se sueña desde una masculinidad impostada y acaba por abandonarla. El póster de Siouxsie de detrás de la puerta de mi habitación me animaba a ser menos piadosa, más egoísta, oscura y peligrosa. Morrissey, que también me guardaba el sueño en aquella puerta, era Marcabrú y yo, Leonor de Aquitania, él cantaba mis anhelos y mis amores imposibles, le amaba con la distancia que las damas imponían a los trovadores, me hacía vivir otras vidas, me ayudaba a escapar. George Michael y Dave Gahan compartían un afiche reversible en la pared que me quedaba delante cuando me acostaba, ambos me mataban de deseo y me vaticinaban que un día la carne contra la carne curaría algunas de mis heridas y de mis miedos. Cada noche me iba a dormir mirando los rostros de aquel santoral de vinilo, maquillaje y descaro y les rezaba desde una vida que no hacía más que estrecharse. Estaban allí, lo juro, como los ángeles de los cuadros de Botticelli, gobernando unas nubes que no podían sostenerme pero que me prometían otros paisajes.

—Pues todos esos ya no están, cariño.

Antonio había cambiado el gesto ante la pregunta. Se le ensombreció el rostro sin dejar de ser dulce. Más que una sombra fue un anhelo lo que le oscureció la mirada. Una lejanía cristalina, una melodía preciosa y triste que casi no se escucha si no se presta mucha atención.

—Eran mis amigos; este de aquí, mi novio, mira, pobrecito, qué feo y qué bueno era. —Se besó la punta de los dedos y acarició con ellos la boca del hombre que sonreía en la fotografía—. Eran la familia que formé cuando llegué a Madrid hace veinticinco años.

Nos colocamos a un par de pasos de la pared y no diría que se hizo el silencio en la cafetería, pero desde luego el volumen de las voces bajó considerablemente. El ambiente

cambió en segundos. Todo el relajo y toda la alegría que parecían viajar con las volutas de humo de mesa en mesa se transformaron en algo invisible, de la consistencia de las plegarias y de los buenos recuerdos que van disipándose en la memoria con el paso del tiempo, un puñado de arena que, aunque se quiera, no puede sostenerse entre las manos. Muchos de los clientes miraban al muro, otros nos miraban a nosotros y algunos de ellos miraban con los ojos húmedos a ninguna parte, quizá a su propio muro de fotos.

Continuó Antonio:

—Aquí, Celestino, mi Celes. —Seguía con la mano posada en el mismo cuadrito—. Estábamos en Torremolinos, se la hice yo, nos lo pasamos de puta madre ese verano. Nos cazó una patrulla de la Guardia Civil metiéndonos mano en una cuneta de la sierra de Mijas y Celestino les convenció de que me estaba dando un masaje para el asma. Todo lo que tenía de feo lo tenía de encantador el cacho cabrón. Menuda bemba.

Señaló otra foto. Era un retrato en blanco y negro de alguien con mucho maquillaje posando con todo el drama. Lo cierto es que era una instantánea preciosa, cabaretera, a lo Man Ray.

—Este de aquí es Sarita, se llamaba Bernardo pero se enfadaba muchísimo si le llamábamos así, decía que era nombre de cura aficionado a las natillas. Le echaron del cuartel de Colmenar Viejo por imitar a Sara Montiel en las imaginarias, que son las guardias que se hacen por la noche en la mili. Allí se ponía mi Sarita a cantar *La violetera* con la chaqueta del uniforme puesta, en bragas y maquillada como una capilla. Hace falta valor. Qué hija de puta, qué coño tenía.

Me quedé atrapada en la foto de Sarita, quizá en ella estaba la respuesta a la pregunta de si aquel sería un lugar seguro para mí llegado el momento. La miraba con la misma necesidad con la que solía mirar a Margarita cuando era más pequeña pero sin ápice de rechazo. Sentí las manos de la compaña de fantasmas sobre mis hombros confortándome. Ojalá Sarita estuviese allí escuchando a

Antonio hablar de ella con tanto amor. Ojalá haber tenido un rato de charla juntas para preguntarle cosas, de chica que se maquilla a escondidas a chica que se maquilla delante de la Brigada de Apoyo Logístico de San Pedro del Cuartel General de Colmenar Viejo al completo.

—Perdona, Antonio, no quería ponerte triste, he metido la pata preguntando.

—Uy, no, cariño, esta gente eran mi mundo entero y se fueron quedando por el camino pero no se han ido nunca, me encanta hablar de ellos y que me pregunten. Les echo mucho de menos, pero les tengo aquí, en mi cafecito, cuidándome desde la pared y dándome ánimos. ¿Sabéis las señoras mayores que cuando se levantan le dan besos a las fotos de sus maridos muertos y a las estampitas de san Antonio de Padua? Pues yo igual pero con este hatajo de maricones. Mi familia. Entro aquí y es lo primero que hago, les doy los buenos días, un beso al que se lo merezca y me pongo a trabajar. Os podéis imaginar lo que les sucedió a la mayoría, por eso reparto condones a cachorras de mariquitas como si fuera Papá Noel. Me pongo muy madre manchega, pesadísima, y sé que es raro que un desconocido se tome la confianza de meterse en lo que hacéis o dejáis de hacer con vuestras maquinarias, pero, chica, prefiero que vengáis aquí otro día en carne y hueso a ponerme a parir mientras os tomáis un café que veros en foto para siempre.

Me di cuenta de que estaba apretando la mano de Jay con mucha fuerza. Siempre fui de naturaleza demasiado solemne y los memoriales nunca han dejado de imponerme. De nuevo la idea de que todo lo que es hermoso acaba siendo alcanzado por la oscuridad se hacía fuerte en mi cabeza. No era culpa de Antonio, que nos había relatado la historia de aquel muro con mucho cariño y con muy poca gravedad, la certeza de que un día perdería todo lo que me importaba se me había hecho recurrente, era la reina de las malas profecías autocumplidas.

—No quiero que penséis en este muro como si fuera el tren de la bruja —continuó Antonio—. Ni que os vayáis a casa muertos de pena y os escondáis debajo de la cama, que

os estoy viendo la cara y parece que acabamos de hacer espiritismo, maricones. Estas son las fotos de mi familia, la que yo escogí, como vosotros tendréis una que ya os está buscando por ahí fuera. Ser como nosotros es maravilloso. Haberme preguntado por ellos significa que, al menos tú, ya la estás necesitando; pon atención, que aparecerá cuando menos te lo esperes, aquí mismo, por ejemplo. Y venga, que soy más cargante que el reloj de *La bella y la bestia*.

—¿Te puedo abrazar? —le pregunté evitando en vano haberme puesto a llorar.

—Anda, verdecita, ven aquí. —Me abrazó fuerte y un buen rato, le dejé el delantero de la camisa mojado de unas lágrimas que ya no eran de niña.

Cuando a Jay le tocó el turno de despedirse intercambiaron al oído una conversación corta y al separarse vi cómo Antonio le daba un juego de llaves junto con unas indicaciones que garabateó deprisa en una servilleta. Después Jay se echó en sus brazos y apoyó la cabeza sobre su hombro con dulzura casi infantil. Debajo de aquella encantadora malicia suya había una criatura necesitada de apegos que solo emergía durante pocos segundos después de follar o en momentos de emocionalidad que no podía controlar, que eran pocos. Aquella imagen de Jay dejándose casi acunar por Antonio fue un relámpago de fe y belleza trágica ante mis ojos, no pude evitar ver en ello un descendimiento, el cuidado de un apóstol sobre el cuerpo yerto de Jesús.

PER SEMPRE

La casa de Antonio era pequeña y con poca luz. La puerta de entrada daba directamente a un salón bien dispuesto y bastante aprovechado a pesar de su tamaño. Lo tenía despejado. Junto a un ventanal de dos puertas, este sí enorme, abierto desde el techo hasta el suelo, había colocado una mesita de café y dos sillas metálicas que no ocupaban mucho espacio pero le daban vida a la estancia. Podías imaginarte a Antonio desayunando en silencio allí sentado, mirando por la ventana.

Aparte de un sillón de dos plazas pegado a la pared contraria al ventanal y un par de librerías estrechas pero repletas, de un solo cuerpo, que ocupaban parte de la pared que quedaba libre, no había nada más.

Una, atiborrada de literatura de Truman Capote, hubiera presupuesto una casa llena de fetiches y texturas para una persona como Antonio, un madurito maricón, vamos. No esperaba esa austeridad pulcra, de indudable buen gusto, pero más bien minimalista.

Ni pregunté a Jay ni quise saber qué clase de arreglo había propiciado aquella intimidad. No es que me pareciese turbio, probablemente había sido un gesto de complicidad de Antonio por haberle despertado ternura. Él mejor que nadie conocería las peregrinaciones a ninguna parte que podían llegar a ser las citas entre maricas, bolleras y otros habitantes de nuestro bosque. Fuese lo que fuese, me pareció bien.

Nos besamos nada más entrar, apoyados en la puerta, nos besamos mientras nos situábamos en la casa, nos besamos camino a la habitación, que estaba al final de un pasillo al que casi daba apuro llamar así por lo corto.

—Espera un momento, Jay.

Ya habíamos tenido nuestros momentos antes, ningún temor me rondaba, no estaba nerviosa y tampoco requería preparativo alguno. Le necesitaba muchísimo y le necesitaba lo antes posible. Nos habíamos acostumbrado a buscar las esquinas más escondidas de los parques más remotos que conocíamos para procurarnos un poco de placer. A veces nos colábamos en sitios de poco riesgo, como patios de colegio o instituto cuando estaban cerrados, asegurándonos de que no tenían conserje. Algún portal que otro habíamos bendecido con nuestras fugacidades, aunque esto me daba bastante miedo y no nos prodigamos demasiado practicando el amor de los descansillos.

Sabía cómo olía, cómo sabía y cómo se movía Jay. Pero él no sabía todo lo que debía saber sobre mí. Nunca me había desnudado delante de él y pensé que la primera vez que iba a disponer de intimidad real y segura con alguien que me correspondía, con alguien que me gustaba tanto y a quien no tenía ningún miedo, no lo iba a hacer maniatada por lo que no se dice y por lo que no se muestra.

—Claro, claro, ¿qué pasa, te está nervioso? Antonio no va venir ni nadie. A mí me da igual llegar tarde, quiero estar contigo y te promete que no vas llegar tarde a casa.

Era una pena que aún no dominase el idioma hablado, supe que querría haberme dicho algo más, hacerme sentir más segura, él no lo sabía, pero lo había logrado con su tono, sus gestos y su mirada. Jay era pura alegría y en ocasiones iba demasiado deprisa, pero me cuidaba y nunca me puso en una situación incómoda. Al contrario. Con él todo era fácil. Sus dificultades para comunicarse conversando y mi inglés bastardo de EGB me apenaban más por él que por mí. En su inglés natal debía de sonar como un príncipe.

—No, no estoy nervioso, de verdad. Solo quiero hablar contigo de algo importante.

Odiaba la gravedad a la que me obligaba guardar secretos. Todo lo que tenía que ver con mi identidad, cuando ensayaba posibilidades de contarlo, sonaba a la confesión de un crimen o de un pecado imperdonable.

Haber crecido con el lenguaje de la culpabilidad diseminado por todas partes como la única forma de referirse a las vidas trans era descorazonador. Descubrirse a una misma debería ser motivo de celebración; el abandono público de un espacio de vida mínimo y sofocante debería estar acompañado de abrazos y alivios. Pero cómo plantear siquiera en la imaginación algo que ni has visto ni has intuido nunca. A qué marica o bollera le felicitaban sus padres y amigos por ser quien era, a qué bisexual no se le trataba como si padeciese una versión sucia de erotomanía o no se le tomaba en serio porque tal condición ni existía, a qué travesti le acompañaba con orgullo por la calle su familia, qué conversación en la que se renegase del género con el que se había vivido se daba en términos de ligereza, que nada tiene que ver con la importancia. No se me ocurría otra forma de explicarme que no fuese a través de la seriedad, la preparación dramática del terreno, la culpa y la anticipación del rechazo.

—Deja que te enseñe una cosa.

Agarré mi cartera, la llevaba en el bolsillo trasero del pantalón que aún no me había quitado. Despegué el velcro que la cerraba y busqué en el compartimento en el que estaba el abono transporte, lo saqué y le di la vuelta. La parte de atrás del documento era un collage de fotos de Madonna y Lily Munster y debajo, escondido, un recorte suelto que nadie podía ver. Lo saqué con cuidado y se lo di a Jay.

—¿Sabes quién es? —le pregunté, ahora sí, temblando un poco.

—No sé. ¿Quién? —lo preguntó con verdadera curiosidad y sin premura.

Había adaptado el cuerpo para expresar cercanía, no deseo, sentí enseguida que respetaba mi necesidad de hablar y se abrió del todo a recibir lo que tuviese que decirle.

—Es Alessandra Di Sanzo, la protagonista de una película italiana de hace dos o tres años que vi hace poco, se llama *Rejas de cristal*. El título original es *Mery per*

sempre. Ella es transexual.

—*Creíaia* que era una chica.

Me miró muy fijamente para decirme esto. Creo que en aquel momento lo entendió todo y que no hubiera necesitado mucho más, pero aquella conversación empezaba a ser más para mí que para él. Era mi ajuste de cuentas con la palabra hablada, con el decir en voz alta, con nombrarme de una puta vez en la vida.

—Cre-í-a. Se dice «creía», no *«creíaia»*. Y sí que es una chica.

—Creía.

—Eso es, creía. En la película, su personaje empieza siendo un chico que se prostituye vestido de chica... Prostituye, puta... *hooker*. —El verano anterior había aprendido en Benidorm cómo se decía puta en inglés—. Por culpa de un cliente acaba en la cárcel, *jail*, y allí conoce a un profesor... Bueno, eso no importa. Es un chico que quiere ser una chica y...

Jay sonreía porque ese era su gesto natural, pero estaba serio y se le notaba concentrado en entender cada palabra que le estaba diciendo.

—¡Mery, ayúdame! —Acostumbraba a encomendarme a los recortes, afiches y pósteres que atesoraba como si fuesen estampas de santas que me cuidaban—. Ella, él, ella cuenta en la película que sabe que nunca tendrá una vida normal, que no la esperará nadie en casa, que no tendrá hijos, cosas así. En italiano dice *«io non sono né carne né pesce, io sono Mery, Mery per sempre»*. —Nunca he podido pronunciar esa frase en voz alta sin llorar. Tampoco pude evitarlo en esa habitación en penumbra junto a Jay—. Yo no soy ni carne ni pescado, Jay. —Le agarré el rostro con las manos y lo acerqué al mío—. Me gustaría poder pronunciar un nombre para mí en voz alta, uno que me ajuste, pero no lo tengo. Me da mucho miedo ser así y he intentado evitarlo. Nunca enseño mi cuerpo porque se me está transformando en un laberinto de carne que se pudre del que no sé salir. Me esfuerzo mucho por adaptarme a lo que se espera de mí, detengo mis sueños dándome una bofetada. No sabes lo que

es abofetearte de madrugada porque te despiertas en medio de un sueño en el que lo único que estás haciendo es bailar rodeada de estrellas y mirarte a un espejo mágico que te devuelve una imagen maravillosa. Puedo engañar a los demás y lo hago muy bien. Pero esto-sigue-aquí. —Solté su cara y me clavé las uñas de las dos manos en el pecho para decirlo—. Y no se va, Jay. No se va nunca. Soy como mi vecina Margarita, soy como Sarita, la amiga de Antonio, soy como Mery, sobre todo como Mery, vivo entre dos mundos sin que nadie me espere en ninguno de los dos. Pero no tengo el valor que ellas han tenido, Jay. Voy a ser toda la vida esto que se ve, Alejandro, Álex, Álex *per sempre*. Y nadie puede salvarme.

Jay ahora lloraba despacio conmigo, sin cambiar la respiración ni modificando el rostro. No había entendido nada pero lo había entendido todo. La primera intención de aquella confesión era la de sincerarme ante mi primer amor y acudir, al que sería nuestro único encuentro, seguro con la desnudez que se le debe a un verdadero amante. Según avanzó dejó de ser algo que yo le ofrecía a él para ser algo que tenía que decirme a mí misma en voz alta. Dije lo que tenía que decir siendo consciente de que Jay se perdería en palabras y frases demasiado complejas para su conocimiento del idioma, confié en que mis ojos y mis temblores completasen los espacios en blanco. Jay dejaba caer lágrimas por sus mejillas una detrás de otra, lloraba en silencio. Me había separado de él y me había incorporado en la cama para hablarle. Una vez hecho todo fue soledad, frío y un alivio agrio, uno similar al que se experimenta después de vomitar, en el que no se puede evitar el mal sabor de boca.

—Ven al lado. —Dio unos toquecitos con la palma sobre el colchón para invitarme a acercarme—. Yo no puedo salvar, ni esperar en casa ni así. No la vida toda. Toda la vida. —Se sacaba las palabras de dentro como agarrando terrones de barro—. Pero esta noche sí puedo. —Abrió los brazos y me acogió entre ellos. Confiaba en él, pero no hubiera esperado vivir un momento así jamás. Me besó en

la mejilla una vez, dos veces, tres veces, avanzando hacia la oreja. Cuando la tuvo a su alcance la acarició con los labios y susurró—: Nunca más te llamaré Álex. Para mí, si quieres tú, te llamo Sempre. Solo Sempre.

Lo que pasó después fue recuperar tiempo y tomar un préstamo que en algún momento me tocaría devolver multiplicado por cien. El maldito tiempo, lo que se nos arrebata a las mujeres como yo. El tiempo de ser niñas, el tiempo de ser adolescentes, el tiempo de los amores torpes, el tiempo de llorar por imbéciles, el tiempo de hacer amigas, discutir con ellas y hacer las paces enseguida, el tiempo de bailar como locas, el tiempo de aprender a ser mujeres sin interrupción. Nada de eso se nos concede cuando corresponde o se hace en dosis que tenemos que robar al destino y apurar con ansia, como bebiendo de pozos en mitad del desierto, sabiendo que entre uno y otro vamos a morir de sed.

Aquel crepúsculo, aquella noche naciente, estar con Jay fue como caminar descalza sobre hierba fresca, sin gravedades, sin pánicos, sin madejas de drama que desenredar para sentirme viva. Tenerle dentro y escucharle reír, porque reía cuando follaba, era querer morirse y detenerlo todo porque nada de lo que la vida te deparase iba a ser mejor que aquello. Todo lo hizo y todo lo hizo bien, o exactamente como yo necesitaba. Ser hombre, ser mujer, no ser ninguna de las dos cosas es algo que no puede experimentarse ni construirse a solas, mi cuerpo de mujer necesitaba provocar deseo por sí mismo, ser definido por unas manos que lo quisiesen, moverse con libertad, como se baila, y provocar las respuestas adecuadas. Aquello fue ser adolescente por primera vez sin nada que objetar, sin sombras en la pared, sin voces ásperas gritándome humillaciones al oído. Descubrí que, aunque era esquiva y breve, la euforia de género existía y me estalló por todas partes. En aquella habitación, durante aquel encuentro, no quise ser otra que yo misma por primera vez en la vida.

PROFECÍA AUTOCUMPLIDA

Una sabe que ama sin complejos cuando deja de temer los gestos que la delatan como amante. Y si no deja de temerlos, al menos baja la guardia y se permite un rango de movimientos mayor. Eso, en aquellos años de la vergüenza, nos enseñó a los dos una lección definitiva sobre vidas de primera y vidas de segunda. Jay solía colocarse la chaqueta del kimono delante del espejo, con la confianza propia de quien adora su cuerpo. Yo lo hacía sentada en un banco y sin quitarme nunca la camiseta interior. Habíamos llegado pronto al gimnasio, era una costumbre que habíamos adoptado para cambiarnos a solas. Teníamos mucho cuidado con lo que nuestros cuerpos hacían bajo ese techo húmedo y comido por el moho negro, jamás nos tocábamos y nos limitábamos a mirarnos con complicidad. Pero cuando se ama, o se cree que se ama, solo se tienen catorce años y la mayoría de ellos se han estado levantando defensas durísimas de mantener, más temprano que tarde se comete un descuido que a vidas como las nuestras les sale muy caro. El vestuario estaba en silencio y la puerta de entrada chirriaba al abrirla, anunciando cuando entraba alguien de forma bastante ruidosa y desagradable. Me acerqué a Jay por detrás y le di un beso en la base del cuello, un beso corto, de los que no hacen ruido. Él ladeó la cabeza y la echó hacia atrás, recostándose sobre la mía. No nos habíamos dado cuenta al entrar que esta vez la puerta no había hecho ruido. El dueño, el maestro, que tenía aquello como una pocilga para darle un aire de austeridad, había decidido que aquel era un buen día para lubricar las bisagras. Solo se escuchó un «Buah». No me atreví a mirar, cerré los ojos y me quedé en el sitio como si alguien me hubiera quitado la ropa y me iluminase con un cañón de

teatro. Los fantasmas que me acompañaban intentaron cubrirme la vergüenza, pero no pudieron hacerlo con su cuerpo de vaho. Pronto yo sería otra historia como la suya.

«Ser como nosotros es maravilloso.» La voz de Antonio, delante de su pared de muertos felices, se desvanecía en el barranco en el que se había transformado mi mente. No lo era. No lo iba a ser. Hubiera querido defender nuestra belleza con palabras hermosas, hubiera querido saber cómo se utilizaban el orgullo, la ira o el amor propio. Cómo usar algo en lo que nunca has terminado de creer, cómo, si cada vez que se habla de ti y de las tuyas es invocando lo ponzoñoso. Todo lo que fue bello y nos había tocado alguna vez se despeñaba por el barranco sin que mis manos pudiesen hacer más que temblar. Lejos de las manos escultoras de Jay volvía a ser un ser indeseable y sin capacidad para dar batalla, alguien que concedía a los demás el poder de destrozarme la vida con una mirada. Abrí los ojos, estaba delante del espejo, Jay había vuelto al banco junto a la taquilla para terminar de prepararse, como si no hubiera sucedido nada. El espejo me devolvió la mirada de Margarita, su mundo estrecho, sus fronteras y sus advertencias.

El delator que puso la maquinaria correctiva en marcha, un monitorcillo que volcaba en aquella pantomima marcial toda su incapacidad para llevar una vida real funcional, la «mano derecha» del maestro, un patán con autoridad en veinte metros cuadrados, estaba mirando hacia donde no debía, cuando no debía, y con lo que vio o creyó ver tuvo suficiente para afirmar su parcela de poder. Se encargó de que la familia de Jay supiese lo que había sucedido; por la reacción que tuvieron, probablemente convirtió nuestro gesto de ternura en un relato de saliva y sodomía animal, era el tipo de persona que necesitaba ver el placer y el amor de los demás como actos asquerosos porque ambos le estaban vedados. A mi familia no le dijo nada. Intentó buscar cierta complicidad conmigo gracias al *inmenso favor* que creía haberme hecho no contándoselo a mis padres y alejando de mí la tentación del cuerpo sagrado de Jay. Al

rechazar esa complicidad, el favor se convirtió en un as en la manga para el chantaje y el control.

Tal y como lo encontré, lo perdí. Un principio y un final de vestuario. Desde aquella noche en casa de Antonio nos habíamos visto pocas veces y siguiendo las reglas habituales: encuentros cortos, discreción y pocas palabras. Como había prometido, nunca volvió a llamarme otra cosa que Sempre, ni siquiera cuando había otras personas delante, como en el gimnasio. Ni siquiera sé situar cuál fue la última vez que nos tuvimos entre los brazos. De un día para otro Jay desapareció y a mí me crecían serpientes en el estómago pensando en las consecuencias que esto podía acarrearle. En lugar de dirigir todo mi desprecio y todo el mal ojo del que era capaz contra el responsable de aquel dolor, alguien que intervino en nuestras vidas porque quiso y porque pudo, me dediqué a repasar todos y cada uno de los movimientos en los que me había equivocado. De nuevo se hicieron presentes los aprendizajes sobre la culpa y la desviación. Todo en nuestra educación eran advertencias, alertas y malas profecías cuya única finalidad era echarnos a la cara un «te lo dije». Nadie debería crecer pensando que, haga lo que haga, acabará por equivocarse de una manera fatal. Y ahí estaba yo, haciendo sagrado mi corazón a fuerza de puñaladas y hogueras, sin escapatoria, desandando cada paso que había avanzado, cerrando el armario por dentro, abofeteándome por las noches y pidiendo ayuda al corro de muertos que guardaban las esquinitas de mi cama, pálidos, traslúcidos y tristes.

El silencio y la incertidumbre se me enroscaban en la garganta y constreñían un poquito más cada día. Terminé el curso a duras penas.

No tuve modo de comunicarme con él. Sabía su dirección pero le habían mandado a vivir a otro sitio y no teníamos amigos comunes que pudiesen ayudarme. Pensé en acudir a Antonio, que algún recurso adulto podría haber utilizado, pero no me atreví a volver allí sola. Vivía cada

día apagándome y no era una cuestión de desamor, o no solo. No era un corazón de adolescente roto chapoteando en su drama sin importancia. Había madurado lo suficiente de golpe como para saber leer la situación en toda su complejidad. Operaban la vergüenza, el temor por la seguridad del otro y la impotencia de no poder ganar jamás. Mi vida, las relaciones con mis seres queridos, mi imagen pública, dependían del capricho de un tipo abominable hinchado de gloria. Se me pasó por la cabeza ofrecerle cualquier cosa por su silencio, estaba segura de que habría aceptado un par de mamadas por ello, pero hubiera terminado exigiendo más y preferí aceptar la incertidumbre de su discreción que estar atendiendo las necesidades de un mierda al que, en condiciones normales, no me habría acercado jamás.

Con una grieta abierta en mi salud mental que adelantaría la debacle y el aislamiento de años posteriores dejé pasar los meses. La angustia se convirtió en más autodesprecio, el miedo siguió siendo miedo, el dolor se transformó en una niebla espectral que me devolvió a las profundidades, desde donde podía ver la vida pero de nuevo no podía tocarla.

Se terminó la brillantez en los estudios, se terminó la cara amable de mi armario, seguir viviendo consistía en dejar ir todo. Mi familia estaba muy ocupada matándose a trabajar como para reparar en mi decadencia. Cuando se hizo muy obvia ya fue tarde para intervenirla y se me había hecho piel.

A veces me encontraba con Margarita por el barrio, estaba muy desmejorada desde la muerte de su madre, nunca recuperó aquella chispa de poder travesti que llegué a conocerle, el de moño alto, mejillas rosas y labios marrones y brillantes. Estuve tentada de hablar con ella varias veces, creo que me hubiera entendido o al menos escuchado con amor. Pero el abismo que se había abierto entre el mundo y yo era infranqueable. Solo era otra maricona amargada, otra transexual derrotada demasiado

pronto, otra travesti trágica, otra historia sin importancia a la que nadie querría ni sabría ayudar. Carne de vías de metro. Durante ese año fue la primera vez que pensé con seriedad en triturarme la carne debajo de unas ruedas de hierro.

Jay fue desvaneciéndose de mi memoria y adquiriendo la tonalidad de las cosas que nunca existieron. Su recuerdo sobrevivía dentro de mí, pero él no. Era extraño perder el rastro de su tacto, de su aroma y de su voz y al mismo tiempo tenerle tan presente o tan clavado en algún lugar de mi mente demasiado al alcance. Joder, solo fueron ocho o nueve citas.

El tipo que nos partió por la mitad nunca llegó a descubrirme, quise pensar que le asistió un mínimo de vergüenza en su juicio. Por mi parte la lección había sido más que aprendida. Si quería tener algo parecido a una vida tenía que ser fuera de las miradas de la normalidad, a escondidas, minimizando la posibilidad de la violencia correctiva de lo ordinario. El resto del tiempo tomé la decisión de dejarme llevar por la corriente hasta que sucediese algo mejor o hasta que me cansase. Mintiendo, actuando, desconfiando y manteniéndome a salvo en el lóbrego castillo de mi soledad.

Si alguna esperanza me quedó de todo aquello fue la de pensar en Jay rehaciendo su vida allá donde estuviese. Siempre supe que nuestra entrega fue desigual y tampoco se me pasó por la cabeza que moriría de amor por mí, hubiera sido de mal gusto. Imaginarle superando los obstáculos del teniente Nichols y, pasado el disgusto del incidente en la familia, volviendo a las andadas aliviaba una parte importante de mis bucles de pensamiento envenenado. Jay era un espíritu sensual y esquivo, era Bagoas, el bailarín persa, capaz de sobrevivir al mismo Alejandro Magno, cómo no me iba a sobrevivir a mí.

NOCTURNO

Llegué puntual al páramo de las cinco esquinas, llevaba un vestido de agua muy ajustado y las alas a medio abrir como correspondía a aquella hora, en la que aún no cantan las esferas pero sí se dejan ver. Era mi primera gibosa menguante en Leo y la sexta reunión con otras criaturas del bosque del verano de Antares. Los tacones de obsidiana me hacían algo de daño por la poca costumbre de llevarlos, pero en cuanto se me desperezaron las alas y logré aliviar la carga de mis pies desapareció esta incomodidad y pude lucirlos con la ligereza que se esperaba de mí.

Pronto se llenó el espacio y nos juntamos unas entidades con otras, alas con cuernos, espinas dorsales con pezuñas hendidas, pieles de fuego con capas de musgo. En cuanto salió la reina jorobada derramó su luz dentro de nuestras bocas y le entregamos, como debía hacerse, nuestra alma inmortal para que comenzase el baile. Un sabor que no llegó a ser amargo se desparramó por mi lengua y ya todo fueron cuerpos respondiendo a la demencia lunar, a la música de las esferas, al dolor, al placer y a cada uno de los pasos que se recorren de uno al otro. Quise acercarme hasta el vacío para mirar de frente a la gran maga sin quedar ciega, pero las corrientes internas de la danza al son del sistro de la madrugada y los juegos tectónicos de las carnes me llevaron de un lado para otro sin que mi voluntad tomase partido. Para mirar siquiera a la que todo lo mueve había que participar de la danza vidas enteras; desistí de mi empeño, cerré mis alas, volvió el dolor de la obsidiana, me entregué a las punzadas de algún dragón que olió carne fresca aquella noche, me perdí en el ritual hasta que una sacudida me arrancó de él. Una voz detrás de mí, la de un hombre que tenía una mano posada sobre mi hombro

derecho, me preguntó si estaba bien. Deshice con lentitud nuestra unión, me di la vuelta, le besé muy despacio y hondo, con la cadencia del abandono y la pasión cansada del agradecimiento, sabía a dragón. No le dije nada ni volví a tocarle. Salí de aquella oscuridad caliente y accedí a la zona del local que estaba iluminada. No supe si buscar el baño para beber agua, me moría de sed, o buscar la salida. Me quedé un momento de pie en medio de aquel espacio, algo menos abarrotado que el que había dejado atrás, aterrizando en un fango frío que presagiaba un mal amanecer. Pregunté la hora con un gesto de dedos sobre la muñeca a un andrógino y tristísimo dios Hermes que abrazaba con todo el cuerpo un bafle a través del que sonaba *Better Things*, de Massive Attack. Me miró a los ojos y no me dijo nada, solo movía la cabeza muy despacio, intentando seguir sin éxito la canción, como si estuviese escuchando otra dentro de sí. Su lejanía me puso cachonda y me planteé arrastrarle a la oscuridad y devorarlo pero los ardores de estómago me recordaron que estaba atada a esta puta tierra y que necesitaba descansar. Antes de salir de allí volví a mirarle, quizá nos habían expulsado del mismo baile y él tampoco había conseguido mirar al rostro de la reina jorobada.

Casi amanecía cuando bajaba por la Gran Vía en dirección a Cibeles; la tentación de subirme al autobús nocturno nunca pudo con mi necesidad de caminar, así me estuviese muriendo de sed, cansancio y dolor de entrañas. Desde el centro de Madrid hasta el barrio suponía una hora y media a buen paso. Caminar era, del mismo modo que correr, una manera de sentir que no estaba en medio de un mundo que giraba a mi alrededor con tal furia que no me dejaba moverme, que la vida no era un *maëlstrom* imposible de atravesar. Caminar era desplazarme, hacer algo, oponer cierta resistencia a una molicie que me devoraba viva.

Solía esperar a llegar al barrio para cambiarme pero los pies no me aguantaban más, llevaba unos pantalones muy ajustados, de falso vinilo, unos tacones negros, sencillos, de aguja pero no muy altos, de cinco o seis centímetros, y una

camiseta recortada de Nirvana que había comprado en un mercadillo de Alfaz del Pi un par de veranos atrás. Me vestía con la feminidad justa que aplacase mis pulsiones unos días más pero con la ambigüedad suficiente como para poder excusarme como mariconcito *dark* si hacía falta.

Algo más allá del punto en el que Alcalá se convierte en O'Donnell, en la acera que discurre pegada al Retiro, me senté en un banco para cambiarme de calzado, llevaba unas zapatillas de deporte negras en la mochila junto al resto de la ropa con la que llegar a casa. Las ganas de vomitar me asaltaban a ráfagas, siempre que tomaba éxtasis pasaba por lo mismo, pero ya había aprendido que hacerlo en esas condiciones, lejos de aliviar el malestar, lo agudizaba. Con el estómago vacío y sin haber bebido agua lo único que remontaba el pecho era un líquido del sabor de la miseria.

Mientras me ataba los cordones de las deportivas se paró delante de mí, bastante cerca, un hombre que llevaba puesto un poncho de plástico, como Robin Williams en *El rey pescador*. Se había bajado los pantalones y se agarraba una polla afligida a la que parecía estar haciendo un masaje cardiaco para devolverle la vida. Supuse que el pobre diablo albergaba la esperanza de que mi presencia le ayudase en su milagro de la resucitación, pero Dios casi nunca está cuando se le espera porque es oscuridad, tuvo que crear la luz voceando en el abismo para poder ver algo más que a sí mismo y su tiniebla. Acompañé con una mirada indiferente las maniobras patosas de aquel hombre lúgubre, en algún momento pareció estar disfrutando muchísimo de mi atención, pero no acababa de alcanzar la gloria marinera. Pasolini hubiera gozado de aquello como un niño la mañana de Reyes. Sin dejar de mirar comencé a desmaquillarme con las toallitas que llevaba siempre a cuestas; no era cosa fácil, me maquillaba con generosidad para disimular un vello facial duro y espeso que se me había extendido por la cara como una infección, me hacía daño frotando. Gastaba una buena cantidad de toallitas para dejarme la cara más o menos limpia; la barra de labios salía con facilidad aunque dejaba un rastro rojo alrededor

de la boca que parecía una erupción, la sombra de ojos también cedía enseguida, pero la máscara de pestañas y la línea se resistían bastante. Siempre aparecía en casa con restos de color negro en los ojos pero me daba igual. Mi coartada eran Christian Death, Lacrimosa y mi conversión temprana al gótico, que era una forma aceptada y preciosa de travestirse en público con juicios algo menos violentos que si se hacía solo por necesidad o gloria.

Cuando la sombra azulada de la barba empezó a asomar en mi cara, el rey pescador retiró el anzuelo inmediatamente. «¡Pero si es un maricón!», dijo con más decepción que ira, y se alejó subiéndose los pantalones con poca destreza, caminando como un leprechaun esquivando boñigas.

Sí, aquella fue una de esas noches en las que necesitaba ser un maricón o lo que fuese entonces. Eran mis fragmentos de vida a solas, mis paseos en busca de algún tipo de conexión u olvido que me sacasen de la vida ordinaria, la solar, a la que había renunciado como se renuncia a combatir las mareas, dejando que sus idas y venidas hiciesen conmigo lo que les diese la gana. Aquellas noches, contadísimas, recorría las posibilidades de mi cuerpo de la peor manera, llamando a empujones a la mujer que era y que no era.

Me adentraba en la vida adulta sin esperanza. Durante la adolescencia, después del mal final de mi primera historia de amor, tomé conciencia de una realidad de la que no podía deshacerme, la de mentir para no sufrir. Entonces se abrió ante mí un camino bífido del que había transitado algunos senderos en la infancia y que acabó siendo el único disponible para mí. Pude haber luchado de otro modo, haber sido más valiente, pero no lo fui; que el momento de mi vida en el que estaba acumulando suficiente valor, suficiente orgullo y suficiente belleza como para vindicarme como una joven orgullosa hubiese terminado en un chantaje, una separación que más bien pareció un secuestro y tan poca capacidad para reaccionar o para oponerme me había situado de nuevo en el plano de los miedos infantiles,

de la inmadurez que prefería vivir la vida de los baños y los pestillos, la de la escenificación de la normalidad, la de sobrecompensar una masculinidad que nunca estuvo ahí más que como tragedia y como farsa.

Llegué a casa de mis padres alrededor de las siete y media de la mañana, terminé de cambiarme de ropa justo antes de subir, en el mismo portal, en un descansillo que sabía ocupado por una vecina sorda que vivía sola. Hacer esto a los dieciocho años era humillante, pero la humillación suele ir de la mano de la depresión. Deja de importar parecer una cretina integral. La casa estaba casi en silencio, se escuchaba la ducha corriendo y un transistor que mi madre llevaba pegado a todas partes mientras trabajaba fuera y dentro de casa. Se levantaba con la radio y se dormía con ella sonando debajo de la almohada. Era su momento de la ducha de los fines de semana, como una hora o dos más tarde que los días de diario. Mi padre ya se había ido a trabajar, por entonces también tenía turno los sábados en la empresa; no había reparto, que es lo que él hacía, entregar a los clientes la mercancía que producían, pero no faltaba labor poniendo a punto las impresoras, las troqueladoras y las guillotinas o adecentando la nave. Me asomé al baño en el que mi madre se duchaba para advertir de mi llegada.

—Ya iba a llamar a la policía para que te buscasen o te diesen por desaparecido, hijo mío, vaya horas —dijo desde dentro de la ducha con la voz amortiguada por el chorro de agua. Estaba enfadada pero acostumbrada—. Anda, acuéstate un rato.

Respondí con una sonrisa que no pudo verme y me fui a la cama. Esas pequeñas broncas eran su forma de quererme y así las recibía, como una bendición mariana. Coloqué la ropa que había usado dentro de una bolsa de plástico opaca, parecida en aspecto a las de basura pero con asas, la comprimí todo lo que pude anudándola y sacándole el aire y la subí al altillo de mi armario, en el que guardaba libros viejos, pósteres que ya no usaba y otro montón de cosas destinadas a terminar sus días en un espacio así o en una

buhardilla. Apilé la bolsa sobre otras dos que tenía con más ropa que ocultar y ordené el compartimento de tal forma que pareciese que la entropía seguía haciendo su trabajo.

Me puse una camiseta vieja para meterme en la cama, dormir desnuda era imposible; si era consciente de las formas de mi cuerpo, de cómo reposaban sobre el colchón, de su roce libre contra las sábanas o de cómo se relajaban y repartían la tensión y el peso, era incapaz de tranquilizarme. Una vez vestida, tras aquellas noches de hombres-dragón y danza no había ansiedad que pudiese con el sueño. Tardaba poco en cruzar al más allá de los durmientes. Antes de hacerlo dediqué una plegaria borracha a mi familia de fantasmas y caí dormida.

NO PASA NADA

Temía el juicio de un dios invisible que se canalizaba en la mirada de cualquiera, un espíritu sagrado y cazador que saltaba de cuerpo en cuerpo y giraba a mi alrededor como un buitre esperando la rendición de un animal herido. Sabía por qué había empezado a falsear mi comportamiento, a masculinizarlo, cuando era niña; recordaba las palabras y actitudes adultas que se habían grabado en mi cuarto de juegos mental y lo habían calcinado. Sabía de mi miedo al rechazo, sabía de mi vergüenza. Al crecer, la vida se bifurcaba inexorable, como placas tectónicas que se separan, no había forma de asir los bordes y unirlos en una existencia lisa. Estaba convencida de que a cada intento de vindicarme como la niña, la joven o la mujer que era, le seguía algún correctivo insoportable.

La experiencia posterior a Jay no había ayudado a disipar este miedo, pero es que el correctivo era constante, diario, en las conversaciones casuales que escuchaba, en los chistes, en las películas, en el rechazo brutal del mundo adolescente, en todo. Recuerdo una concurrida merienda familiar de cumpleaños en la que un tío mío, con la boca llena de tarta, planteó a los hombres de la reunión la diatriba de elegir entre «que les diesen por el culo o que les matasen de un disparo», como quien da a escoger entre sabores de un helado, pensando que era una pregunta pertinente, simpática y con intención de animar la tarde. Todos, sin excepción, todos los hombres de mi sangre eligieron la bala, con mucho cachondeo, con mucho relajo, participando de una broma sin importancia. Pero eligieron la bala. Las mujeres no prestaron su complicidad, a todas nos explotaba en la cara un desprecio así de vez en cuando, ese desdén por el individuo al que se penetra entendido

como femenino y débil, dando a entender que era preferible morir antes que rozar la feminidad. Ellas podían rechazar esto juntas, hacerles ver que eran unos payasos o que hacían unas preguntas de mierda. El desprecio se lo llevaban igual, pero alguna sororidad les asistía. Yo me tragaba la humillación como una mujer aislada que no tenía con quien soportar semejantes barbaridades, también como un hombre que se había torcido, también como alguien que a veces necesitaba que le diesen por el culo para sentirse con vida.

Fingir la hombría, ser el muchachote que mi madre estaba orgullosa de haber parido, esquivar al dios cazador, me había mantenido a salvo de crueldades que, cuando las veía aplicadas sobre otras, sabía que me hubieran resultado insoportables. Fue un acto de cobardía supremo que se perfeccionaba con la práctica, un modo de autodefensa que vivía como lo que era, una traición a mis fantasmas. Si era cierto que existía un orgullo para nosotras, yo no era merecedora de sentirlo. Mostrarme como un hombre para sobrevivir era un privilegio y ser consciente de ello me mordía la conciencia hasta el dolor físico. Comenzaron a aparecer las migrañas y ya no me abandonaron, me comían los espasmos musculares y era incapaz de relajarme. En el uso del privilegio de la masculinidad llevaba la penitencia, la de las noches de ninfa que se ofrecía a los hombres-dragón para procurarse un cuerpo que no le diese asco, purgar aquellas madrugadas cuando amanecía se había convertido en una obsesión. El miedo y la claustrofobia manejaban mi vida bajo el sol, me obligaban a armar un cadáver que poder dejar abandonado en la orilla del mar a la vista de todos, a merced de las mareas de la vida diurna. El mismo sol me hablaba al oído cada mañana y me decía: «Sigue cavando tu fosa, mentirosa hija de puta, sigue cavando».

Ese sol de los hombres triunfantes me obligaba no solo a masculinizarme, sino a embrutecerme. De mi padre copié la forma de comer, la de un hombre que había conocido el hambre y no solía perder el tiempo con manierismos,

perfeccioné su forma de dar bocados, grandes y echándose ligeramente sobre la comida, como un depredador haría con una presa; de mi hermano extraje su lenguaje corporal hipermasculino, siempre fue un tipo atractivo que gustaba mucho a las chicas y al que los hombres admiraban, de su forma de moverse hice mi propia versión, algo más austera, con menos despliegue de gestos; la manera de sentarme y de levantarme se la robé a mi tío Jacinto, cantero, enorme y de mecha corta. Se desplomaba sobre los asientos y se levantaba deprisa, como lo haría un gran simio respondiendo a una provocación. Con los amigos del colegio y del instituto que intenté conservar, más como escudo que como una verdadera alianza, parte del mismo teatro de la muerte, compuse el resto de mi cadáver.

Pero es que no había esperanza, y cuando asomaba una rendija de ella, no tardaba en llegar una respuesta desmesurada de oscuridad. Si habitar un cuerpo que no sabía interpretar, que me asfixiaba con sus estrecheces, ya condicionaba cada paso que daba, la traslación que de esa estrechez se daba a la vida ordinaria, lo ínfimo que se hacía el mundo para una mujer como yo, convertía la vida en un sinsentido.

Con uno de aquellos amigos por conveniencia y costumbre con el que llegué a establecer algo parecido a un vínculo, casi llegó a suceder el milagro de la confesión. Una noche que habíamos estado bebiendo juntos y hablando con calma, rozamos esa hondura en la conversación que las mujeres alcanzamos entre nosotras pero que a los hombres tanto les cuesta; me lo había llevado a mi terreno y parecía bien dispuesto a escuchar cosas difíciles. Hasta entonces siempre me había parecido el mejor de todos ellos, amable, inteligente, poco dado a la crueldad y comprensivo. Le propuse volver al barrio dando un paseo largo y le pareció bien, estábamos en Malasaña y en el camino de vuelta teníamos que atravesar Chueca, que en pocos años ya se había convertido en el barrio gay bandera del Madrid institucionalmente tolerante. Allí pensaba tantearle la amistad y dejarle caer algunas verdades sobre mí, las más

fáciles de asimilar; si algo necesitaba entonces era una alianza, aunque fuese tibia.

No llegó a suceder.

—¿Por qué no vamos mejor por Génova, atravesamos Colón y llegamos antes a la calle Alcalá? —propuso con intención de corregir la ruta que yo había sugerido con toda la intención.

—Yo prefiero ir por Chueca, Cibeles, Alcalá y O'Donnell, es más agradable, así pasamos por fuera del Retiro, por la Fuente del Berro y por Marqués de Corbera, que a esta hora es muy silenciosa, hazme caso —le respondí.

—Es que prefiero no pasar por ahí, tío.

—¿Por dónde?

No sabía de qué me estaba hablando y me preocupé, quizá le había sucedido algo que no me había contado en alguna de las zonas y le daba apuro o miedo.

—Por el barrio de los maricones.

Lo soltó así, como durante la tarde que habíamos pasado juntos hubiera podido referirse a cualquier otra cosa. Sin usar un tono especialmente despectivo. Con la normalidad con la que los hombres sentencian lo que les amenaza y le ponen coto.

—Pero, tío, qué dices. ¿No sabes que se llama Chueca?

Para entonces ya estaba escuchando en mi cabeza un portazo más del mundo diurno, ni siquiera llegó a ser decepcionante, pero el mordisco de vergüenza y derrota en el pecho fue inevitable.

—Es que no me gustan los maricones, joder. Ya está. No pasa nada. Vamos por otro sitio.

Y no, no pasó nada, nunca pasaba nada. Del mismo modo que a los cuatro o cinco años, cuando ya intuyes que algo es diferente en ti, escuchas a tus padres o a tus vecinos sentencias que, no sabes por qué, te duelen y no olvidas jamás, frases dichas con toda normalidad que se transforman en alambradas que te cierran el paso y limitan tu mundo para siempre, así sucedió con el amigo que no fue. No le gustaban los maricones, como al que no le gustan los ajetes o el turrón. Una frase que en su tranquilidad puso

un clavo más en el armario y una costura más en mi cadáver andante. Mis miedos y mis intuiciones, por extremos que fuesen, no se equivocaban. Ahí fuera no había nadie en quien depositar confianza.

MARRANO

Una creía que podía soportarlo todo hasta que se contemplaba a sí misma girando una bufanda mientras hacía *lipsync* del cántico «Oh, sí, Real Madrid», en el gallinero del estadio Santiago Bernabéu la tarde posterior a una noche de taconeo. Con dolor en la punta de los dedos, en la punta de la lengua, en el culo, en el orgullo y síntomas de una más que incipiente deshidratación. Era una situación tan ridícula, tan imbécil, que no merecía la categoría de tragedia. Pocas veces he conocido una tristeza tan honda en un ambiente tan disparatado, tan poco apropiado para estar muriendo por dentro, un ambiente al que, además, elegía ir voluntariamente.

De entre los rituales absurdos a los que me sometía para mantener la mascarada, el de aficionada al fútbol fue el más incomprensible. Dejarse llevar por la marea tenía un precio, a veces era el puro sufrimiento y otras, el de verse involucrada en rituales mostrencos, como de teatro medieval de pollas y pedos, sin poder hacer otra cosa que seguir la corriente hasta que terminase y después lamerse las consecuencias a solas. Empecé diciendo que sí a la invitación de un amigo que conocía desde el colegio y terminé yendo con cierta regularidad. Nunca me encontré cómoda entre hombres heterosexuales, me mimetizaba como podía y sacaba al histrión que había construido durante toda la vida. Aquel ambiente era desagradable y avasallador. Me molestaba muchísimo que el fútbol fuese el entretenimiento asociado sin remedio a la clase obrera y me enfermaban los periodistas que contaban historias melosas de futbolistas llevando la esperanza a sus barrios de origen. Me parecía otra de las argucias masculinas para imponer sus entretenimientos como fenómenos de masas

incontestables. En el tiempo que frecuenté aquel estadio de fútbol vi a pocas mujeres y muchos chavales, hijos de obreros, que empezaron cantando canciones de ánimo y terminaron con la cabeza rapada y haciendo el saludo romano.

Era un partido de liga entre el Madrid y el Barcelona, un clásico, un derbi o como se llamase aquello. Me encontraba fatal, medio enferma y con la ansiedad disparada. Ese día se había dado una situación poco habitual, no solo estaba en el estadio con alguno de mis amigos del barrio y sus conocidos, también estaba mi padre, que no se prodigaba mucho en el campo pero que no quería perderse aquel partido tan importante. Me sentía algo mejor si estaba él, manejaba bien las aglomeraciones y me gustaba verle feliz. No teníamos mucha oportunidad de hacer cosas juntos, siempre tuvo más cosas en común con mi hermano, era lógico. Ir al fútbol o verlo por televisión con él aliviaba algo mi disociación, era bonito estar a su lado en un contexto que él disfrutaba tanto. Celebrar goles dándole un abrazo era una forma de sentirle cerca, como cuando era niña; una, cuando pasaba por hombre, no tenía tantas oportunidades para abrazar a su padre, aunque estuviera deseando hacerlo. Ese espacio compartido justificaba un poco aquel tiempo miserable de autoflagelación.

Solíamos coincidir, o lo hicimos dos o tres veces, con un tipo al que llamaban el Marrano, una de esas personas que se perciben antes con los sentidos que quedaron enterrados bajo capas de evolución y que solamente despiertan un par de veces durante nuestras vidas para alertarnos de amenazas importantes. Esa fue exactamente la vibración que me recorrió cuando me presentaron al Marrano. La de un peligro latente. Era conocido de alguien que vivía cerca de un amigo mío. Uno más con quien el azar te obliga a socializar sin que en condiciones habituales te hubieras acercado a él. Estuvo muy callado desde que me lo presentaron y apenas intervino en las primeras conversaciones durante el viaje en metro desde San Blas hasta Cuzco. Se limitó a permanecer al lado del grupo, con

las manos en los bolsillos de su bomber verde, la cabeza no del todo baja pero sí inclinada hacia delante como intentando mirar con agresividad. Tenía el aspecto de una persona a la que le suena en bucle la obertura de *Carmina Burana* en la cabeza. Parecía ensimismado pero no en paz. Era bajo de estatura, muy corpulento, de cara más bien redonda, con los ojos pequeños, rasgados y azulísimos. La nariz, que estaba claro le había procurado el sobrenombre, era casi inexistente por chata, tan levantada que dejaba al descubierto unas fosas nasales prácticamente verticales. Me lo presentaron como el Marrano y de ninguna manera quise llamarle así, le insistí para que me dijese su nombre de pila o alguna otra opción y se limitó a responder: «Nah, Marra está bien».

Marra, entonces.

Fue pisar el estadio y aquel muchacho silencioso se convirtió en una gárgola vociferante que solo calló durante el descanso del partido para comerse un bocadillo y beberse una cerveza. No se limitaba a animar a su equipo ni a insultar de la peor manera a los rivales, ¡ay de los jugadores negros del Real Madrid como fallasen un pase, les robasen el balón o chutasen muy desviado a la portería! Mencionó a gritos una variedad de primates que hubiera sorprendido a Jane Goodall. Lo cierto es que nadie reaccionó con la mínima vergüenza ante esto. Ni rastro del supuesto público sano y de barrio que acudía al campo en familia. Si una había ido más de diez veces a un estadio de fútbol sabía que conductas así eran más que habituales, lo que no esperaba es que la gente con la que yo iba, que no eran modelos de comportamiento, pero tampoco les tenía por colaboracionistas, le riesen las gracias y con ello le animasen a elevar el tono. El único de todos ellos que era más o menos mi amigo parecía divertirse aún más que los demás. «Cómo te pasas, Marra», le dijo, cómplice, poniéndole una mano en el hombro tras una andanada especialmente violenta de insultos. Ambos se echaron a reír.

El Madrid ganó ese partido y la gente estaba como loca,

todo nuestro grupo quería acercarse a celebrarlo a la fuente de Cibeles, que para mí solo tenía un significado especial cuando estaba vacía y la circundaba volviendo a casa de madrugada. La idea de que la diosa por la que, en la noche de los tiempos, bailaron y sangraron los coribantes en las faldas del Dyndimon, mi reina, la que observaba desde la piedra el triste camino de vuelta de mis propios misterios, fuese el centro de celebración de una romería de hombres sin danza me horrorizaba. Cibeles era la custodia de los emasculados, los hermafroditas y los eunucos, la madre de los que renunciaban a la masculinidad grotesca y abrazaban la fiereza de las mujeres.

Marra estaba contento pero parecía furioso. Siempre me ha asustado cómo estos dos conceptos se parecen tanto en apariencia cuando los exteriorizan algunos hombres. Lo mismo cantaba el himno del Madrid que clamaba *puta Barça y puta Cataluña*. Aquello era una *hybris* mostrenca y enfermiza que daba pavor contemplar de cerca. En una de sus convulsiones fanáticas decidió que era pertinente levantarme en brazos; se agachó, me rodeó con ellos cerrando las manos a la altura de mi trasero, casi colocando su cara en mi pelvis, y se incorporó conmigo a cuestas. Lo hizo con mucha facilidad, era un bestia. Mientras me tenía levantada hacía el gesto de follarme como si fuera un perro, exagerando los movimientos de pelvis y gimiendo con exageración. Me sentí incomodísima e invadida, a merced de un tipo que no estaba haciendo aquello como un juego ridículo que le haría a otro hombre, el patán tenía el instinto depredador afiladísimo y fue su manera de marcarme y humillarme. Lo vi claro. Me bajó cuando quiso pese a que yo me retorcía y pataleaba; de vuelta en el suelo le miré con todo el desprecio que me cabía en las pupilas, me devolvió la mirada riéndose a carcajadas. Estuve a punto de llorar, la rabia se me agarró a la base del cuello como un vómito que no acababa de salir. Me inhibí el llanto como pude. No quería llorar delante de él. Nos quedamos así, quietos y vigilándonos hasta que mi padre apareció, me dio tres toques en la espalda y dijo con

firmeza: «Venga, a casa».

Nunca le agradecí tanto que tomara la decisión por mí. Mi padre había sido siempre un protector nato, mi madre también, solo que ella lo hacía de forma más aparatosa, como una felina grande y ruidosa capaz de morder al cielo para aislarnos de todo lo malo. Mi padre, aunque pequeño de tamaño, siempre tuvo el aplomo de un gran paquidermo, era un muro entre nosotros y lo que nos amenazase. Tenía una energía muy contundente que convencía a cualquiera de que no era buena idea ponerle a prueba.

No sé qué vio aquel día mi padre pero actuó enseguida y sin dar lugar a otras posibilidades. No intervino como lo haría un padre con un hijo adulto, creo que percibió un disgusto muy frágil en mi expresión, no lo sé. Nadie llegó a insistirnos para que nos quedásemos, no dio tiempo, me agarró del brazo y en lo que me pareció un instante estábamos lejos del gentío, volviendo a casa bajo las farolas de la calle Concha Espina.

—Con el tal *cerdo* ese no te juntes mucho, ¿vale?

—Marrano, papá.

—Pues marrano, pero mejor lejos.

Desde luego que no lo hice. Nos encontramos quizá en uno o dos partidos más y le evité tanto como pude. Él se me acercaba consciente de que me provocaba repulsión, pegaba su cuerpo contra el mío y me echaba el aliento a la cara, y cuando se había divertido suficiente, me ignoraba. Aquellos dos o tres partidos fueron los mismos que tardé en dejar de ir al estadio y más o menos lo que tardó él en cambiar de grada, del gallinero al fondo sur. Lentamente fui abandonando la autolesión de ver partidos como parte de mi camuflaje. Lo hice de forma sutil, casi nadie se dio cuenta, solo mi padre; por él me hubiera animado a alguna tarde más de tele en casa, pero por fortuna empezó a ver el fútbol en el bar, con vecinos y conocidos, y no le duró mucho ese pequeño nido vacío.

CALIPSO

La noche, cuando no era mía, no era noche. Acaso una versión sádica del día en la que la desinhibición marcaba las jerarquías sociales con más crueldad. Bajo la relajación de comportamientos, en aquella década de los noventa, las violencias que por la mañana eran sutiles, se volvían feroces. Nunca llegué a entender por qué la diversión de unos pasaba por encima de la humillación de otros. Gritar a las mujeres desde los coches eran calentamientos habituales para los grupos de muchachos que salían de juerga impulsados por un extraño demonio de la sevicia. Hasta los buenos chicos, sobre todo ellos, anteponían estos rituales de intimidación a su propio bienestar. La masculinidad era una fuerza chantajista que alcanzaba a todo el mundo. Era imposible que tales modos les proporcionasen diversión, más allá de un globo de poder que podría confundirse con alegría, algo parecido a los efectos de la cocaína. Había que marcar terreno, liarla, reírse cuanto más alto mejor, crear burbujas de adrenalina para cabalgar las primeras oleadas de la noche.

Cuando salía sola cuidaba mucho las horas de ida y vuelta, al contrario de lo que se decía siempre, eran mucho más seguras las cercanas al amanecer. El cansancio atenuaba las ganas de bronca y casi todo el mundo estaba deseando llegar a su casa y meterse en la cama, incluidos los agresores. Aun así ni una sola de aquellas madrugadas, cuando me hacía una madriguera en la brecha entre géneros y feminizaba unos grados mi aspecto, me libré de ataques verbales y no pocas intimidaciones físicas, a las que trataba de adelantarme corriendo como un animal que conoce bien a su depredador. Los años y la experiencia diaria me habían enseñado que tarde o temprano me

llegaría el turno. Habitar lo femenino, aunque fuese en intermitencias y como mujer yo tuviera la existencia de un fuego fatuo, activaba los resortes necesarios de la corrección. Los fantasmas que iban conmigo sabían de esta profecía. Mujeres, maricas y otras existencias torcidas respecto a la masculinidad estaban marcadas como presas en el mundo de los hombres malvados.

Mi hermano Darío era uno de los hombre buenos. Me sacaba casi cinco años. Practicaba una forma de hombría amable y protectora, heredera de las actitudes paquidérmicas de nuestro padre. Solamente observándole quedaba claro que algún día tendría hijos a los que trataría con devoción y sería un esposo atento y cariñoso. Todo en él dibujaba esos contornos de bondad y responsabilidad clásica. Me cuidaba como podía, como yo le dejaba, que era poco. A los hombres les enseñan a hablar, no a conversar, y no hubo forma de romper la barrera de mi miedo y de su prudencia para hacer preguntas.

Estábamos en una sala muy famosa de la calle Valverde, un pasaje que conectaba la Gran Vía con Malasaña y que yo conocía muy bien. Habíamos salido juntos, cosa que no hacíamos a menudo pero que servía para sentirnos más cerca. Él no me incomodaba nunca ni le vi jamás molestar a nadie cuando se divertía. Charlábamos, bebíamos, yo bailaba más que él, y dejábamos pasar la noche. Aquel era un sitio muy popular pero al que se iba a matar la madrugada, dentro podías encontrarte con cualquier combinación de asistentes. Estaban los hermanos Bardem con un grupo de amigos, también Shangay Lily rodeada de acólitos a los que sacaba medio metro de estatura y una vida entera de descaro. Un descarte de camisa abierta y gafas de sol sobre la cabeza bailaba tecno dando palmas y buscaba una complicidad que nadie le prestaba. Era ese tipo de moridero nocturno.

Ya tarde, casi a la hora en la que fuera estaría empezando a cambiar de color el cielo, se nos acercó una mujer rubia, con el pelo muy rizado y alborotado, ojos claros que cambiaban de color con las luces de la pista de

baile y de buena estatura. No me resultaba complicado adivinar lo que iba a pasar a continuación, ella diría alguna cosa al oído de mi hermano sujetando una copa, él respondería, intercambiarían cinco o seis intrascendencias de la misma forma y acabarían besándose. Darío gustaba mucho a las mujeres.

—Hola, me llamo Estrella.

Tardé en darme cuenta de se estaba dirigiendo a mí y reaccioné con torpeza, atragantándome con el sorbo que estaba dando a mi bebida y tosiendo.

—¡Pero no te mueras! —dijo sonriendo y dándome palmadas en la espalda como si fuera su abuela.

—Hola, Estrella, perdona, es que por lo visto se me ha olvidado tragar.

—¿Este es tu novio? —preguntó.

—No, no, es mi hermano.

Darío se reía y nos dejaba espacio.

—Menos mal.

Aquello era nuevo. No era extraño que algunas chicas se interesasen por mí, pero enseguida un destello de mi naturaleza terminaba por despertarles una ternura muy poco sexual, al menos a las que solían hacerlo. No tardó mucha conversación en besarme, sabía a alcohol y fruta. Le devolví el beso con la misma disociación con la que afronté el primero de mi vida. En mi cabeza se había producido un estruendo parecido al de volcar el cajón de los cubiertos, una especie de desastre, de caos, de imprevisto que lo deja todo desordenado. Mantuve la compostura sobre sus labios, que eran suaves y muy agradables, intenté que no se notase que mi mente estaba en alerta. Los fantasmas se encogían de hombros sin saber qué decir pero sin marcharse de allí, yo repasaba aprendizajes y deseos y me preguntaba si quería hacer aquello o no. Sí quería. Pero no sabía cómo. Estrella lo tenía claro y me llevó de la mano hasta la salida, apenas me dio tiempo de despedirme de mi hermano, que ya había completado su camino hasta el otro lado del local. Me miró desde allí sonriendo y me dijo adiós con la mano.

El estudio de Estrella estaba en la plaza de los Mostenses, que se abría de forma rácana cerca de la Gran Vía. Era un espacio al que la categoría de plaza le quedaba bastante grande y que albergaba un viejo mercado muy popular. Era sábado por la mañana y había ajetreo de mercancía abasteciendo los puestos, olía a pescado, a tabaco y a alcantarilla. El portal quedaba justo enfrente. Subimos al tercer piso y entramos en la puerta que se veía nada más salir del ascensor. La vivienda constaba de una sola estancia cuadrada, con ventanas que daban a la plaza, un sofá cama que tenía abierto y deshecho, una cocina pequeña, una mesita multiusos y un baño. Antes de tumbarnos, me fijé en un póster del Drácula de Coppola que tenía colgado en la pared que hacía de cabecera de la cama.

—Eres monísimo.

Me besó despacio pero con profundidad, abriendo mucho la boca y reclamando la mía. Entre beso y beso deslizaba su cara sobre mi piel y me hablaba al oído en susurros, excitada y cansada. Se colocó encima de mí y se desabotonó la blusa con estampado de golondrinas que llevaba puesta. No supe adelantarme a ese gesto. Permanecí debajo de ella con el deseo activado pero apartado en algún rincón, esperando a que tomase una decisión. Mi consentimiento era total pero todavía no había nada más de mí sobre aquel colchón. Estrella era preciosa, tenía un cuerpo redondito y caliente que pedía manos por todas partes. Decidí avanzar un poco más y acariciar sus caderas y su vientre, los pechos me imponían lo suficiente como para no atreverme a tocarlos aún. Mis ganas de follar se desperezaban con tranquilidad pero definitivamente estaban allí, con toda la confusión que esto suponía. Sabía cómo proceder con los hombres, me sobraba instinto y entrega con ellos, no me daba miedo incomodarlos, no porque no les respetase, tenía muy claro hasta dónde llegar, estaba segura de estar hecha para sus cuerpos y ellos para el mío. Si alguna vez había pensado en desear o enamorarme de una mujer la perspectiva me parecía encantadora pero demasiado compleja. Solo debajo de una

de ellas, una que me deseaba, me di cuenta de que me importaba mucho equivocarme, cometer un error que le hiciese sentir desagrado, extrañeza o miedo. Me había pasado la infancia soñándome inmaculada y elevando a los altares a las mujeres de mi vida, haciéndolas protagonistas de una fantasía mítica, imposibles de tocar, y la situación en la que me vi en aquel momento superaba cualquier cosa que hubiera podido proyectar. ¿Qué era yo? ¿Quién era yo? ¿Podía montar el número de la concubina con ella y entregarme como solía hacerlo en los cuartos oscuros, en las calles estrechas, en los coches, en los parques o en los pisos de mis amantes? ¿Me desearía así o esperaba que tuviese la energía y los modos de un fauno sediento de carne?

Nuestro encuentro escaló y Estrella se quitó ropa y me la quitó a mí, quise unirme a ella y dejarme llevar hasta las estancias del gineceo en las que las mujeres cabalgan hasta el amanecer, pero no pude, me alejaba como aquella luna de infancia sin poder hacer nada, cuanto más fuerte se apretaba contra mí, cuanto más reclamaba, más me distanciaba. La erección que me había provocado no ayudaba, me hacía hiperconsciente de mi cuerpo, de sus lisuras y abultamientos, no era capaz de abandonarme y unirme a las lentas y preciosas ondulaciones del cuerpo de Estrella. Surgió en mí la posibilidad de estar traicionando a la mujer que era, de estar sucumbiendo a la masculinidad de la que renegaba con todas mis vísceras. Era un cuerpo celeste cegado por el sistema solar binario alrededor del que orbitaba, una estrella macho y otra hembra, la misma trampa gravitatoria que me mantenía replegada dentro de mi propia piel, me negaba la posibilidad de follar con otra mujer, daba igual si yo lo deseaba, o no. Estrella era Calipso y yo tenía miedo de ser Odiseo y que sus caderas fuesen la entrada a una vida eterna como hombre.

Cuando la aparté con suavidad de mí y le confesé que no podía continuar, me abrazó con esa ternura que sí estaba acostumbrada a recibir de las mujeres y me dijo que no pasaba nada. Me vestí, me disculpé y salí de allí con un

nudo en la garganta. Oí sus pasos detrás de la puerta y su cuerpo dejándose caer sobre la cama.

Llamé a mi hermano para que viniera a buscarme. Llegó enseguida. Como siempre.

EUGENIA

Eugenia, la Moraíta, empezaba su jornada alrededor de los cines Luna al caer la tarde, allí sacaba el dinerito de la cena y un poco más haciendo pajas tristonas a viejos que pasaban por la plaza antes de cenar. En una o dos horas, mal escondiéndose en el quicio de los portales, atendía a cuatro o cinco clientes que no requerían más que una mano experta que les recordara que ahí abajo les quedaba tacto. A veces la intentaban besar y les apartaba la cara.

—Vicente, no te pongas pesado, coño. Eso a tu mujer o a quien te quiera.

Sabía tratarlos, sabía tratar a todo el mundo. Tenía un carácter endiablado cuando quería, de santa vengativa capaz de conjurar espectros que le llevaban la humillación y el mal de ojo hasta la misma punta de la lengua. Esto no era incompatible con la posesión del corazón más grande del mundo. Con esa mirada esquinada suya, un poco parecida a veces a la de María la Peluca, detectaba almas en pena, tristezas y melancolías como una zahorí de la soledad. Así nos conocimos.

Yo remontaba la calle Valverde en dirección a la plaza de San Ildefonso y ella descansaba sentada en el capó de un coche estacionado en la esquina de Puebla. Llevaba un vestido blanco, de punto grueso, con enormes calados que le dejaban mucha piel visible y lo hacían cómodo, la clase de prenda que elegirías para afrontar varias horas de trote sin dejar de estar divina y que airease el sudor. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta apretadísima, lo tenía negro y bien espeso, con una línea frontal envidiable. Las botas no podían obviarse, luego supe que eran su seña de identidad y que no se bajaba de ellas desde el 84. Eran altas, acharoladas y de tacón alto y fino. A primera vista no

se le notaban los arreglos con cinta adhesiva negra que les había hecho; si te las enseñaba de cerca te dabas cuenta de que estaban a punto de desmoronarse, pero conseguía con sus apaños que tuvieran un buen lejos.

Era baja de estatura, morena como suelen serlo las mujeres marroquíes o tunecinas, con un divino toquecito marfileño, de ojos grandes y redondos, algo separados, rasgo que le despejaba el rostro y le daba lisura. De ese aspecto de mora le venía el apodo que le habían puesto, Moraíta. Era muy delgada, no se había tocado los pechos, había dejado que las hormonas hiciesen lo suyo y estaba más que satisfecha; eso sí, se había procurado un culo perfecto para el mambo.

—Este es de clínica, maricón, no de sótano —decía palmeándose las nalgas. Tenía la voz grave y bonita, ella decía que de bolerista.

Cuando nos conocimos ya era mayor e iba de retirada, decía que había guardado suficiente para dejar de trabajar pronto, aunque ese día no parecía llegar nunca y cada atardecer, a eso de las siete, comenzaba su ritual de belleza y velas. Encendía un par de candelitas a la santa que tocase para asegurarse una noche provechosa y malos aires para quien quisiera hacerle daño. No es que necesitase la intercesión de poder alguno para defenderse, tenía la fiereza travesti a flor de piel, una que no se puede explicar hasta que se tiene delante, de quimera. Eugenia, la Moraíta, era Medusa. Hablaba mucho para sí misma y en voz baja, este debía de ser rasgo de hechiceras; quizá lo que las no iniciadas veíamos como una conversación a solas era una bruja acordando pequeñas ventajas con demonios o santos invisibles.

Nunca llegué a saber de dónde era. Salió de Latinoamérica apenas comenzada la década de los ochenta, que es como decir que salió de África, una imprecisión ridícula muy europea tratándose de continentes en los que el nuestro cabe varias veces. Su acento era mixto, lo disimulaba con gran habilidad y además había hecho todo lo posible por contagiarse del de Madrid. Una pena. En

ocasiones creí detectar suavidades caribeñas en la música de su habla, pero se desvanecían enseguida. Decía que había tenido que abandonar su tierra por trava y por caníbal. La primera vez que me lo dijo me hizo mucha gracia hasta que me di cuenta de que ella no parecía divertirse, permaneció seria y a mí se me apagó la risa enseguida.

Mientras recorría sus estaciones de penitencia nocturnas, de la plaza de la Luna a Ballesta o Desengaño, un ratito a Valverde, que le proporcionaba clientes jóvenes y ansiosos, y una última ronda en Hortaleza con Reina, donde desembocaban los que no habían encontrado turno en Montera, solía comprar bocadillos o sándwiches en los bazares o en bares en los que la conocían para dárselos a las putas más jóvenes, chicas de Europa del Este a las que sus chulos las tenían toda la noche alimentadas con un par de bolsas de Doritos, gusanitos o algún otro aperitivo a veinticinco pesetas. Los proxenetas se le encaraban a menudo y se deshacía de ellos con facilidad.

—¿Me he metido en tu zona? ¿Has pagado tú el bocadillo? No, ¿verdad? Pues vete a tomar por culo, que te rajo de coño a boca, comemierda.

Esa fuerza de la naturaleza estaba a punto de cruzarse en mi vida para provocar un seísmo en ella.

—Qué mala cara llevas, maricón. —Las primeras cinco palabras que me dirigió Eugenia aquella noche en la calle Valverde—. Ven, acércate, que los viernes no muerdo.

Desde una mala experiencia que tuve el año anterior saliendo con unos tipos con los que nunca debí salir, que terminó conmigo llorando en la Casa de Campo después de aprender que algunos malnacidos llamaban cabestros a las putas trans, había comprendido que estaba mucho más cerca de aquellas señoras que de nadie que hubiera conocido jamás. Algunas de las mujeres que habían dejado una huella incomparable en mi vida, no necesariamente ligada a haberlas tratado demasiado, habían ejercido esa profesión. Lo que yo hacía en mis noches sagradas podía considerarse una forma de turismo de su ocupación, ofrecía

mi cuerpo a cambio de atención y validación en lugar de por dinero. También lo hacía como ceremonia de resucitación, yo qué sé, necesitaba sentir que seguía viva y no se me ocurría otra cosa que dejarlo en manos de los hombres. Esta comparación entre nosotras, por frívola que fuese, funcionó en mi cabeza un tiempo, me ayudó a encontrar un sitio, hasta que en lugar de observarlas e imaginar quiénes eran, hablé con ellas para hacerlas reales y bajarlas del pedestal de la idealización, que también es una forma de arrebatar la humanidad.

Confié en Eugenia desde antes de saber su nombre. Me acerqué tal y como me había pedido.

—Bueno, y a ti qué te pasa, maricón. —Lo preguntó y lo afirmó al mismo tiempo.

No supe qué responder excepto vaguedades.

—Nada, que es tarde y estoy cansada... cansado. Volvía ya a casa —mentí.

—Pa estar cansada tienes cara de acabar de enterrar a tu madre, marica. Anda, acompáñame a mi portal, que tengo ya el coño en los pies y los pies en el coño. Es aquí cerca, en Pelayo, al lado del Vulture.

—Ah, sí. Sé dónde es.

—Claro que sabes dónde es, mariconazo —dijo echándose a reír.

Se agarró a mi brazo y caminamos despacio. Madrid a última hora de la madrugada, justo antes del amanecer, era una ciudad hermosa. Sucia y retorcida, sin la vocación de amplitud de Berlín o de Barcelona, sin tanto amor por el aire, pero hermosa a su manera. La luz de las farolas, chocando con el gris constante de calzadas, aceras y muros, hacía que las cosas pareciesen fugazmente doradas. Era la ciudad en la que la fealdad encontraba su forma de seducir. Calles estrechas sin aparente gracia contenían pequeños tesoros de otros tiempos que sobrevivían nadie sabía cómo, tiendas de botones, droguerías que guardaban sus productos aún en cajoncitos de madera, placas conmemorativas en honor de personajes ya olvidados, pequeñas iglesias lóbregas con tallas religiosas que atraían devociones

inesperadas, cines en los que se proyectaba porno junto a chocolaterías frecuentadas por viudas alegres, Madrid era extraña y necesitaba recorrerse con minuciosidad para desentrañar sus secretos. Ajena a las monumentalidades, toda la reputación madrileña, toda su belleza, recaía en sus habitantes, que en aquellos años ya votaban mal pero seguían acogiendo bien. En los camareros de oficio que atendían con presteza pero no eran serviles, en las mil explicaciones, enrevesadas por exageradas, que daba cualquier madrileño a los turistas perdidos para asegurarse de que llegaban a sus destinos, en los otoños del parque del Retiro de criaturas recogiendo hojas muertas del suelo para enseñárselas a los desconocidos, en sus tejados negros repletos de mitología a los que nunca se miraba, porque Madrid estaba construida hacia abajo, pensada para mantener siempre los pies en el suelo. Me hacía sonreír la cacofonía de cierres levantándose y gente saludándose a primera hora de la mañana y me conmovía la modestia de lo que podía ofrecer como ciudad, tan lejos de otras mejor dispuestas, y su necesidad infantil de cautivar a quien la transitase. Solía volver caminando a casa porque amaba Madrid, me reconocía en lo difícil que era percibir su verdad, en su encanto esquivo y en lo conmovedores que podían ser sus recovecos. Una muere madrileña del mismo modo que muere trans. Por mucho que se empeñe en negarlo.

—¿No te encanta la ciudad a esta hora? —me preguntó Eugenia.

—Justo estaba pensando en ello, me conmueve mucho.

—*¿Conmueve?* Es una palabra muy bonita, me ha gustado que la uses, dime más de esas.

Nadie escuchaba como Eugenia, era la mejor alimentando el fuego de la conversación con las intervenciones precisas, añadiendo maderitos justo cuando hacía falta para que prendiesen despacio.

—No sé, bueno, suelo volver a casa caminando, vivo muy lejos de aquí y siento que la ciudad es mi cómplice cuando la recorro, me da más tiempo para estar a solas.

Estar sola, solo, me deja espacio para conmoverme, para emocionarme un poco, no sé, es una tontería.

—No lo es, marica, mucho te tiene que doler algo para que tengas esa mirada y hables así. Yo la tenía. No te voy a decir que se te pasará porque no hay magia que sustituya a querer hacer las cosas o no querer. Sí te digo que el mundo es bien cabrón, pero bien cabrón, y que está lleno de comemierdas deseando bajarte la alegría a golpes, eso ya lo sabes, pero hay cosas que están en tu mano. Deja de cargar con el maletín y usa lo que llevas dentro. Y si de momento te vale con caminar de noche y llorar como una cachorra, pues hazlo.

Los empleados de limpieza de las calles arreaban manguerazos a las aceras y hacían que el suelo brillase como si estuviera pavimentado con luciérnagas. Casi no pasaban coches cuando cruzamos Hortaleza y llegamos a Pelayo.

—Aquí es. ¿Quieres subir? Alcohol no te voy a dar y comida tengo poca. Te puedo hacer un colacao calentito que te va a sentar muy rico y luego te vas tranquila, tranquilo o como te salga del coño. —Me hizo el ofrecimiento ya quitándose las botas en el quicio del portal —. Ay, maricón, los pies.

—Otro día. Quiero llegar a casa cuanto antes, creo que hoy no caminaré, con este ratito contigo he tenido suficiente. Muchas gracias, ha sido muy agradable y me ha encantado conocerte.

—Suelo estar por donde me has encontrado y casi siempre termino en Hortaleza, pásate a verme alguna noche que salgas, si vienes a primera hora me encuentras en la plaza de la Luna y me invitas a un montadito. Pregunta por Eugenia o por la Moraíta a las chicas si no me ves. Normalmente hay una que se llama la Cartier, ella siempre sabe dónde estoy, pregúntale a ella.

—¿Y cómo sabré yo quién es la Cartier?

—Lo sabrás, te lo prometo.

LAS MOIRAS

Apoyada en el muro de la iglesia de San Martín de Tours, en el punto en el que muere la calle Desengaño y nace la de la Luna, Raquel, la Cartier, le daba las últimas caladas a un cigarro y terminaba una lata de refresco de naranja. Desde luego que la reconocí. Parecía una de esas mujeres cansadas y excesivas de los poemas de Baudelaire, una vieja viuda que se pone todas las joyas que tiene y todo el maquillaje del que dispone para salir a emborracharse por los cafés de Pigalle. Así pero segoviana. Llevaba siempre una tiara de plástico que defendía diciendo que era de plástico bueno-bueno, y una colección de collares vistosísimos de pedruscos de cualquier color. No le faltaban dedos sin anillos y las pulseras le cubrían la mitad de los antebrazos. Cada vez que movía las manos, y lo hacía mucho, provocaba un tintineo que sacaba de quicio a sus compañeras. También, cuando se la oía pero no se la veía, significaba que estaba haciendo un servicio en algún portal cercano; cuando aceleraba el ritmo, las chicas decían que la Cartier estaba a punto de aparecer porque se terminaba el villancico.

—¿Usted es la Cartier?

—Uy, usted, qué cosas tienes. Sí, soy yo, qué quieres, flor de loto.

Me echó un vistazo incrédulo, sabía distinguir a sus potenciales clientes y se ve que yo no le parecía uno de ellos.

—Perdone que la moleste, que te moleste, estoy buscando a Eugenia, me dijo que te preguntase a ti si no la veía por aquí.

—¡Hasta el coño me tiene la Moraíta, esa se cree que

soy yo su chambelana!

Me costó aguantar la risa ante el término *chambelana*, que por cierto me parecía un mote fabuloso que era una pena que estuviese libre.

—Mira, si no está ya aquí es que ha parado en el bar de la portuguesa, ahí en Hortaleza, al lado de la tienda de los cachas, ¿sabes dónde te digo?

La tienda de los cachas era un comercio de suplementación para culturistas, casi todo el mundo que pasaba por Chueca lo conocía.

—Sí, creo que me ubico. Muchas gracias, Cartier, que se dé bien la noche.

—Anda, como la Guardia Civil. —Me guiñó un ojo—. Gracias, chato. También me puedes llamar Raquel, o Raquelilla.

Enseguida encontré el bar que me había indicado y allí estaba Eugenia tomando un café y leyendo por encima un periódico manoseado y manchado de grasa. Le hizo ilusión verme entrar por la puerta y yo no pude evitar una sonrisa de pura paz. Desde nuestro primer encuentro había pensado mucho en ella y me había preparado para verla otra vez como si fuese a encontrarme con alguien de mi familia con quien compartiese un vínculo especial. Una de esas figuras maternales sabias, una madrina de las que transmiten aprendizajes importantes que se recuerdan toda la vida. Una mujer de la que aprender sin tener que hacerlo a escondidas.

—¡Pero bueno, chocho loco! ¡Qué alegría verte! Pasa, tómate un cafecito y paga el mío, anda, maricón.

Visitar a Eugenia se convirtió en una peregrinación obligatoria que me apañaba para cumplir al menos una vez al mes. Hacía coincidir nuestros encuentros con las noches en las que salía sola para procurarme mis propios misterios. Primero un café y una charla con ella, después lo que la noche quisiera hacer conmigo y yo con ella. En mi día todo empeoraba. El papel del buen chico se me hacía tumoración y con él la disforia me llevaba hasta fantasías de amputación, de modificación herrumbrosa de la carne, nada

que tuviera que ver con las bondades quirúrgicas o con la ayuda médica. Mi cuerpo se había desarrollado conforme a lo que le exigía por el día y nunca se me iba de la cabeza la posibilidad de tallarlo yo misma como una carnicera o de acabar con él. No era capaz de mantener conversaciones calmadas ni de controlar las emociones, en cada frase veía un ataque o una posibilidad de atacar yo. Mentía compulsivamente y no recordaba qué le había dicho a quién, no por falta de memoria o por andar poco espabilada, era por pura dejadez, en realidad me daba igual alejarme de las personas de mi vida diurna o que me tomasen por una hipócrita. Tuve algunas relaciones a modo de atrezo y me detestaba por ello. Mi humanidad, mi bondad, lo único que conservaba como verdaderamente mío en mis dos vidas, se estaba diluyendo y no hacía nada por evitarlo.

Eugenia me recordaba que era buena, Eugenia me domaba el tono hasta que lo dulcificaba como siempre debería haber sido, como estaba en mi naturaleza. Eugenia era mi asidero a lo que me hacía mujer y humana. Tomé por costumbre adelantar la hora de salida de mis escapadas, buscarla y arreglarme mientras cenaba con ella o bebíamos algo. Frecuentábamos los mismos bares, donde ya la conocían y acabaron por conocerme a mí. Me tomaban por algún parientito que le pedía asilo para mariconear de vez en cuando o por una aprendiz.

Llegaba con mi mochila a cuestas y lo primero que hacía era entrar en el baño del bar y cambiarme de ropa y de calzado. Después me sentaba con ella, pedíamos algo de comer, que solía pagar yo con lo que ganaba en los trabajos temporales que encadenaba mientras decidía qué hacer con mi vida, en definitiva, le quitaba tiempo de calle, y me maquillaba en la mesa, entre bocado y bocado. Hablábamos de todo. Me contaba anécdotas de su vida cuidadosamente escogidas para no desvelar más de la cuenta, eran cosas importantes, pero nunca descorría el velo del pasado por completo. Acabé por entenderlo, los pliegues de la memoria son traicioneros y pueden liberar recuerdos tan vivos que se

corre el peligro de quedar atrapada en lugares que una prometió no volver a pisar jamás. Sobre todo me hablaba de sus primeros años en Madrid, del tiempo que le costó encontrar su lugar, de la obsesión de los clientes españoles por esconderse cuando se iban con ella, le parecían niños asustados e irascibles incapaces de afrontar verdades humanas como el placer. Decía que en eso se reflejaban los años de dictadura, que todo el mundo le parecía pueril y desvalido, víctimas de un padre rígido y violento que necesitan mucho amor para superarlo pero que eran peligrosos porque su inmadurez llevaba adherida mucha rabia. Cuando yo trataba de indagar algo más profundo en su vida me esquivaba sin dificultad, con cariño. Mientras dejaba ir mis preguntas, se le ponía una mirada que me rompía el corazón, ojitos de bachata triste, de bailar sola en medio de un bar desvencijado. Nos reíamos mucho, me corregía los maquillajes y yo tenía que recordarle que me iba a bailar y a follar, no a trabajar con ella, que no me hacía falta pintarme como una flor venenosa para atraer zánganos.

—Ya se te caerá la cara abajo, hija de la gran puta —me decía—. Y te acordarás de mí.

Yo le contaba todo. Desde la segunda vez que nos vimos, en el bar de la portuguesa, supe que Eugenia era una presencia única y maravillosa en mi vida que debía cuidar. Si Jay, además de mostrarme una encantadora forma de amar, me había llevado de la mano hasta un instante de amor propio, de euforia, de vida perlada bajo el sol, Eugenia era una hechicera escuchadora, alguien a quien rezarle la avemaría de las travestis, la primera mujer que me oiría en confesión y que me devolvería palabras de consuelo, de enseñanza y de complicidad. Antes de que ella lo supiera la había adoptado como madre trans, como superiora travesti y como amiga. A veces se nos unía Raquel, la Cartier, y otra mujer divertidísima que se llamaba Paula, a la que llamaban la Chinchilla por su afición a los abrigones de pelo sintético. Paula había tenido malas experiencias con los *arreglitos*, así se refería a los

pinchazos de aceite de motor o de silicona en mal estado que se había puesto a finales de los setenta en un piso de la Cava Baja. Llevaba los estragos bien visibles en los pómulos, que ya se le habían transformado en belfas. Las entradas y salidas de comisaría cuando le aplicaban la ley de peligrosidad social tampoco habían ayudado a mantenerle la carita intacta. Era una mujer tierna y buena, la menos maliciosa de las tres aunque quizá la más sabia. No tenía edad ni condición física para seguir trabajando, tampoco donde caerse muerta, dependía de la ayuda de las otras dos y se turnaba para dormir en casa de una y de otra. Comía como un pajarito y siempre se llevaba la comida que le sobraba en los bares, incluso las tapas. Aun así, salía cada noche a trabajar con la cabeza bien alta y ánimo de copla. Era inevitable recordar a Margarita, mi Margarita, al contemplarla. La misma ternura, las mismas cicatrices y la misma dignidad. Pasado el tiempo me sentía muy avergonzada por aquellos pensamientos de fealdad y rechazo que me rondaban cuando de niña veía a Margarita. En aquellos bares de la frontera entre Chueca y Malasaña, después de aprender que la vida era algo mucho más extenso que lo que se veía desde San Blas, las dos me parecían el ejemplo de la belleza de las supervivientes y ni en cien vidas hubiera sido digna de parecerme a ellas.

Si Eugenia a solas era Medusa, las tres juntas eran las Moiras. Adoraba verlas tejer su hilo del destino, tan fuertes, tan graciosas, tan sabias. Tenían esa forma de discutir que contaba una historia de fidelidad inquebrantable, cuantas más barbaridades se decían más quedaba claro que matarían las unas por las otras. Eugenia siempre llevaba en el bolso un jarabe para la tos porque a Cartier le fallaban los pulmones por una infancia desnutrida, muchos inviernos en la calle y demasiado tabaco. «Anda, sapa vieja, tómate el jarabe, que nos vas a poner la merienda como sigas tosiendo», le decía. Y se lo daba ella misma con la cucharita de plástico que incluía el envase.

Con la costumbre, en alguno de nuestros encuentros,

Eugenia llegó a pedirme que le hiciera la coleta, me sentía como una camarera de la Virgen Macarena, no era poca cosa montarle la coleta a la Moraíta; si las botas eran su cetro de mando, la coleta alta era su corona. Una vez que me dejó tocarle el pelo supe que me había ganado su confianza para siempre. La peinaba en los bares, aprendí a hacerlo con bastante habilidad; mientras le manejaba el pelo nos mirábamos a través del espejo y nos contábamos lo que tocase aquel día. Peinar a la reina travesti era un acto de reverencia y de amor. Con las hebras de su cabello entre las manos me imaginaba un pasado en el que mi madre me trenzaba el pelo o me lo recogía. Me parecía que cuando las madres peinaban a las hijas se transmitía un amor intangible y una belleza sin palabras que no podía darse de otra forma. Como una prenda tejida por dedos torcidos de abuela lleva consigo la fragancia del tiempo y de los cuidados.

Me abrí a ella como no lo había hecho con nadie. Aunque le ocupaba mucho tiempo con mis confesiones, nunca me interrumpía y esperaba al final de lo que le contaba para darme un apunte, un consejo, quitarme la razón, decirme que me equivocaba o simplemente asentir. No era condescendiente conmigo y me recordó la importancia de la responsabilidad, de no dejarlo todo al destino porque el destino nunca fue amigo de las mujeres. Comprendía perfectamente mis miedos, mis mecanismos de defensa y mi dolor, los escuchaba y los honraba, pero no se detenía ahí y siempre añadía un más allá, un «¿y qué hacemos con esto?», una salida, por tortuosa que fuese. Sin mucha ceremonia me dejaba fragmentos de esperanza sobre la mesa de los bares. Eso no lo había conocido nunca.

Aunque jamás mencionaba con franqueza que le estaba contando mi vida trans, eso había quedado claro desde el principio. Eugenia me cuidaba concediéndome tiempo para buscar eufemismos. Me hablaba en femenino dejando la puerta abierta al juego del mariconeo para no hacerme sentir expuesta. Yo quería seguir hablándole y ofrecerme entera a su altar para obtener su bendición completa.

Pasaron meses, casi un año, hasta que sin más pesquisas que sus ojos de bruja, intuyó que mis defensas estaban tan bajas como para abordarlo sin merodeos. Estábamos en el bar de siempre, ella con su coleta recién compuesta y yo me maquillaba usando un espejito portátil que podía colocar en la mesa. Esperábamos a que nos trajesen una ración de bravas, que le encantaban, y un par de cervezas con limón.

—Marica, tú no puedes seguir así.

—Así cómo, Eugenia.

—Pues así, nena, ya lo sabes. —Aparté la mirada del espejito y la miré a ella. Prosiguió—: Que por mí te puedes joder al distrito entero así de maricón pintao, bien que haces, a tu edad no me quedaba yo un día sin aplaudirme las nalgas, no es eso, marica, no es eso. Es esa mirada que tienes, coño, que me asusta. Que si el día que te conocí te hubieras tirado debajo de un autobús, pues chica, otro maricón que no ha podido más, que las ánimas se lo lleven donde se lo tengan que llevar. Te hubiera puesto una vela y te hubiera olvidado. —Hizo una pausa cuando llegó el camarero con la bebida y la comida—. Me vas a perdonar, marica, pero a mí me duele que tú vengas aquí conmigo vestido como uno de esos que me llevo al culo en la calle Valverde, te metas en el baño y salgas como sales, meneando la cadera y con la voz cambiada. En diez minutos que estás ahí dentro, nena. ¡En diez minutos! Y no me asusta eso tanto como el camino contrario, el que yo no veo, cuando te quitas la pintura y los taconcitos y te compones otra vez para el otro lado. Eso es morirse, marica, eso es morirse.

Habíamos hablado mucho durante aquel año y la había visto casi de cualquier humor, pero nunca tan conmovida. No perdía firmeza, no le temblaba la voz, pronunciaba cada palabra con la mixtura justa de riña, preocupación y cariño pero le estaba costando más que de costumbre contener las lágrimas que acudían a sus ojos y que no derramaba.

—Yo sé lo que tú me has contado, lo he escuchado todo, lo comprendo, marica, cómo no lo voy a comprender. Pero tú no puedes seguir así, ¿crees que no me doy cuenta de

cómo te echas a perder de un mes para otro? Te veo subir y bajar de peso, cómo se te agachan los ojitos de china y lo que se huele, nena, que te abandonan las santas y las diablas, que no me escuchan cuando les pido por ti. Se me apagan los fósforos y más de tres no enciendo, que es mejor no tenerlas que tenerlas por la fuerza.

Yo no sabía nada de santas ni de diablas, pero ya conocía a Eugenia lo suficiente como para entender que era mejor no despreciar su relación con ellas. Había aprendido que si creía imprescindible añadirlas a la lista de preocupaciones por mí, ahí se quedarían junto a los demás temores.

—Eugenia, es que yo no puedo. No voy a poder nunca. Tengo mucho miedo.

—Es que da mucho miedo, nena, cómo no va a darlo, ¿tú les has visto ahí fuera? Pero qué alternativa tenemos, qué otra cosa se puede hacer. Dímelo, cariño, qué otra cosa podemos hacer.

Una conversación como aquella no hubiera podido tenerla nunca, con nadie. Las preguntas de Eugenia, sus afirmaciones, por certeras, me desnudaban por completo y no había nada en este mundo que temiera más que la desnudez. Enfrentarme a las verdades de mi carne y de mi alma juntas. Ella, mientras me hablaba, estaba consiguiéndome un lecho en el que aterrizar, un espacio cálido y penumbroso, sin las laceraciones del sol ni las ensoñaciones de la luna. Al fin un lugar en el que, desnuda y expuesta, pudiera descansar. Lloré, lloré muchísimo, me emborroné el único ojo que tenía maquillado y no pude parar durante toda la conversación.

—Yo hago mis noches —empecé a hablar titubeando, intentando sobreponerme al hipo—. Me busco un hombre, dos o tres. Lo que necesite hasta quedar vacía. No les utilizo, les devuelvo todo lo que me dan con creces, durante el tiempo que estoy con ellos imagino que me quieren, que morirían por mí, que soy una diosa, una reina, una sacerdotisa, una concubina. Yo moriría por ellos mientras me devoran viva o me dominan. ¿Sabes, Eugenia?

Encuentro tanta luz en esa sumisión. Es horrible reconocerlo y sé que mal se empieza si una, como mujer, pone su acceso al deseo, aunque sea fugaz, en manos de los hombres. Pero yo sola no puedo hacerlo. No soy capaz ni de tocarme en mi habitación. En cuanto me paso la mano por el pecho o la pelvis, me encojo como un gusano, Eugenia, pierdo la capacidad para fantasear, me quedo en blanco y tiemblo, como si me desapareciera el cuerpo, como si me fuese a algún vertedero cósmico al que se va cuando no se pertenece a ningún sitio. En cambio, cuando uno de esos benditos me pone la mano en la nuca y me mete la polla en la boca, o cuando les tengo dentro, me aparecen contornos nuevos, me dibujan un cuerpo que me gusta o que puedo imaginar que me gusta. No he conocido otra cosa. No he aprendido a definirme con palabras de amor y necesito que lo hagan unas manos que me desean. Dios, es bochornoso lo que te estoy contando, Eugenia. Me muero de vergüenza.

—Cariño, no es ninguna vergüenza. Donde no llega el orgullo llega un moreno panzón que te atraviesa viva y te recuerda por qué merece la pena seguir en este mundo. A mí no te me excuses, que a mi pueblo no llegó la liberación de las blancas. La cosa es la que sigue, ¿después de eso qué pasa? ¿Por qué te secuestras tú sola otra vez?

—Porque tengo mucho miedo.

—Eso ya lo sabemos, marica, pero eso que te haces es una tortura y no funciona. ¿Hasta cuándo vas a estar así? ¿Tienes algún otro plan? Porque este no está saliendo bien. Mírate, coño, si no puedes contarlo sin llorar. No se puede jugar a ser mujeres, nena, lo somos, no podemos evitarlo, tú eres la prueba. Ponerse maquillaje de medio mariconcito y mover el culo y los tacones un par de fines de semana al mes no es ser una mujer, es una vía de escape, una cataplasma, una frivolidad que sí, que libera un rato, que hace lo suyo y que a ti te cuesta la vida, lo sé y lo respeto, la he practicado, pero eso en ti es una feria. La mujer que llevas dentro, la de verdad, sigue atrapada entre paredes muy estrechas y se va a asfixiar. Y cuando se asfixie ella, te vas, marica, te vas. No te va a poder salvar nadie. Lo otro

no vale, el de la camisa y la voz grave no tiene un alma dentro, es un muerto que camina.

Realmente alguna magia asistía a Eugenia, la Moraíta, que le hacía ver cosas que nadie podía ver. Se había adentrado en ese mundo estrecho mío con las metáforas exactas y había sabido distinguir el cadáver que caminaba por el día. Eugenia me estaba reduciendo a polvo para darme otra vida después. Jugueteaba con mi hilo de plata y lo retorcía a su voluntad, leía en sus rugosidades e hilachas los detalles más pequeños que nadie sabía de mí. Lo estaba desenterrando todo. Paró para comer y beber un poco, se limpió la boca con una servilleta de papel y siguió hablándome:

—Has intentado de todas las maneras mantenerte macho, por lo que me has contado y lo que yo veo, pocas lo han intentado como tú, en eso te doy la enhorabuena, hace falta una determinación bien cabrona para llegar hasta donde has llegado. Veo cómo te desmoronas mes a mes, cómo se te hace ausente la mirada, ya te lo he dicho, marica, me asusta, y yo no me asusto nunca. No te digo que tengas que hacer algo ahora mismo, no te digo que tengas que hacer nada, pero sí que lo tengas en mente y dejes de jugar a las muñecas en el ratito de patio que te concedes en la cárcel.

—¿Y qué hago, Eugenia, por dónde empiezo?

—Por hacer esta pregunta, por ejemplo. No hace falta que salgas corriendo al médico mañana mismo, date tiempo para pensar si ese es tu camino. Que eso calma pero no cura. Tampoco te digo que reúnas a tu familia cuando vuelvas a casa y se lo cuentes todo, tú sabrás por qué no puedes hacerlo. A veces sorprenden, pero una sabe con quién convive, para bien o para mal. Eso no le incumbe a nadie, que de verdades están los bajos de los puentes llenos. Asúmelo tú, no como hasta ahora, que te atrevías a estar contigo misma por las esquinas y a escondidas, como los hombres cobardes que nos desean pero que preferirían matarnos antes de llevarnos agarradas del brazo por el parque. No seas tu propio chulo, marica. No dejes que un

cabrón te domine así. No te hagas eso. Esa es la sumisión que nos asesina. Desde fuera o desde dentro, la de los hombres cobardes. No la de los morenitos panzones que te agitan las tetas a tripazos. Si tú necesitas seguir siendo la Pomba Gira de los cuartos oscuros, yo estaré aquí para cenar contigo cada noche y ponerte flores en los pies, pero me encantaría que no lo necesitases, que lo fueses porque te da la gana, porque lo deseas y te lo procuras. Así todo sabe más rico, te lo prometo.

—¿Tú has tenido alguna vez uno de esos, Eugenia? Un chulo o un hombre así, dentro de ti o fuera.

—Sí, marica. Mi padre.

—Dios, lo siento mucho, Eugenia. ¿Y qué pasó?

—Que me lo comí. Anda, termina de cenar, que te sentará bien.

LAS ALAS DE LA CHINCHILLA

La noche que velamos a Paula, la Chinchilla, fue la única vez que probé comida hecha por Eugenia. La habían llevado al Tanatorio Sur, en el barrio de Carabanchel. Raquel se había encargado de los trámites para que Paula tuviera acceso a los servicios funerarios municipales. Durante la tarde habían pasado por allí algunas de sus compañeras, dos o tres clientes que conservaba desde hacía más de veinte años y Pepo, el camarero que le llevaba poniendo el manchadito de antes de irse a dormir desde que llegó a Madrid. Los hombres no estuvieron mucho tiempo, pasaron a presentar sus respetos y se marcharon enseguida, como si les apremiara la vergüenza. Eugenia había puesto unos platitos en la mesa de la sala con un arroz rojo que estaba delicioso, sándwiches de plátano y margarina cortados en cuatro porciones, a la inglesa, y unas uvas. A Paula la había encontrado Eugenia sentada bajo la lluvia en el escalón de un portal de la Corredera Baja, quieta, casi erguida del todo, sin más acuerdos con la muerte que la pura quietud. No terminó de llamarla por su nombre cuando supo que Paula ya estaba en el cielo de las travestis, a ningún otro sitio podía ir el alma de aquella bendita. Llamó por teléfono a una ambulancia y después se sentó a su lado. La inclinó hacia sí, colocando la cabecita muerta sobre su regazo, y de esta manera, acariciándole el poco pelo que le quedaba, mojándose bajo el aguacero, esperaron juntas a que llegasen los médicos, la policía y quien tuviese que llegar.

Además de la comida, Eugenia le había compuesto un altar que constaba de una foto de Paula en un marco al que había pegado unos claveles blancos. Justo delante, sobre la mesa, había dispuesto un par de monedas de madera, un

esenciero pequeño que mantenía encendido con una candelita, una vela de miel, una pluma de paloma y el hueso de un ala de gorrión.

—¿Le pongo una pulserita en el altar, que me hace ilusión? —preguntó la Cartier a Eugenia cuando nos quedamos las tres solas.

—No me hace gracia, Raquel, que las cosas hay que hacerlas de una manera.

—Bueno, mujer, qué daño le va a hacer una pulsera, le pongo una discretita.

—Venga, dame una, la roja esa que llevas en la izquierda.

—Ay, es que esta es buena, es de cristal-cristal.

—¡Maricón, te vas a poner rácana, coño, que está todavía caliente! ¡Dame la pulsera!

Quedó colocada colgando a un lado del marco; las cuentas rojas reflejaban pequeños destellos en la cara de Paula que cambiaban de tamaño y brillo según se moviese la llama de la vela. Era bonito.

La incineraron a primera hora de la mañana. También llovía y hacía mucho viento, Eugenia decía que eso era bueno porque el espíritu subía más deprisa y se despegaba de la tierra. Yo me imaginé a Paula, la Chinchilla, sobrevolándonos a todas, con un abrigazo de pelo blanco y unas alas inmensas.

Después de la incineración volvimos a Chueca en metro. La plaza que da nombre al barrio estaba aún recogida, sin más vida que algunos transeúntes escondidos debajo de sus paraguas camino a ninguna parte. Entramos a desayunar en el bar de la esquina con Augusto Figueroa, yo no había ido nunca y ellas no solían frecuentarlo. Era un bar como cualquiera, había unos cuantos clientes que tomaban despacio sus cafés y de vez en cuando mojaban un churro dentro o una tostada, lo hacían con la parsimonia y la calma de ser habituales, solo mirándoles se podía asegurar que el día anterior estaban allí a la misma hora, ocupando idénticos lugares y desayunando lo mismo. Se escuchaba la radio que, aunque no sonaba a gran volumen, se imponía a

las voces de los clientes, que casi no hablaban o lo hacían con suavidad. Pedí cafés y tostadas con mantequilla y mermelada para todas. Eugenia y Raquel no habían dicho una sola palabra en el trayecto de vuelta. Estaban cansadas y tristísimas. Yo lo estaba por ellas, por supuesto que me había encariñado con Paula y me dolió su muerte, pero en ese momento me preocupaban más las vivas. Las Moiras habían perdido su fuente de ternura, la que manejaba los hilos con cuidado y mediaba entre las dos furias. Además, Eugenia y Raquel habían perdido a su mayor, a su piedra de la paciencia, la que escuchaba los truenos y devolvía bondades. Ellas y otras habían compuesto una familia que se fue deshojando porque el tiempo es cabrón y no concede treguas. Pero las tres aguantaban viendo marchar a las demás, agarraditas del brazo, sosteniéndose unas a otras, creyendo que esa forma de quererse les libraría de volver a experimentar la pérdida. Paula estaba enferma, cansada y era mayor, su muerte era lógica pero no era justa. Nadie sabe lo que ama una familia travesti.

—¿Sabes lo que más me jode? —Eugenia rompió el silencio que nos estaba aplastando—. Que no fue feliz nunca. Nunca. No he conocido a una más desgraciada que Paula, mira que comemos mierda, pero como ella no he visto igual. Y no se merecía una vida así. No se la merecía. Nació miserable, la molieron a palos desde chica, vino a Madrid y no duró un mes sin que le aplicaran la peligrosidad y a la cárcel. Una y otra vez. Puta fuera y esclava dentro. La violaban los funcionarios, los ladrones, los asesinos, los terroristas, los chulos, los presos políticos y la madre que los parió a todos. De tanta paliza le reventaron el resto de la cara que no se había destrozado ella misma con los arreglitos de mierda. La de años que ha dormido en la calle mi Paulita y los días que ha pasado sin comer. No sacaba para vivir y mira que tenía estómago. ¿Tú la viste llorar alguna vez?, ¿estar de mal humor?, ¿triste? Pues yo tampoco, marica, yo tampoco. ¿Verdad, Raquel?

—En la vida. Va a hacer quince años que nos conocimos y todos los días, cantando coplas en voz baja y con el «ay,

mujer, no le des importancia» en la boca.

—Con vosotras parecía muy feliz —les dije.

Qué otra cosa podía añadir que no fuese una frivolidad. Su mundo era un mundo al que yo me había apenas asomado.

Aunque quisiese a Eugenia con todo mi corazón yo era una invitada, no un miembro de la familia, ni depositaria legítima de su legado ni conocía el lado amargo de sus preciosas vidas más que como historias puntuales que a veces me contaban. Era su hija pero ellas no eran mis madres. Eugenia me había salvado la vida o me la había enderezado un poco, como mínimo me había dado un motivo importante para dejar de hacerme tanto daño. Había aprendido mucho de ella, de ellas, eran mi primer aquelarre de mujeres al que pertenecer, sin distancias, sin escondites. Me hubiera gustado impactar en su vida de la misma manera, que el intercambio fuese justo, pero a su lado entendí que las hijas estamos siempre en deuda, que no podemos devolver lo que se nos da o lo que nos quedamos porque no es natural hacerlo. Nuestra misión es traspasar eso que recibimos a otras, las que sean. Aprendí que la genealogía, al ser un amor heredado, solo funciona en cascada.

UN REENCUENTRO

Era Navidad y yo tenía muchas cosas que hacer. Los últimos años me había buscado trabajos que poder compatibilizar con seguir estudiando a pesar de los fracasos. Iba remontando cursos tanto como me dejaba mi salud mental hasta que fui capaz de terminar el instituto y aprobar la selectividad con una edad en la que hubiera debido estar lejos de todo aquello. Se me planteó la posibilidad de prepararme una oposición, mis padres pensaban que si no tenía un asidero constante al que agarrarme, mi vida iba a ser un desastre. Quizá no sabían qué me pasaba, pero sabían que mi vida no iba bien. La idea del funcionariado me repelía del todo, no me veía capaz de afrontar un proyecto como el de preparar el acceso a un puesto así, ni comprometiéndome con nada para un futuro que aún veía en tinieblas. Trabajaba en lo que salía, juntaba algo de dinero, me lo gastaba y volvía a buscar algo. En lugar de aspirar a funcionaria me matriculé en Historia. Casaba con mis necesidades, eso o una filología eran la continuación lógica a mi amor infantil por los mitos y leyendas. En mi vida solo he conocido la perspectiva de pasado y la historia fue una forma de ser consecuente. Si era capaz de llegar, me especializaría en medieval; si no, habría arrancado otra hoja de mi vida e iría a por la siguiente hasta que no quedase ninguna.

Había reunido algo más de dinero de lo habitual trabajando en una cuadrilla de mudanzas. Era duro, pagaban bien y no había mucho tiempo para socializar, aquello se hacía a destajo e íbamos de una casa a otra muy deprisa. Cargábamos, descargábamos y vuelta a empezar. Al final de la jornada nos daban un sobre y al día siguiente, a la misma hora, o no. No había contrato y no había

compromiso.

Estaba muy lejos de encontrarme bien, pero la conversación con Eugenia había despejado dudas y caminos. Decidí dejar de hacerme tanto daño y rebajar las exigencias de mi armario. Intenté hacer las paces con mi cuerpo usándolo, agradeciendo su funcionalidad y su capacidad para hacer cosas difíciles, pero el perdón aún me quedaba muy lejos. Ese telón entre mi carne y yo debía permanecer echado, si le prestaba atención a lo que había detrás la debacle era segura. Solo había una forma de comunión con mi piel y era la de siempre, lejos del sol y sus mandatos.

Mis relaciones diarias seguían siendo un desastre pero había despejado mi círculo de conocidos hasta alcanzar una soledad casi apacible. Menos gente a mi alrededor significaba menos escenificación, solo había un par de amigas, al fin amigas, a las que, con mucho empeño, podía ver confiándome en un futuro. Al menos en su presencia no tenía que poner en marcha el número completo del muerto viviente.

Aquel fin de año quería hacer buenos regalos. Los de casa los tenía comprados y bien guardados, pero había uno que me hacía mucha ilusión. Me había propuesto renovarle las botas a Eugenia, retirarle las que usaba, hacerles un mausoleo si eran capaces de mantenerse de una pieza y darle a la reina un cetro nuevo. Encontré unas muy parecidas en Chocolate, una tienda que surtía de calzado a drags, strippers, putas, travestis, mujeres trans, maricones y a cualquiera con el suficiente poderío como para ponerse taconazos como los que vendían. Elegí aquella zapatería por su estilo, no por sus tallas grandes; Eugenia era menuda y tenía un tamaño de pie pequeño. Fui a comprarlas como correspondía, sin mentiras, eran un objeto importante y no quería que les cayera ni una mancha de hipocresía encima. Eran para Eugenia.

Con muchas precauciones y muy asustada quise que los consejos de Eugenia no se quedasen solo en un proceso de sanación interna. Esta no podía darse solo con palabras,

requería acciones de reparación, había adquirido una deuda inmensa conmigo misma que seguía creciendo y que convenía ir rebajando, así que comencé a conquistar el día. Había ido acumulando ropa de mi gusto como una hormiga, una falda rebajada un día, un vestido largo de liquidación otro, zapatos de tiendas góticas, que eran espacios que descomplicaban el género como no lo hacía nadie en la moda de finales de los noventa, y cosas así. Seguía las mismas rutinas que por la noche: salía de casa con la mochila cargada, me desplazaba hasta el centro de la ciudad, a los bares que estaban acostumbrados a mis cambios de vestuario, me maquillaba tomando un par de cafés y me iba a caminar bajo el atardecer.

La primera vez que pisé la calle vestida y maquillada sin ambigüedades, la primera vez que me presenté del todo como una mujer en público, sin vías de escape estéticas que pudieran usarse para justificar mi aspecto como una masculinidad femenina, fue un momento de poder en el que no hubo inercia ni miedo que pudiera frenarme. Nunca me había sentido así. La euforia que había conocido la noche que me confesé ante Jay volvía multiplicada por cien, era una euforia adulta, una felicidad que se imponía a cualquier mirada que pudiera recibir, por una vez en la vida sentí que estaba por encima del odio, de la vergüenza y de los prejuicios. Quería estar ahí mismo más que en cualquier otro sitio, quería ser yo sin fantasear con transformaciones feéricas. Cada taconazo contra el suelo era una canción victoriosa y me parecía que los astros se alineaban para concederme un pedazo de divinidad. Estaba viva y empujaba a mi propio corazón para que siguiera latiendo en lugar de arrastrarme con él y esperar indiferente a que se detuviese. Lo que para otras era una imposición que comprendía a la perfección desde el otro lado estaba siendo una conquista. Las mujeres no éramos abejas que se alimentaban del mismo néctar; liberarse, abrirse al mundo, reclamar el espacio que se nos debía podía hacerse desde posiciones muy distintas y todas eran

buenas. La mía era así, femenina y orgullosa.

La primera vez que me vi en el reflejo de los escaparates o de las marquesinas de las paradas de autobús, aunque seguía teniendo miedo, fue todo adrenalina y firmeza. El ritual que implicó vestirse, maquillarse y presentarse al mundo fue una suerte de transustanciación. El paso de una vida fantasmal a la corporeidad.

Hacía falta mucho valor para componerse ante el espejo como una se entendía a sí misma y trasladar esa intimidad al espacio público, requería todas las fuerzas que tenía disponibles. Por esa exigencia monumental, con muy poco se podía hacer mucho daño. Nunca me sentí tan fuerte y tan vulnerable al mismo tiempo. Cómo algo tan hermoso, algo tan personal y tan extraordinario que compartir con el mundo, un hecho que vibraba de pura alegría, podía ser percibido con tanta maldad ahí fuera.

Sucedió varias veces, no demasiadas, aquellas salidas suponían poner en marcha una variedad de protocolos de seguridad que requerían condiciones muy concretas que no se daban a menudo. Pero sucedieron y una parte de mí tenía la esperanza de deshacerse del cadáver que me recubría más pronto que tarde. La oscuridad seguía ahí y el autodesprecio también, pero ya había probado el aire fresco, un aire que me había procurado yo misma pataleando como una bestia desde las profundidades y al que no quería renunciar, aunque fuese en dosis pequeñas y separadas en el tiempo.

Mis noches, en consecuencia, mejoraron. Como me había pedido Eugenia empecé a contemplarlas desde el deseo, desde el capricho, no tanto desde la necesidad. La urgencia se atenuaba ligeramente y quedaban el banquete y el pacto divino entre los hombres y yo.

Las botas eran perfectas. Por encima de la rodilla, con un tacón que era un colmillo de gorgona, brillantes como el petróleo y bastante más cómodas que las ruinas sobre las que caminaba cada noche mi Moraíta. Me envolvieron la caja, que era enorme, con el papel de regalo más ordinario

que había visto en mi vida y le colocaron un lazo de encaje fucsia en una esquina. Era perfecto. Quise besar a la dependienta.

Salí con la bolsa desde la calle Hortaleza, donde estaba la zapatería, hacia la Gran Vía. Me apetecía dar un paseo largo, había anochecido pronto y hacía frío, que eran mis condiciones ideales para caminar. Llevaba unas botas de tacón ancho, un vestido negro ajustado, de corte sirena, y un abrigo negro tres cuartos. Me había dejado crecer el cabello y ya podía hacerme un moño pequeño al que se le soltaban los mechones de la parte delantera del pelo que aún no llegaban al largo necesario para quedar recogidos, me gustaba el efecto. Me había ahumado los ojos con un negro muy intenso y llevaba los labios oscuros, del burdeos que adquieren las rosas rojas cuando se pudren.

La ciudad estaba a rebosar de gente que había salido a comprar y a pasear. El invierno sentaba bien a los madrileños, tomaban el centro solo por el placer de hacerlo, en realidad la mayoría de las compras podían hacerse en cualquier barrio de Madrid; acercarse al centro era una tradición que no requería un gasto extra, era el momento de pasear, visitar los puestos de la plaza Mayor, pasar por Sol, burlarse del impenitente repelús de Cortylandia, recorrer Montera y Gran Vía hasta Callao, pasar un poco de frío y aliviarlo entrando en las cafeterías de la zona con la excusa de ir al baño. Los escaparates relucían e iluminaban la ciudad con ese aire cursi y exagerado que tan bien le quedaba. Su piel siempre había sido gris y carecía de los juegos de texturas de otros lugares mucho más hermosos, en Madrid había que fiarlo todo a lo que se añadía al espacio: los árboles, las luces, el antiguo carácter de sus vecinos, cosas que no servían para embellecer una urbe pero sí para hacerla confortable. Madrid era ese sofá que necesitaba cambiarse por estar desvencijado pero que resultaba tan cómodo y cargaba con tantos recuerdos de los habitantes de la casa que nadie se decidía a darle la patada y se arreglaba con una funda nueva detrás de otra. Desde mis ojos maquillados, desde mis tacones, desde mi vestido

negro, libre por un momento de la tarea de ir cargando con un muerto, libre del peso de una luna que, de vuelta de aquellas noches en el jardín de las delicias, lo iluminaba todo como si fuese un teatro de la muerte o una mascarada macabra en la que caminaba para estar sola, aquellas calles que había recorrido tantas veces se veían diferentes, nuevas, reales. Me cruzaba con personas de carne y hueso a las que podía mirar a los ojos y ver vida en ellos.

Mi existencia hasta entonces había consistido en colocar a todo el mundo una máscara para que armonizase con mi necesidad lacerante de ir oculta. Una *commedia dell'arte* monstruosa en la que no se podía tocar nada, en la que todo era disfraz y guantes blancos. En ese momento, desnuda de mentiras, vestida de mí, algunas personas me daban miedo y percibía el desprecio en ellas, pero lo hacía sin tener que interpretarlo, sin escucharlo a escondidas, sin esquinas de la conciencia en las que retraerme. Miraba a la vida de frente y desde arriba, expuesta de un modo orgulloso, mostrándome al completo y viviendo la experiencia íntima más auténtica posible, ahí, en el centro de Madrid, a la vista de miles de personas iluminadas por neones de Navidad. Ya no caminaba sola.

Se me hacían pequeñas las calles y cuando llegué hasta la plaza de España decidí seguir adelante, ni la mochila ni cargar con las botas de Eugenia me pesaba tanto como para plantearme parar. Necesitaba seguir llenando mis pulmones de aire.

La frontera que plaza de España suponía entre Gran Vía y la calle Princesa se hacía obvia en cuanto se atravesaba la plaza de los cubos. El ritmo de la ciudad bajaba, los sonidos se atenuaban y había menos gente paseando. Era una frontera de clase. Gran Vía no era un lugar en el que se vivía, acaso en las calles y barrios adyacentes, que antes de la gentrificación estaban entre los más pobres de Madrid. A Gran Vía se iba, acudía gente de cualquier parte de la Comunidad, que acababa volviendo a su barrio o a su pueblo a la hora oportuna y que tardaba en volver a pisar el centro.

El oeste era otra cosa, zona conservadora, pudiente y poco dada a mezclarse con el resto de la ciudad excepto para colonizarla si había algo de su interés. Tenían infraestructuras de sobra y una oferta comercial propia que les hacía no tener que soportar en sus colas de caja a gente de los que ellos consideraban peores barrios. El tramo de Princesa que desembocaba en Moncloa era agradable de pasear, todas las zonas de clase alta lo eran, las calles eran más amplias, y como sus moradores se permitían el capricho de comportarse como les venía en gana cuando salían de su barrio, dentro de él, el civismo solía ser intachable. Siempre y cuando no detectasen que no eras de los suyos.

Una cosa que sí había aprendido enseguida paseando como mujer era llevar los auriculares puestos sin música, para que me dejasen tranquila y al mismo tiempo poder estar atenta. Las distancias lógicas de cortesía no se aplicaban a las mujeres, a las que se podía interrumpir o avasallar con libertad sin que esto conllevase los problemas de comportarse así con un hombre.

¡Aquella noche estaba tan contenta! Me percibía guapísima y había encontrado el regalo perfecto para alguien a quien adoraba, así que decidí ignorar las precauciones habituales y ponerme un par de canciones para la parte final de mi paseo. La idea era llegar hasta la calle Fernández de los Ríos, que conocía bien porque allí estaba la casa en la que mi madre trabajaba de limpiadora, cocinera y cuidadora para una familia de militares, remontarla hasta el final y subirme al metro en la estación de Iglesia para volver al barrio.

Sonaba *This Charming Man* cuando entré en la calle, iba sonriendo y un poco borracha de euforia, notaba el vestido rozándome la espalda y el pecho; se parecía al subidón de meterse en la cama cuando hace mucho frío y hay que calentar las sábanas con el cuerpo, esa sensación que anticipa la comodidad que está a punto de abrazarte y que provoca un pequeño ataque de risa. Me costó inhibir una carcajada de pura felicidad.

El primer impacto fue confuso. No me dio tiempo a pensar, ni a ubicarme. Mi cuerpo se vio desplazado de izquierda a derecha como si un caballo invisible tirase de él. Rodé por unas escaleras a cámara lenta, el tiempo parecía estirarse y encogerse sin sentido, la adrenalina lo manipulaba a su antojo y me parecía estar sumergida en un sueño raro. Terminé de rodar y noté un dolor punzante en las costillas, otro, y otro más. Apenas pude levantar la cabeza pero vi con claridad cómo alguien que llevaba media cara tapada con una braga me pateaba el costado con unas botas militares. Los golpes empezaron a llegar desde todas partes y enseguida dejó de doler. Se me habían caído los auriculares pero los llevaba bien enganchados al abrigo y escuchaba la música lejana, como detrás de una cortina gruesa. Me cubrí la cara y traté de encogerme, pero los golpes hacían su trabajo y mi cuerpo dejaba de pertenecerme.

«Ah, a jumped-up pantry boy. Who never knew his place...»

Intenté levantarme dos o tres veces pero las piernas se me aflojaban como si no tuvieran articulaciones. Correr nunca fue una posibilidad. Pensé en las botas de Eugenia, ojalá se hubieran quedado atrás, en las escaleras, y estuviesen intactas. Le hacían mucha falta. La boca se me llenó de sangre que no pude tragar y me provocó una arcada, la vomité toda de rodillas, intentando sostenerme el torso plantando los codos en el suelo.

—¡Va a echar el hígado el maricón este! ¡Dale ahí!

Todo discurría muy despacio, me daba tiempo no solo a pensar, sino a divagar. La voz que animaba a sacarme el hígado a patadas me resultó familiar, pero enseguida se mezcló con la de los demás, un grupo de más de siete hombres pero menos de diez. Desde el suelo casi todos estaban a contraluz y no pude contarlos.

La ropa se me subió casi hasta el pecho, tuve frío, eso significaba que ya no me estaban pegando; uno de ellos me acercaba el extremo de un bate de béisbol al culo y les decía a los demás que si me lo metía entero.

—No jodas, qué asco, que luego te lo llevas a casa lleno

de mierda de maricón —le respondió otro.

Siguieron a mi alrededor un buen rato, intenté sentarme o volver a colocarme de rodillas pero uno de ellos me ponía una bota en la cara y empujaba para mantenerme tumbada cada vez que lo intentaba.

—¿Dónde vas, puta? Todavía tenemos que ver si te matamos.

Dentro de mí escuchaba portazos, golpes como de madera chocando. La esperanza se me desvanecía como si se fuesen apagando uno a uno los focos de un teatro. Un demonio solar me estaba esperando al otro lado de la sangre para reírse de mí.

«I would go out tonight. But I haven't got a stitch to wear...»

Vi la cara de Eugenia frente al espejo iluminada por una vela, la vi empalidecer y escupir sangre; me vi, vestida como todo un hombre, dándome la espalda y desaparecer caminando calle abajo mientras silbaba una canción infantil; vi a la luna, vi su rostro, vi su guadaña y lloraba por mí; vi un corro de muertos intentando hablarme con sus bocas sin lengua; vi a mis hombres-dragón bailando como si fuera la última vez, les vi besarse, les vi desnudarse, les vi entregarse unos a otros sobre un lecho de flores; vi mi vida entera alejarse de mí, vi a todas las mujeres del mundo diciéndome adiós, vi a mi hermano, el penúltimo hombre bueno bajo el sol, buscándome en la niebla, vi a mi madre llorar volcada sobre mí, cubriéndome con su cuerpo, despeinada, con los ojos hinchados, babeando y sin poder gritar mi nombre porque no tenía uno.

Lo último que vi, antes de desvanecerme en la oscuridad, fueron unos ojos pequeños, azulísimos y rasgados ponerse a la altura de los míos.

—*Sieg Heil*, puta. —Un lametón caliente en la mejilla, un golpe en la mandíbula. Después, la oscuridad.

—Cómo te pasas, Marra.

«He knows so much about these things...»

Y nada más.

*

Cómo se narra la nada, cómo se hace memoria de una vía muerta, cómo. Me lo quitaron todo y no quedó brasa que avivar. Se acabó el aquelarre, se acabó el orgullo de los tacones, el armario se cerró sobre mí como un ataúd. Adiós a todo eso. Adiós a mi vida. Desde una profundidad que superaba cualquiera en la que hubiese permanecido antes, escuchaba moverse a las esferas pero no podía verlas, escuchaba la danza de las mareas pero no participaba de ellas. Ahí abajo, donde no llegaba la luz, donde solo quedaban iridiscencias tramposas, me conformaba con hacer de ellas mi cielo y estrellas. Todas las voces llegaban amortiguadas al abismo, las preguntas no tenían rostro ni propósito y a todas respondí que sí. En aquella salvaje oscuridad se movían potencias que no comprendía y caían cuerpos muertos arrojados desde la superficie de los que me alimentaba con hambre de pez abisal horrendo. La carne se me enfrió, el corazón era inercia y vaguedad, estaba, también, detenida en un llanto interminable que no alteraba las ondas del vacío, mi amante era el silencio y me daba asco. La luna tampoco llegaba hasta allí, ni las tiranías del sol, no se puede contar la nada. No se puede.

Nadie pudo mirarme a los ojos en ese tiempo. A nadie le importaba tanto como para descender hasta donde se olvidan los nombres. Si hubiera podido intercambiar una mirada, una sola mirada, habría tenido motivos para extender mi mano al vacío esperando que alguien la tomase. Pero no fue así. Sí llegaban las pesadillas: luces titilantes, capas blancas y cristales sobre mi piel. Más preguntas a las que decir que sí. El rostro de mi hermano buscándome desesperado en la superficie de un océano que no comprendía. Otros rostros a los que decir que sí a todo. Sí, a todo. La intuición de que alguien estaba ocupando mi lugar y se dedicaba a desordenar mis cajones, mi habitación,

mi carne, mis afectos.

La naturaleza de las profundidades es la que es, no se le puede pedir al abismo que sea otra cosa que una oscuridad que se lo traga todo, una en la que las pesadillas son fosforescencias que también se diluyen en el tiempo, una que digiere la bondad.

Si la superficie de la nada se puede recorrer, comencé a hacerlo como se mueve el moho o como lo haría un coral bastardo que se alimentase de negrura. Un paso en dirección a ninguna parte, dos pasos, tres pasos arrastrando los pies y dejando surcos en la arena fría, sorteando cuerpos consumidos con mis dientes de plata enferma, más pasos sin memoria y sin conciencia. Ascendí a tientas por muros desconocidos con salientes que arañaban mi carne, hasta que llegué a zonas de aguas menos turbias en las que la luz se intuía en un arriba que pude reconocer.

Pataleé. Pataleé por instinto, por furia, por hambre, por venganza, por amor, porque no podía morir así, antes en la memoria del mundo que en mi propia conciencia. Ascendí, más arriba, más arriba, más azul, más juego de luces. Notaba el agua templándose y acariciándome la piel, dándome la bienvenida. Casi podía rozar la superficie como si fuese un cielo prometido, vi rostros fantasmales esperándome, vi a contraluz la silueta de un cuerpo muerto que se mecía, lo alcancé, lo atravesé, me metí dentro y di una bocanada de aire que casi me revienta los pulmones. Abrí los ojos.

Y pasaron trece años.

LA PIEL FRÍA

Casi no lo pisaba nunca, en el mejor de los casos apenas una visita mensual a mis padres, pero fui testigo constante de los enormes cambios que se produjeron en San Blas. Había envejecido y no quedaba rastro de su vida en la calle. Se había residencializado al gusto de los gobiernos conservadores, vendiendo un aburguesamiento ficticio en forma de ampliaciones urbanísticas con piscinas comunes en la periferia. Al corazón del barrio no habían llegado tales construcciones, pero se habían copiado los modos de vida que conllevaban y sus aspiraciones. La mayoría de los viejos bloques de viviendas se habían demolido años atrás y habían reubicado a los vecinos, mis padres incluidos, en edificios más altos, de ladrillo naranja, con portales y descansillos amplios. Las viviendas eran mucho más espaciosas que las que habían dejado atrás, de dos o tres habitaciones, paredes de cartón yeso y cocinas en las que cabía una mesa pequeña para comer.

Ya no era aquel vecindario que podía ser brutal y tierno. La heroína había hecho su trabajo y se había retirado como una marea tóxica. La mayoría de las vecinas de mi memoria habían muerto o eran tan ancianas que ya no reconocían sus propias calles. Las redes de pequeñas atenciones se habían ido descosiendo con cada funeral, las nuevas familias apenas se dejaban ver en los descansillos, en los portales o en las pocas tiendas que quedaban. Mi generación y alguna de las anteriores, las que debían tomar el relevo y mantener cierto espíritu de barrio, se habían quedado por el camino. De ellas solo quedaba la memoria que guardaban sus padres, cansados ya de llorarles. El paradigma había cambiado y la vida sucedía de puertas para adentro, esto no era ni bueno ni malo, acaso un poco

triste desde la perspectiva de una vida en comunidad, pero toda vista atrás tiende a dulcificar situaciones que no dejaban de ser amargas. Era cierto que la conciencia de clase había menguado y que una no podía esperar volver a ver un barrio unido y defendiéndose de las maquinaciones patronales o de los abusos de las políticas de derechas que ya habían devorado la ciudad entera. Si podía agitarse el espantajo de la nostalgia, esa era la opción segura, la de la solidaridad obrera. Y ahí terminaba.

La crueldad se había rebajado y, sin ser un paraíso de convivencia, al dejarse un poco más en paz, otras vidas queer florecían donde antes no había opción. Ni eran muchas ni eran obvias, pero ahí estaban, viviendo de puertas para adentro pero con la opción de ocupar una pequeña parte del espacio público si se daba el caso. Era muy amargo comprobar que, al menos allí, no se podían tener las dos cosas y que ser diferente era algo que necesitaba de cierto aislamiento para levantar cabeza, que había que buscar las alianzas en otra parte. Si con cinco años me preguntaba por qué las mujeres no parecíamos formar parte de «los compañeros», como mujer trans, como maricón en la práctica, lo había asumido casi con naturalidad. Había desarrollado mi conciencia obrera sabiendo que ellos y ellas, mis iguales de clase, mis compañeros, me dejarían caer las veces que hiciese falta antes que adaptar una parte de la lucha común para hacerme un hueco.

Había terminado mis estudios y dejado de saltar de trabajo en trabajo. También me había independizado, si a compartir pisos entre tres o cuatro personas se le podía llamar independencia. Llevaba diez años siendo librera, una ocupación mal pagada y con horarios demoledores que me permitía vivir a duras penas en un Madrid que no dejaba de hacerse hostil para los pobres. Ser librera no me hacía la persona más feliz del mundo pero me permitía mantenerme apegada a la palabra escrita, a las vidas de otras, reales o legendarias, que es lo que necesitaba al carecer de una propia. No era especialmente buena en mi desempeño pero

tampoco era la peor, hacía mi parte logística lo mejor que podía y creo que era capaz de transmitir algo de amor por las historias que me parecían conmovedoras. Ningún otro magnetismo me asistía. Nunca fui como las libreras de las que aprendí, que adivinaban las necesidades de los lectores en cuanto entraban por la puerta y parecían hablar un lenguaje distinto que contenía todas las historias. Yo amaba los libros tanto como ellas, intentaba aprender ese lenguaje de la seducción, pero la inteligencia y la perspicacia que se necesitaban para dominarlo no eran dones que se me hubieran concedido, así que las escuchaba y vivía la profesión a través de ellas. Hice lo que sabía, asomarme a un mundo que no era mío, dejarme impregnar por lo que podía tocar y mirar desde una distancia prudencial lo que no. Mi vida no era vida, pero en la librería tenía todas las historias a mi alcance, fantasías interminables con las que alimentar mi capacidad infinita para anhelar. El trabajo me mantenía ocupada, quieta y sobre todo lejos de San Blas, la vida entera me dolía y no había calle que no me provocase una fricción insoportable, especialmente las de mi infancia y adolescencia.

No recuperé nunca las botas nuevas de Eugenia, no se las llegué a dar, no la volví a ver como tampoco me volví a verme a mí misma. El mundo de Eugenia era el mundo de las mujeres, del que se me había expulsado para siempre. Pensar en retomar mi vida en el mismo punto que la dejé en las escaleras de los bajos de Argüelles me cortaba la respiración, me hacía presagiar una siguiente corrección y ya había tenido suficiente. Aquella noche me arrancaron las vísceras y las desperdigaron por el asfalto para dar de comer carne trans a las pobres ratas. Estaba hueca, más allá del miedo, sometida. Era una mujer y eso no se me podía extraer como si fuese un tumor, pero sí se podía inhibir si se aplicaba la suficiente presión. Y eso hice yo misma. Aplicar presión y cerrar mi celda por dentro.

La cosa es que las mujeres somos tenaces y de vez en cuando arrancaba las paredes de mi encierro, daba patadas a los muros, gritaba y me arrancaba el pelo como una

bacante a la que habían desalojado de las faldas del monte Citerón para arrojarla a una mazmorra sucia. Esto solía terminar en las urgencias psiquiátricas que quedasen más cerca, coleccioné informes en los que se me diagnosticaban diferentes dolencias mentales que nunca coincidían. No me hacían preguntas, me drogaban, me dejaban descansar unas horas y me permitían salir al día siguiente acompañada de mi hermano. Que siempre estaba ahí para recoger mis restos cuando le necesitaba, silencioso, tierno y frustrado por esa lejanía que yo le imponía y él no sabía sortear. Lo único que podía hacer por mí era devolverme a mi vida y esperar a la siguiente debacle como un ángel de la guarda al que le ha tocado un mal destino. Siempre le quise muchísimo y le extrañaba aun teniéndole cerca.

Como existen pocas fuerzas en el universo más poderosas que la inercia, la mía, lunar, me llevó a intentar beber unas últimas veces de la que había sido noche tras noche mi fuente de vida, pero los hombres-dragón no aceptaban del mismo modo mis ofrendas. No me presentaba como debía, no era la misma y obtenía otras liturgias. Descubrí que la belleza con la que había llegado a percibirme en el pasado no era un don que mis amantes me concedían a mí, era lo que yo hacía con lo que dejaba salir aquellas noches, dependía de mí, de cómo me movía, de cómo me endiosaba y de la forma tan hermosa en la que me sometía. Las manos que antes aceptaban una delicadeza sucia, las caderas que se adaptaban a la feminidad rampante que les ofrecía, no bailaban conmigo de la misma forma; en el instante en que me di cuenta de que en aquella intimidad era un hombre como los demás, que no quedaba rastro de mí, que me deseaban por las razones equivocadas, quise desaparecer, hacerme líquida y precipitarme por algún sumidero, ser material de desecho. La fuente estaba seca y tuve que decir adiós a los dragones con el corazón roto y la piel fría.

Tiré a la basura toda mi ropa femenina el 2 de febrero del año 2000 y era evidente que me había deshecho de algo más que de faldas, vestidos, medias y zapatos. Me quedé

delante del cubo de basura hasta que se me durmieron las piernas del frío. Recuerdo la aguanieve derritiéndose en mi cara y resbalando por mi recién rapada cabeza. Cuando ya no pude temblar más, me fui de allí y no miré atrás.

Me humillaba no tener la determinación suficiente para suicidarme, no ser capaz de alcanzar ese estado de valor último que me librase de todo mal. Me humillaba tener la convicción absoluta de que me esperaban años de dolor y pura nada antes de que todo acabase.

VOLVER

En marzo de 2012, con treinta y cuatro años, tuve que volver a San Blas por ser incapaz de mantener yo sola un techo en el que caerme muerta, aun con un contrato indefinido a jornada completa. Fue demoledor. No tanto por el orgullo adulto machacado ni por la sensación de fracaso que suponía verse en una situación así. Me pesaba mucho más lo personal que lo generacional, ver el mundo descomponerse por la avaricia y la crueldad capitalistas me afectaba pero no estaba lo suficientemente viva como para que me rompiese un ego que tampoco tenía. Volver a San Blas era terminar de enterrarme, cerrar un círculo del que nunca había tenido posibilidad de salir más que como la tortura de una entidad solar que disfrutaba viéndome sufrir. Cada vez que había probado una bocanada de aire fresco se me había aplicado una corrección desmesurada y lo que quedaba de mí era justo eso, una existencia corregida que tenía la espalda combada de tanto obedecer.

Mis padres me recibieron con cariño y parecían encantados de tenerme allí. Lo estaban y yo se lo agradecía. Me miraban con ternura y con tristeza, y entre ellos como si ya lo hubieran hablado y supieran desde hacía tiempo que algún día tendría que volver a casa. Yo era la cría débil, el palomo cojo.

Me pasaba el día fuera, entraba a trabajar a las diez de la mañana, tenía un par de horas para comer a mediodía y terminaba la jornada a las ocho y media, que siempre acababan siendo las nueve menos cuarto. Veía a mis padres a la hora del desayuno y de la cena. Los fines de semana, el día y medio que me quedaba libre al trabajar también los sábados por la mañana, solía pasarlos encerrada en mi

cuarto leyendo o viendo películas, yéndome a correr de forma compulsiva para aliviar la ansiedad, hasta dos veces el mismo día o dando largos paseos por el cementerio de la Almudena. Procuraba devolver la hospitalidad y los cuidados que me proporcionaban con el mismo amor. El que me quedaba. Rompía el aislamiento tanto como me permitían las fuerzas, empezando por fregar el baño y darle usos al estropajo, que es como de verdad se demuestra el amor y el respeto en una casa. Trataba de no saltarme ninguna comida con mis padres y dedicarles algún ratito de vez en cuando. A ellos más que a nadie les había ocultado mi vida entera, de ellos había escuchado las primeras frases que me habían convencido de ser una criatura torcida, alguien que debía esconderse debajo de otra cosa, pero me querían como bestias y siempre supieron transmitirlo.

Que dos contrarios pueden darse al mismo tiempo es algo que se tarda en aprender pero que desata muchos nudos cuando se hace. Mi madre me vigilaba como una leona vieja en tiempos de sequía, acercándome hacia ella con la pata, poniendo el cuerpo y dándome lametones en forma de suspiros de preocupación y caricias con las dos manos en la cara, como sujetándomela. Mi padre permanecía como siempre, en silencio, expectante, intentando hacer de parapeto entre la vida y yo con su actitud de rey elefante. No eran tan mayores pero haber trabajado sin descanso les había pasado factura. Mi padre estaba a punto de jubilarse, tenía ya el pelo completamente blanco y se movía despacio. Se había recuperado bien de sus problemas coronarios pero convenía recordar que llevaba trabajando desde los diez años, y un cuerpo puede mucho pero no puede tanto. Mi madre padecía un estado avanzado de una enfermedad neurológica y ósea degenerativa, un tribunal médico había dispuesto ese mismo año que ya había sido suficiente, aunque la habían retirado con una pensión sonrojante para una mujer que no había hecho otra cosa en la vida que deslomarse a fregar. Ella se rebelaba contra su condición de enferma con el vigor de siempre; cuando el dolor le daba tregua, ponía la

casa patas arriba, se iba a caminar y hacía cualquier cosa para exprimir esos paréntesis de bienestar.

Ojalá hubiera sabido aprovechar aquellos momentos de paz, ese cobijo. Nunca se había dado una situación mejor que aquella para hablar con sinceridad, entre adultos, podría haberles extraído la duda y la culpa que les corroía, en las horas del primer café de los domingos, temprano, cuando aún se ve la vida desde detrás de las ventanas y se piensa despacio pero hondo, como si aún se conservase la cualidad deslizante del sueño, o en los silencios de la sobremesa cuando ya estaba todo recogido y fregado y no había más que hacer que dejar correr el tiempo y que cayese el sol. Nunca tuvimos mejores oportunidades para conversar. Pero no pudo ser. Estaban convencidos de haber cometido errores fatales que habían hecho de mí una desgraciada. Lo percibía en cada expresión, en cada gesto y en cada reacción a mis silencios ausentes. En mi pecho, en mis costillas, en mi garganta se agitaba una mujer que rogaba poder tomar el mando, ella sí tenía las palabras exactas, ella hubiera sabido cómo abordar con delicadeza y comprensión una conversación que podía ser dura pero que prometía ser liberadora para todos.

No había forma de aliviar la presión. No podía verlos con ojos adultos, no sé qué hija puede hacerlo, si acaso eso es posible. En su amor, en su protección, yo desandaba los pasos de mi vida y volvía a tartamudear y a pensar en el rechazo como lo haría una niña pequeña. Ser trans me había obligado a madurar demasiado rápido en lo tocante a mi autoconocimiento pero me había mantenido pueril e insegura en las relaciones más próximas de mi vida.

Hay familias a las que el amor se les hace furia y negación en cuanto perciben que el suelo que pisan no es firme. Amores mal asentados que ante una herida en uno de sus miembros aplican un torniquete en lugar de limpiarla, presionarla hasta que deje de sangrar y cubrirla con gentileza. Siempre fue nuestro caso. Nos queríamos mucho pero nos queríamos con demasiada urgencia.

Mi madre solía sentarse a coser botones sueltos o a dejar

apañado algún otro remiendo los sábados por la tarde, en esas horas muertas previas al ocaso. Mi padre se colocaba cerca de ella y ambos escuchaban la radio o encendían la televisión para no verla. Mientras, en la cocina, siempre había puesto algún guiso a fuego lento para comer al día siguiente porque estaba más rico de un día para otro. Toda la casa olía a cebolla, ajo, tomate, pimiento y pimentón. Anticipar el plato del día siguiente nos sentaba bien, el olor a comida hecha como tiene que hacerse siempre llevaba algo de esperanza consigo. La seguridad de saber que, al menos un día más, habrá platos llenos en la mesa en torno a los que reunirse, que habrá un mañana en el que no faltarán un caldito caliente y unas alubias tiernas.

En alguna de esas tardes de lentitud como de óleo, me atreví a dar algún paso e intenté transmitirles cómo me encontraba. Comenzaba dándoles las gracias por haberme acogido y les preguntaba cómo estaban ellos, si después de verme llegar en el estado ruinoso en el que me había presentado en su casa, se les había aliviado la preocupación. Mi madre, leona en perpetua alerta por sus crías aunque tuviésemos años para haber criado a las nuestras, taponaba mis palabras con ese amor intervencionista de las madres que han visto a otras madres enterrar las osamentas de sus crías muertas, temiéndose lo peor.

—Tú no tienes que dar gracias por nada —decía casi enfadada—. Esta es tu casa, mientras nosotros estemos vivos aquí no te va a faltar de nada, lo que tienes que hacer es recuperarte y estar bien. Tienes que estar bien. Tienes que estar bien. Tienes que estar bien.

Y ya todo era eco que me repetía que tenía que estar bien cuando ni siquiera estaba. En esas oportunidades mi padre se levantaba del sofá y se acercaba a la cocina a vigilar el guiso, abría la nevera, se preparaba un montadito pequeño de cualquier cosa que hubiese, volvía al salón, le daba un bocado e inmediatamente me lo cedía a mí. Era su forma de decirme que no tenía la más remota idea de cómo hablar conmigo, que no me había entendido nunca pero

que estaba dispuesto a sacarse la comida de la boca para alimentarme. Que me quería hasta la inanición si fuese necesario.

Siempre fuimos a destiempo en el amor familiar y las circunstancias no nos habían ayudado a aprender a comunicarnos. Nadie puede salir indemne de una vida entera dedicada a reventarse el cuerpo para mantener un hogar en pie.

El puto trabajo nos había quitado el tiempo y la oportunidad de educarnos juntos y solo teníamos el amor en bruto, algo demasiado poderoso como para no saberlo dosificar. Algo que nos hacía egoístas y exigentes los unos con los otros, algo que a mis padres les obligó a crearse unas expectativas imposibles de cumplir para su niña trans que ojalá hubiera sido como el Cordobés, un muchachote valiente, un conquistador bueno, un hombre de los pies a la cabeza.

UN PLATO DE SETAS

Volver a ver a Margarita fue como sentir una ráfaga de aire frío enroscándose alrededor de mi columna vertebral. Una imagen de un mundo que me había prometido que ya no era el mío, uno en el que no podía entrar sin ser castigada de alguna forma que no podría soportar. Margarita era la clase de fantasma que sabía que me esperaba en el barrio, una aparición que no necesitaba. Una, cuando se entierra en vida, da por enterradas a todas las demás, como llevándose al sepulcro un mundo entero que cree propio y del que, al cabo, era solo una pieza prescindible.

Regresaba del trabajo un sábado alrededor de las tres y media de la tarde y allí estaba Margarita en su portal, con la melena blanca y descuidada, delgadísima, con una bata rosa algo menos lustrosa que las que solía lucir y arrastrando un carrito de oxígeno al que estaba conectada por medio de unas gafas nasales que se quitaba para fumar. Se alejaba unos pasos del bidón de oxígeno para encenderse el cigarro y fumaba despacio. Verla así, consumida, trazaba hilos inevitables con otras mujeres de mi vida. Si a Margarita el tiempo la había tratado así, cómo estaría Eugenia, cómo se habría enfrentado aquella purasangre a los años. Veía en la consunción de Margarita la mía propia, la interna, me imaginaba a mí misma perdiendo el cabello, la carne y las uñas entre paredes cada vez más estrechas.

De nuevo Margarita hacía de pitia y me mostraba predicciones funestas que no quería ver. No podía afrontar la punzada del remordimiento por haber abandonado a mi aquelarre, a mi otra madre, a mi amiga. Qué clase de hija de puta hace eso. El armario me había hecho egoísta,

arrancaba cualquier fragmento de lo que me rodeaba para seguir construyendo defensas, incluyendo vidas que no eran la mía. Abandoné en el proceso a quienes no me servían o a quienes amenazaban con romper lo que con tanto encono había armado. Yo había vuelto al barrio por necesidad y lo único que quería era que me dejasen languidecer en paz detrás de mis almenas de piel, huesos, tendones y maderas muertas.

—Acabo de ver a Margarita, no me habíais dicho que seguía viva —dije nada más entrar en casa, antes de dejar las llaves en el platito del recibidor.

Mi madre sofreía unas láminas de ajo para rematar la comida.

—Uy, pobre, está fatal, tiene cáncer desde hace muchos años, debe de estar ya terminal.

Una cosa que mi madre conservaba era la antigua tradición del barrio de dar la extremaunción antes que los buenos días. Donde había una enferma ahí estaban los cuervos de San Blas adelantándole la muerte para tener algo de que hablar.

—Come de la parroquia, vamos, una mierda: leche, macarrones, tomate, pan de molde y garbanzos. Me da una rabia ver al puerco del cura repartir esas cestas miserables como si estuviera haciendo algo bueno. Se ve que los pobres no tienen derecho a comer nada más que pan, qué asco me da.

—De vez en cuando le llevamos unos tomates y unos pepinos para que se haga ensalada —intervino mi padre—. Y tu madre le guarda algún tarro de caldo cuando cocina un puchero grande. Está hecha un asco. Las vecinas que tenía, la señora Reme y la Cosco, se murieron las dos. Y Asun, la Cojita, se fue a vivir a Benidorm con una amiga, tienen un conjunto que canta por Las Grecas.

Bien por Asun, pensé.

—No le queda nadie en el edificio, está muy sola.

—Y no tiene pensión, claro, o una muy baja —pregunté.

—Qué pensión va a tener, si entre los años de puta y los años fregando en dinero B habrá cotizado media hora.

Cobrará doscientos o trescientos euros como mucho.

—Mira, ya que estás, no te descalces y llévale setas al ajillo, que he hecho un sartenazo para un regimiento y a tu hermano ya le he guardado. Venga, que se las coma calientes.

Mi madre tenía estas cosas, podía ser desconfiada pero no soportaba el sufrimiento ajeno. No sabía lo que me estaba pidiendo y yo no tuve valor para explicárselo, así que me encontré llamando a la puerta de Margarita con un plato caliente de setas al ajillo cubierto por una lámina de papel de aluminio en una mano y un temblor sudoroso en la otra.

Tardó en abrir, se escuchaba a la perfección el carro del oxígeno rodar por el suelo, después cerrojos y cadenas descorriéndose, y finalmente apareció Margarita asomada por la rendija que había abierto.

—Pero, bueno, criatura, ¿qué haces tú aquí? —Le silbaba el pecho al hablar, estaba muy pálida y le sudaba la frente.

—¿Me reconoce, Margarita? —No sabía qué otra cosa preguntar.

—¡Cómo no te voy a conocer si tienes la misma cara de medallita que tenías!

Nos echamos a reír las dos. De todas las cosas que nunca esperé escuchar a mis treinta y cuatro años, que mi cara parecía una medallita fue la más dulce y desde luego la más improbable.

—Madre mía, una medallita, dice, Margarita. El cutis lo tendrá estupendo, pero la vista la tiene perdida.

—Pasa, cariño, no te quedes ahí. Y no me llames de usted, hazme el favor, que te he visto nacer.

—No, mujer, si es muy rápido, vengo a traerte unas setas al ajillo de parte de mi madre, están recién hechas. Te las dejo y me vuelvo a casa, que todavía no he comido.

—Como quieras, primor, dale las gracias a Jimena y dile que me vienen muy bien. ¿Tú cómo estás? —me lo preguntó como adelantándose a mi respuesta, torciendo el gesto y arrugando los labios.

—Bueno, Margarita, voy tirando. No te entretengo más.

No insistió.

—Cuando quieras vienes a recoger el plato y te invito a un café, que me gustará hablar contigo y saber qué tal te ha ido.

—Claro, Margarita. Cuídate mucho.

Cerró la puerta y me quedé delante un buen rato. La mundanidad era la herramienta más eficiente del destino y la primera vez que Margarita y yo habíamos conversado a solas había sido por culpa de unas putas setas al ajillo. Me senté en las escaleras de su portal y como había perdido la mala costumbre de llorar a solas, decidí que aquel era un buen momento para recuperarla.

Dios mío, qué me estaba haciendo, qué me había hecho todos estos años, qué fórmula del silencio había inventado que me había podrido las entrañas así. El rostro casi asfixiado de Margarita me besaba en las mejillas para despertarme como en un cuento mal contado. Dentro de mí se deshelaba un glaciar, podía escuchar los crujidos del hielo perpetuo al ceder de una vez. Nada me había preparado para aquello pero todas las diosas que llevaban observándome desde que vine a este mundo lo esperaban. Ojalá hubiera tenido el valor de levantarme para llamar a su puerta y pedirle confesión. No quería regresar a ese estado de novicia travesti en busca de madre superiora, ese mundo no podía ser el mío, no podía ser. Volvía a rezar al Dios esquivo de mi madre de leche y sangre para que me alejase de allí y al mismo tiempo necesitaba quedarme.

La extrema discreción de las nuevas familias del barrio, sus pocas ganas de salir de casa, jugaban a mi favor; allí estaba, incapaz de contener las convulsiones de un llanto que había demorado más de una década, provocando un eco de jadeos por toda la escalera sin que nadie se entrometiese. Todo por las malditas setas y por la puñetera vieja tradición del barrio de echar un ojo a las vecinas que lo necesitaban. Me tomé mi tiempo para recomponerme y volví a casa pensando en excusas que explicasen mi cara congestionada y por qué había tardado tanto en un

mandado tan sencillo.

Otra cosa que pensé es en volver a ver a Margarita. A una nunca pude regalarle unas botas nuevas, pero a la otra no la iba a dejar sola aunque me costase volver a abofetearme la cara en sueños. Mis defensas habían caído.

LA GATA BAJO LA LLUVIA

Compré una cafetera francesa, cuatro o cinco paquetes de café de molienda gruesa y me encargué de que no faltase la leche. Al haber vuelto a casa de mis padres, mi pequeño sueldo daba mucho más de sí, ahorraba la mitad y aún me quedaban más de cuatrocientos euros para gastar. Mis padres no aceptaban aportación alguna, ni compras sin consultar; después de intentarlo varias veces me di por vencida y entendí que para ellos era una cuestión inquebrantable. Con independencia de nuestra edad, en su casa ellos se encargaban de proporcionar el sustento y no había Dios que pudiese hacer nada por cambiar eso.

Decidí que ese dinero extra iba a servir para que Margarita tuviese que acudir menos a la iglesia, que no le faltase lo básico y dejase de alimentarse de masas hervidas todos los días de su vida. También, por mi cuenta, decidí encenderle la calefacción de vez en cuando, y pagarle la factura, ese frío acumulado en los muros le estaba machacando la salud casi tan deprisa como el cáncer. Nadie debería vivir así.

Me acostumbré a ir alguna mañana de diario, temprano, para desayunar juntas y los domingos a pasar la tarde entera hasta dejarla acostada con el oxígeno bien colocado. Nuestra relación se desarrolló con tanta naturalidad que no dejaba de preguntarme qué hubiera pasado si me hubiera atrevido a hablar con ella de adolescente. Estaba cansada de los condicionales, veía cada paso en falso dado en mi vida como una acción ridícula y del todo evitable. La violencia había sido real y comprendía mis motivaciones, pero el miedo me había dado la vuelta al tablero y todo lo había hecho al revés.

La casa de Margarita estaba atestada. Era la fantasía marica y travestona que me había imaginado siempre, llena de fotografías en marcos ampulosos, sillones viejos y muy poco usados con tapicería de flores y tapetitos de encaje en los brazos. Casi todo el suelo estaba cubierto por alfombras lisas y rojas, como de bingo o escalera de café teatro, cosa que terminaba de hacerse real en una de las paredes del salón, que estaba forrada de papel de un vichy insolentísimo, y en cuyo centro se alzaba majestuoso un abanico gigante que imitaba la cola de un pavo real. Tenía una enorme cama de madera en la que destacaban las cuatro patas, que subían a una buena altura, y el edredón rosa de falso raso que la vestía. La primera vez que me hizo el recorrido completo quise darle un abrazo por haber confirmado una de las ensoñaciones más mariconas de mi vida. Margarita era mi versión del tío Randolph de *Otras voces, otros ámbitos*, un personaje que había marcado mi vida a fuego, una travesti cuya casa se hunde inexorable en un pantano a la que ya no le quedan fuerzas excepto para sujetar el vaso de bourbon y hacerse las pestañas. Truman Capote le hubiera rezado padrenuestros sureños a Margarita si la hubiera conocido.

Se apañaba para mantener los espacios limpios, apenas podía dar un par de pasos sin cansarse, pero de a poquitos iba pasando un trapo un día a un mueble, otro día a una mesa y los mejores, cuando no se peleaba con las gafas nasales y tenía suficiente oxígeno en la sangre, hasta le daba una barridita a un cachito de suelo. El resto lo hacía la falta de uso. La casa no estaba del todo limpia pero solo acumulaba polvo, que es el aliento del tiempo depositándose sobre nuestras cosas para que recordemos que sigue corriendo.

—Bueno, por favor, Margarita, esta foto. —Le había estado cotilleando un álbum negro con cenefas doradas que tenía medio escondido en una estantería detrás de un payaso de cerámica horroroso.

—¿Cuál? —me preguntó medio sonriendo, haciéndose la

tonta porque sabía a la perfección qué me iba a encontrar en ese álbum.

—Pero vamos a ver, Margarita, si pareces Amanda Lepore de joven, me da un ataque.

En la foto se la veía posando con los tacones subidos a un sillón negro en el que estaba a medio tumbar, apoyando el codo para mantener la cabeza erguida como una patricia esperando atenciones. Estaba radiante.

—Esta me la hizo un cliente mío que se llamaba Agustín, me lo pasaba muy bien con él, estábamos en un café cantante que se llamaba Lady Pepa, un sitio muy divertido en el que se hacía teatro cortito y cachondo. La mitad de los maricones con dinero de Madrid iban allí a tomarse una copa. Lo llevaba Mendizábal, el escritor de obras de teatro, que era un mariquita graciosísimo y muy listo. Eso sí, más de derechas que el grifo del agua fría. Si yo te contase la gente que he visto allí..., lo que pasa es que a mí no me gusta hablar, pero, vamos, que si lo cuento me matan como a la *Marilín*.

Hizo un gesto con la mano para que me acercase y cuando consideró que estábamos a una distancia prudencial para esquivar las escuchas del CNI, susurró: «Allí conocí yo a Fraga y ya te digo que a su salud me compré dos o tres pares de zapatos buenos».

—¡¿Cómo que Fraga, Margarita?!, no me tomes el pelo, que te piso el cable del oxígeno y te dejo tiesa.

—Sí, señora. Fraga, Manuel Fraga, el ministro, más malo que una diarrea con tos y guarrísimo.

Imaginarme a Fraga con la pestaña puesta y lamiendo tacones travestis me lo humanizaba un poco, tuve que recordarme que era un cabrón sanguinario para no dejarle entrar al salón de la dignidad.

Cuanto más tiempo pasaba con Margarita menos me apretaban las costuras, nunca me preguntaba nada sobre mi vida, guardaba esa distancia que el barrio nos había enseñado, pero se las apañaba para incluirme entre sus iguales. Usaba el *nosotras* con naturalidad y me hacía notar que aquel era un lugar seguro en el que podía descansar

cuando estuviese lista. Me mordía la conciencia estar recuperando un espacio que ya se me había concedido antes, ojalá Eugenia no me hubiera acabado odiando, ojalá alguna santa le hubiese revelado en sueños qué me había pasado.

La salud de Margarita se iba deteriorando muy deprisa, pero estaba contenta de tenerme allí a menudo. Cada vez podía moverse menos y necesitaba más ayuda. Me comprometí a ir cada noche, después del trabajo, para ver cómo estaba, asegurarme de que había cenado y ayudarla a meterse en la cama. Mis padres no me pidieron explicaciones por hacerlo. Diría que a su manera lo entendieron. Quizá los muros de hielo se nos estaban agrietando a todos. Alguna mañana me la encontraba casi sin sentido, sin oxígeno, sin que le hubiera dado tiempo a llegar al baño e incapaz casi de abrir los ojos. En cuanto recuperaba un poquito la compostura me sonreía y me decía cada vez: «Qué bien que has venido, cariño».

Lavaba su cuerpo deprisa, esquivando entre las dos el pudor, con la práctica llegué a hacerlo con bastante buena mano y ambas nos acostumbramos a que eso tenía que pasar de vez en cuando. Era triste hacerlo pero era hermoso. No se me ocurría una intimidad más salvaje entre dos mujeres que ese tipo de dependencia de doble sentido en la que se rompen todas las barreras emocionales posibles. Ella me necesitaba para atender su cuerpo y procurarle la dignidad que la enfermedad le estaba quitando, yo la necesitaba porque su compañía me estaba devolviendo la vida.

Decidimos, con el visto bueno del médico que la visitaba, que le convenía dormir sentada. Esto le facilitaría levantarse para ir al baño y le ayudaría a respirar mejor. Mi último ratito del día era pasar por su casa, recogerle el plato de la cena, limpiarle la cara, ponerle sus cremitas, desenredarle el pelo, cerrarle bien la bata y tratar de envolverle el cuerpo en su edredón. Cerraba con mucho cuidado la puerta y la dejaba a oscuras, acompañada por el borboteo de las burbujas de oxígeno y los silbidos de su

pecho extenuado.

El último domingo que pasamos juntas le había teñido el pelo de su rubio de siempre, el que yo le había conocido. Los vapores del tinte no le hacían ningún bien, pero a esas alturas de enfermedad merecía la pena. Fue una odisea aclarárselo pero me apañé para hacerlo con un barreño, una jarra, mucha paciencia y una fregona. Le encantó mirarse al espejo y reconocer algo de aquella furia rubia que había sido.

Durante aquella semana había ido de mal en peor, yo alargaba mis visitas nocturnas y adelantaba las de la mañana. Se pasaba el día envuelta en una neblina de la que le costaba salir y casi no comía. Le daba el desayuno a duras penas, le ponía un pañal y le dejaba una cantimplora de agua en una mesita junto al sillón del que ya no se levantaba. Solo tenía que estirar el brazo para llegar al agua. Por la noche me la encontraba casi intacta. La obligaba a beber, la aseaba, y trataba de hacerle comer algo sin forzar. Su hambre era suya.

Me costaba dormir imaginándomela sola en aquella casa a oscuras. Ella no quería dejar luces encendidas porque decía que así la encontraría antes la pelona.

El fin de semana parecía más activa, más despejada. Le propuse arreglarle el pelo y se encontró con energía suficiente para afrontarlo. Hablaba con dificultad, tenía que reunir una gran cantidad de aire para pronunciar las palabras y le cansaba mucho hacerlo, así que hablaba yo y ella me escuchaba con la sonrisa puesta. Pasamos la tarde liadas con la sesión de estilismo y enseguida llegó la noche con sus rutinas. Cenó algo mejor, unos trozos de fruta cortada y dos quesitos, que le encantaban. Cuando le armé la pupa con el edredón le noté necesidad de hablar y me acerqué todo lo que pude para ponérselo fácil, olía a perfume de nardos y a Heno de Pravia.

—¿Me dejas el tocadiscos puesto? —Su voz ni siquiera era una voz ya. Escucharla requería interpretar un viento levísimo.

Coloqué el aparato sobre una camarera que usaba para

darle de comer y se lo acerqué hasta que llegase al menos a apagarlo cuando quisiera.

—¿Qué te pongo, reina?

—La... gata... bajo... la lluvia.

Enseguida encontré *Confidencias*, de Rocío Dúrcal, en la estantería de los vinilos.

—Te pongo la cara B, que la gata es la primera canción. Si la quieres repetir solo tienes que levantar la aguja y ponerla al principio. ¿Llegas bien?

Ensayamos el gesto un par de veces y se apañaba para hacerlo sin mucho problema. Empezó a sonar la canción y se le humedecieron los ojos. Me acerqué de nuevo para preguntarle si estaba bien.

—Yo... he si... do la ga... ta mu... muchas... ve... ces. Pe... ro... pa... mi coño... se... se... queda.

—No me cabe duda, menuda debió de ser la tigresa de la calle Orense.

Le pasé la mano por el pelo, le di un beso en la frente y nos sonreímos. Así se quedó, con una lamparita encendida para que pudiese manejar el tocadiscos. Me marché deseando que esa noche soñase con ella misma como yo había aprendido a verla a través de sus recuerdos, vestida de blanco, sobre unos tacones brillantes, borracha de vida, bailando bajo la lluvia con todos los hombres que alguna vez había tenido a sus pies.

TODAS LAS MUJERES

Me levanté mucho antes de que saliera el sol. Durante aquel fragmento de noche en el que me había ido a descansar permanecí en ese estado de alerta durmiente previo a un viaje o a un primer día de algo importante. En esa lejanía de la conciencia que te obliga a tantear una oscuridad ligera desde la que percibes el paso del tiempo.

Hacía frío en casa de mis padres, el tipo de frío que en cuanto una pone un pie fuera de la cama y lo siente, se le queda atorado en el pecho y no hay calor que lo alivie. La ropa, las bebidas calientes, se sienten como una manta demasiado corta que siempre te deja al descubierto una parte del cuerpo. Me di una ducha larga, demorándome lo necesario en cada parte de mi cuerpo por la que pasaba la esponja. Procuré hacerlo con cuidado, como si le tuviera aprecio a mi carne, sin la premura habitual y sus frotadas de monja en perpetua penitencia que debe desprenderse el diablo de la piel. Puse cuidado al vestirme; en un primer estrato de mi mente no tenía claro por qué estaba haciéndolo todo con esa parsimonia como de ritual, aunque en otro más profundo, ese pensar que no se escucha con palabras pero que sabe hacerse entender desde su oscuridad, sí lo sabía.

Salí de casa sin que le hubiera dado tiempo al sol a terminar de romper el velo del horizonte, el cielo ya cambiaba de color y nuestra calle parecía iluminada por una luz ultravioleta, como de labio amoratado.

Abrí la puerta de casa de Margarita y vi su silueta sentada a contraluz. Se oía el bisbiseo del oxígeno y el zumbido sincopado de la aguja del tocadiscos, que había llegado al final y se obstinaba en seguir leyendo una superficie que no tenía nada que contarle. Me acerqué a

Margarita para verle la cara iluminada por la lamparita que le había dejado encendida para que manejase el brazo del tocadiscos.

—Buenos días, reina —le dije a su cuerpo ya entregado por completo a la eternidad—. Sabía que te ibas a dejar el disco puesto y que se iba a quedar así el cabezal, dándose testarazos contra el eje. —Se me quebró la voz, un llanto suave y temblón me agitaba el pecho. Qué frío hacía—. A ver si no se ha estropeado el vinilo, que es muy delicado.

Guardé el disco en su funda y lo coloqué en la estantería entre unos grandes éxitos de Boney M y *La leyenda del tiempo* de Camarón. Le aparté un mechón de pelo de la cara y se lo sujeté detrás de la oreja, no estaba fría, estaba tibia, que es la temperatura de la entrega, cuando ya no se tiene capacidad para rebelarse a través de la fiebre o de la hipotermia. La ausencia de defensas, la muerte, es una cosa simple y sin nada destacable, la materia cambia a un estado de mediocridad cuando el alma cierra las calderas de la pasión, de la angustia, del amor o de la ansiedad y abandona la carne.

Llamé a una ambulancia, lo hice en voz baja y desde otra habitación, como si Margarita pudiera oírme y fuera a alarmarse. Expliqué al detalle la situación dos veces a diferentes operadoras y se puso en marcha un equipo que llegaría pronto. Después llamé a una compañera del trabajo para avisar de que no iba a ir.

Volví al salón y acerqué una silla al sofá para tenerla cerca, le agarré la mano con delicadeza, la misma con la que hacía pocas horas habría puesto *La gata bajo la lluvia* una y otra vez.

—Hoy nos saltamos el desayuno, reina. Estás guapa. Te sienta bien el toquecito que te ha dado la pelona. No sé si la luz encendida habrá tenido que ver, yo creo que ya te tenía en la agenda y no le hacían falta luminarias. —Cada poquito tenía que pararme a respirar, se me acumulaba la congoja en la garganta y tenía que rebajarla expulsando aire entre frases.

»Ay, Margarita, qué bonito lo hemos hecho pero qué

tarde. Se me han quedado muchas cosas por decirte, que tú ya las sabes, creo que desde antes de que las supiera yo. Me dabas mucho miedo cuando era pequeña porque todos mis juegos infantiles, todos los cuentos, todas las mujeres me decían que era como tú. Y yo no quería ser como tú. No quería que me tratasen como te trataban a ti los hombrecillos cobardes y me empeñé en convertirme en uno. No he sido otra cosa que un hombrecillo cobarde que de vez en cuando se enamoraba de la luna, un Endimión que se travestía para resultarle hermoso, uno que se dejaba devorar por dragones para deshacerse de su carne y ascender a la derecha de la madre. He sido mi propio chulo, mi padre rígido y mi carcelero, Margarita. Y ya no lo soporto más. No voy a soltar jamás tu mano ni la de mamá Eugenia, no voy a dejaros ir del todo para que seáis mis santas, mis lunas, mis espejos que dicen la verdad. ¿De verdad podemos ser felices, Margarita? Si no te importa voy a quedarme con el álbum negro y dorado, necesitaré mirarlo para recordarme que sí, que tenemos derecho a una vida gloriosa, que la desgracia es una cosa que nos hacen, no que llevamos como una marca de bruja desde el nacimiento. Gracias por todo, reina mía. Gracias por los boleros y las historias, gracias por la risa y los llantos, gracias por haberme dado el beso con el que se vuelve a la vida.

Llegó la ambulancia, siguieron el protocolo obligatorio y les facilité las historias y los informes médicos que describían la evolución de su enfermedad. Comprobaron que su muerte había sido la consecuencia lógica de su estado, la médica firmó el certificado correspondiente y se marcharon de allí. También me ocupé de llamar a la funeraria municipal y procurarle un transporte al tanatorio y un velatorio digno al que yo ya no iría.

El equipo sanitario la había llevado a la cama por petición mía, quería que estuviese cómoda en su lejanía. Me tumbé a su lado y le acaricié con los dedos la solapa de la bata rosa, la tenía manchada de comida de la noche anterior y eso no podía ser. Me levanté a por una esponja

con jabón para frotarle la mancha y cuando regresé a la habitación pude ver la imagen completa como una revelación mariana, como el advenimiento de una reina hermosa, como un secreto que los ángeles susurran al oído de los pastores. Margarita se iría como la furia rubia que fue, como la emperatriz de la calle Orense. La desnudé deprisa, preparé un barreño con agua y unas gotas de gel de baño, empapé una toalla pequeña con el agua jabonosa y lavé su cuerpo con la reverencia con la que Magdalena hubiera lavado a Jesús, con el cuidado con el que se prepara a una madre poderosa para afrontar la eternidad. Una vez limpia le puse crema hidratante por todas partes y le hice su rutina facial completa. Escogí un vestido blanco y largo, de cuello halter con cristalitos en el cierre trasero, me costó encontrarlo entre la cantidad de ropa que tenía repartida en dos armarios empotrados. Se empeñaba en el rosa pero el blanco era su color.

Maquillé su rostro con mucho cuidado, aunque había perdido práctica me las arreglé para conseguir su estilo de madurez: «natural pero que se note», solía decir. Sus marcas en la cara, los abultamientos que me habían amargado la infancia me parecían tierra sagrada y los besé despacio, honraría esas colinas de la belleza toda mi vida y en cada mujer que las llevase yo vería una deidad a la que arrojarle flores a los pies. Nadie será nunca tan perfecto como las travestis con la cara reventada. Nadie tan hermoso como las mujeres que lo han sacrificado todo para alcanzar esa belleza indescifrable a ojos idiotas. Ninguna mujer, ninfa o diosa sería jamás más hermosa que la última Margarita que vi desaparecer bajo la sábana blanca de la funeraria. Antes de que se la llevaran de su casa le coloqué sobre la camilla un par de zapatos, también blancos, de buen tacón.

—Les agradecería que se los pusiesen en el tanatorio, por favor.

—Claro que sí, señor —me dijo el camillero.

—Es señora —le respondí.

Me miró de arriba abajo sin entender qué le estaba diciendo pero se corrigió.

—Señora, entonces. Diremos que le pongan los zapatos, no se preocupe.

Me senté en el sillón en el que dormía Margarita para llorar tranquila y sin el hipo de la ansiedad. Lloré bonito y largo, hasta que no quedó una lágrima por purgar.

En el baño me refresqué la cara y me miré al espejo fijamente, no lo había hecho en más de diez años; para evitarlo me afeitaba dentro de la ducha, bajo el chorro de agua caliente y con los ojos cerrados, tanteando los límites y las raspaduras del vello facial con las yemas de los dedos y pasando por ahí la cuchilla.

Los años me habían tratado bien, además de unos bonitos labios parecía que también había heredado la bendición del colágeno de mi madre, no tenía arrugas ni ninguna otra imperfección en la piel. Era el momento de preparar el advenimiento de la reina hermosa que había visto al entrar en la habitación de Margarita justo antes de engalanarla para su gran viaje. Saqué de la estantería el disco del cuarenta y cinco aniversario de la Velvet y puse *Femme Fatale* a buen volumen.

Volví a su habitación y me desnudé como lo haría una mujer antes de adentrarse en una pira, mirando al frente y desafiando a un fuego que solo veía yo. Cien manos de fantasmas me sostenían las piernas y la espalda y evitaban que las dudas me aflojasen los miembros, todas las mujeres del mundo me contemplaban: Eugenia, algo más entrada en la madurez, con hebras de plata en el cabello, sonreía ante un tocador lleno de flores y miraba hacia arriba como buscando complicidad con una voz invisible; Jay se balanceaba en un columpio bajo la luna, se besaba una mano y me lanzaba el beso; María la Peluca agitaba las ramas que ahora tenía por manos y saludaba mi destino desde la corteza del árbol al que había trasladado su alma. Me puse un vestido color teja con los hombros al descubierto que me quedaba perfecto, me maquillé con las mismas pinturas que había utilizado para despedir a Margarita, me alboroté el pelo, que tenía crecido hasta un lugar indeterminado entre la sien y la mandíbula, me calcé

unos tacones que no podían ser más que rojos y salí a la calle en la que había crecido, con la cabeza alta, casi bailando, por las fotos del Figueroa, por Paula la Chinchilla, por Daniel y sus nueve dedos, por Alicia y su talento para jugar al fútbol, por los *grand jeté* que no elevaron a Benjamín al cielo, por la niña con un parche en el ojo que bailaba canciones de Raffaella Carrà e Irene Cara, por los altares en los que me había sacrificado.

No tenía nombre pero existía. Habitaba mi propia leyenda, no tenía nombre pero era Hécuba triunfante, Casandra, Carmilla, Afuera en el Cobertizo, la madrastra de Blancanieves, la Bikina, la Llorona, la Dama del Lago, Afrodita, Cristina Ortiz, Roberta Marrero, sor Juana Inés y la Reina de Mayo. Era todas las mujeres.

La mala costumbre
Alana S. Portero

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 7021970 / 932720447.

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, Roberta Marrero

© Alana S. Portero, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2023

ISBN: 978-84-322-4218-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!